

M. LUISA MARGARITA CLARET DE LA TOUCHE, VSM

# **El Sagrado Corazón de Jesús y el Sacerdocio**



## A GUISA DE PRESENTACIÓN...

Cuando en la primavera de 1910 apareció la primera edición francesa del libro *“Le Sacré-Cœur et le Sacerdote”*, poquísimas personas conocían el nombre del autor. Se creía que había sido escrito por el jesuita Padre Alfredo Charrier (a él le llegaban de varios lugares mensajes de felicitación) y la verdadera autora, una visitandina, -entonces superiora del monasterio de la Visitación de Romans (Francia), exiliada en la diócesis italiana de Ivrea- con mucha humildad, mantuvo siempre a este respecto un escrupuloso silencio. Le interesaba el mensaje que el libro contenía, no su persona.

Es significativo un sencillo episodio: apenas salió la primera edición, Madre Luisa Margarita Claret de la Touche quiso ofrecérselo al capellán de la comunidad, que creía que era obra del Padre Charrier. Un día, la Madre le pidió su parecer sobre el libro y él respondió: “Es muy hermoso, pero no para usted”. Más tarde sonreía cuando, después de la muerte de Madre Luisa Margarita en 1915, supo quién era el verdadero autor...

Pero, ¿quién es la Madre Luisa Margarita Claret de la Touche?

-Escribe Mons. Piergiorgio Debernardi, Obispo de Pinerolo y postulador de su Causa de Beatificación:

«Nació en Saint-Germain-en-Lay (Francia) el 15 de marzo de 1868 en una familia burguesa y acomodada. Atraída por la vida contemplativa entró en el Monasterio de la Visitación de Romans, Francia, el 20 de Noviembre de 1890. La comunidad debió exiliarse a causa de las leyes políticas y se estableció en Italia, donde M. Luisa Margarita murió el 14 de mayo de 1915. Fue declarada Venerable por el Papa Benedicto XVI el 26 de junio de 2006.

El 5 de junio de 1902, víspera de la fiesta del Sagrado Corazón, es la fecha escogida por el Señor para entregar a Madre Luisa Margarita una misión particular en la Iglesia respecto a los Sacerdotes. Ella les debe recordar las insondables riquezas del Amor del Corazón de Cristo, continuando la misión ya iniciada con las revelaciones a Margarita María de Alacoque.

El 6 de junio escribe: «Ayer estaba delante del Santísimo Sacramento; ... cuando Jesús se hizo sentir a mi alma. Lo adoré, dulcemente consolada por su presencia, y mientras rezaba por nuestro pequeño noviciado, le pedía almas para formarlas para Él. Entonces me respondió: “Te daré almas de hombres”. Profundamente sorprendida por estas palabras cuyo sentido no comprendía, permanecí silenciosa buscando un significado. Jesús continuó: “Te daré almas de Sacerdotes. Tú te inmolarás por mi Clero. ... escribe todo lo que yo te diga».

El relato prosigue: “El Sacerdote es un ser de tal manera revestido de Cristo que se convierte casi en un Dios; pero es también un hombre y es necesario que lo sea realmente. Necesita sentir las debilidades, las luchas, los dolores, las tentaciones, los temores, las rebeldías del hombre; debe tener experiencia de la propia miseria para poder ser misericordioso; y también es necesario que sea fuerte, puro, santo para poder santificar. Mi Sacerdote tiene que tener el corazón grande, tierno, ardiente, fuerte para amar. ¡Cuánto debe amar el Sacerdote! Debe amarme a Mí, su Maestro, hermano, amigo, consolador, como Yo le he amado a él; y Yo le he amado hasta unificar mi vida con la suya, hasta hacerme obediente a su palabra. Debe amar a mi Esposa, que es su Esposa, la Santa Iglesia y ¡con qué amor! Un amor apasionado y celoso, celoso de su gloria, de su pureza, de su unidad, de su fecundidad. En fin debe amar a las almas como a sus hijos. ¿Qué padre tiene tantos hijos para amar como tiene el Sacerdote?

El corazón de mi Sacerdote debe ser una llama ardiente que calienta y purifica. ¡Si mi Sacerdote conociese los tesoros de amor que mi Corazón encierra para él! ¡Que venga a mi Corazón, que tome de allí amor hasta llenarse, hasta rebosar y así luego pueda extenderlo por el mundo! Margarita María ha mostrado mi Corazón al mundo; tú muéstralo a mis Sacerdotes, atráelos a todos a mi Corazón”.

...Después me ha hecho ver que hay una obra por cumplir: recalentar el mundo con el amor, y para esta obra quiere servirse de sus Sacerdotes. Y, con una expresión tan conmovedora y tierna que me ha hecho saltar las lágrimas, me ha dicho: “¡Tengo necesidad de ellos para cumplir mi obra!”

...Los que formen parte de esta milicia del Corazón de Cristo, pondrán todo su empeño en predicar el Amor Infinito y la Misericordia, tratarán de estar unidos entre sí para el bien, con un solo corazón y una única alma, sin que jamás se obstaculicen los unos a los otros en sus obras”.

...Estos mensajes se dan en el momento en que la Iglesia estaba sacudida por teorías modernas, que llegaban en algunos casos casi a demoler la misma verdad de la fe. En efecto, con la sencillez de su lenguaje,

Hermana Luisa Margarita, hacía a la Iglesia un reclamo fuerte a leer la historia como obra del Amor e invitaba específicamente a los Sacerdotes, a hacer visible el Amor y la Misericordia que Dios tiene por el mundo.

En octubre de 1902, durante el tiempo de la meditación sacó algunas reflexiones “sobre las virtudes sacerdotales de Cristo”. Estos escritos formarán después el libro *El Sagrado Corazón y el sacerdocio*.

[...] El mismo Obispo de Ivrea, Mons. Filipello, escribía la presentación del libro el 31 de enero de 1910. El 13 de abril estaban las pruebas del texto y el P. Poletti las presentaba al Cardenal Richelmy. Se imprimieron 18 ejemplares que se enviaron a cardenales y obispos (entre ellos los cardenales Merry del Val, Rampolla, Vannutelli, Agliardi y los obispos Filipello, Chesnelong, Henry, Touchet). El P. Charrier se encargó del envío, acompañando el libro con una carta. A su vez, éstos enviaron al remitente expresiones elogiosas de augurio, que se imprimieron en la primera edición francesa.

A Madre Luisa Margarita le conmovieron particularmente las palabras de Mons. Touchet, Obispo de Orleans, quien afirmó que el “pequeño libro” era un maravilloso comentario al “tratado sobre el sacerdocio” de San Juan Crisóstomo. Mientras el Cardenal Vannutelli, legado pontificio en el Congreso Eucarístico de Montreal, confió que el libro le había servido para preparar las meditaciones que tenía que dar a los sacerdotes durante el Congreso.

El contenido del libro es muy sencillo; su estilo es como agua límpida, corre sin hacer ruido, pero encierra una gran fecundidad espiritual; no envejece aunque pasen los años . Sorprende la abundancia de citas bíblicas, sobre todo del Nuevo Testamento: Madre Luisa Margarita leía y meditaba frecuentemente la Biblia, en una época en la que el texto sagrado era poco familiar a los católicos e incluso en la vida religiosa no tenía puesto de honor .

El libro está compuesto de cuatro partes, como de cuatro pilares, que tienen por título: el sacerdocio, creación del Amor Infinito; las virtudes sacerdotales de Cristo; el Amor de Cristo por sus sacerdotes; elevaciones sobre el Amor Infinito y el Sacerdocio. En particular la última parte, ciertamente la más original y teológicamente excelente, es como una gran invitación a todos los sacerdotes a contemplar el Amor Infinito y a sumergirse en este océano de amor de donde nace el sacerdocio, para sacar nuevo entusiasmo e impulso en su ministerio.

Todas las páginas pretenden ilustrar y profundizar en una tesis: los sacerdotes son imagen viva y transparente de Cristo, Sumo y Único Sacerdote de la Nueva Alianza; a ellos, más que ningún otro, Cristo manifiesta su Corazón:

“...sobre todo les revela su amor, encendiéndoles con una caridad más ardiente, animándoles con una entrega más activa, generosa y tierna a la salvación de sus hermanos” .

Fijar la mirada en Cristo ayuda a tener sus sentimientos, sobre todo su caridad. El libro anima a realizar el ministerio sacerdotal como una “tarea de amor” (la expresión es de San Agustín). De hecho, a través de la caridad pastoral, el sacerdote imita a Cristo en su donación y, metiéndose en la historia de su gente, la educa en los valores evangélicos, especialmente en el mandamiento del amor y en el compromiso de la solidaridad.

[...]También el Papa desea leerlo

Madre Luisa Margarita deseaba que el P. Charrier presentara el “petit livre” al Papa. Cuando éste declinó la invitación, por sugerencia de la condesa de San Marzano, se dirigió al abad primado de los benedictinos, Dom Ildebrando de Hemptinne. Éste aceptó el encargo y aconsejó que los libros ofrecidos al Papa y al cardenal Secretario de Estado fueran acompañados de una carta del autor. Madre Luisa Margarita rogó al P. Charrier que las escribiera él, lo que aceptó e hizo enseguida, escribiendo una en latín para el Papa y otra en francés para el Cardenal, sometiendo ambas a la aprobación de su Provincial.

Sin embargo, el P. Poletti juzgó que debía ser el propio Obispo quien presentara los libros, y así, Mons. Filipello escribió una carta que adjuntó a la del jesuita. Este es el texto:

“Beatísimo Padre,

La divina Providencia, que saca bien del mal, ha dispuesto que la feroz persecución desencadenada en la noble nación francesa en los últimos tiempos contra las Congregaciones religiosas, haya transplantado en mi querida Diócesis una Familia elegida de la Orden de la Visitación, a la que Vuestra Santidad ha dado un Breve el 13 de diciembre del pasado año.

Cada hermana del Instituto es una flor perfumada de virtud. No es maravilla, pues está gobernado por una madre superiora que es una digna hija del glorioso Obispo de Ginebra, una buena émula de la piedad de la Beata Margarita María de Alacoque.

Vos, Santísimo Padre, tendréis la confirmación a mis palabras en el libro “Le Sacré-Coeur et le Sacerdote”, que Os presentamos. Ella lo escribió hace algunos años, joven aún: aconsejada por su antiguo

director, consiente en su publicación, confiando que responda a las santas intenciones con las que ha sido escrito.

Recibid, Padre Santo, en vuestra dulce y suave bondad, el filial homenaje que Os rinde la devota religiosa; bendecidla junto con su escrito, fruto de su amor a Jesús y de su celo por las almas; y que Vuestra bendición obtenga que el libro aporte preciosos frutos de santidad al Clero al que va dirigido y singularmente al Obispo y a los amados Sacerdotes de la Diócesis en al que se encuentra ahora el jardín que, cultivado por la autora, esparce entre nosotros el buen olor de Jesucristo.”

El Santo Padre ya conocía este libro, pues la misma Madre Luisa Margarita, en marzo de 1909, le había dirigido una carta (que no se ha encontrado). Con humildad y valentía le comunicaba que cuanto había recibido en la oración había sido transcrito en el libro *Il Sacro Cuore e il Sacerdozio*. El trámite para hacer llegar al Vaticano la carta fue la condesa de San Marzano, que conocía bien los ambientes vaticanos; ella misma transmitió a Madre Luisa Margarita este gracioso suceso:

“Debo decirle unas palabras graciosas del Sumo Pontífice Pío X sobre nuestro “Piccolo libro”. Hace unos días le decían que no estaba aún listo y que faltaba encuadernarlo: ‘Pero eso no importa –dijo sonriendo- lo haré encuadernar yo mismo’”.

En la segunda mitad del mes de junio, Dom Hemptinne presentó el libro al Santo Padre.

El 1 de julio, el Cardenal Merry del Val expresaba a Mons. Filipello la gratitud del Papa y la suya personal, por el don recibido, adjuntando un escrito para el P. Charrier.

En el mes de julio de 1910 la primera edición francesa estaba agotada. La acogida superó toda expectativa, tanto que a fines de año ya se pensaba en la segunda edición, mientras que a mediados de diciembre estaba lista para la imprenta la edición italiana, preparada por el P. Poletti. El libro tuvo una difusión más allá de todo lo que podía preverse».

Poco más de 100 años después de la primera edición, se ha revisado la traducción española y con mucha alegría la ofrecemos especialmente a los sacerdotes, con el deseo de que puedan enriquecer su vida con esta doctrina brotada del mismo Corazón de Jesús.

## INTRODUCCIÓN

“He venido a prender fuego a la tierra y ¡cuánto deseo que ya esté ardiendo!”<sup>1</sup>

Es al sacerdote a quien Jesús ha confiado el cuidado de difundir y alimentar el fuego divino de la caridad. Para hacerlo capaz de su misión sublime, le ha abierto más que a ningún otro, los tesoros de su amor indefectible. Lo ha unido a Sí íntimamente, haciéndolo partícipe de su Eterno Sacerdocio: en efecto, el sacerdote es, con Jesús, sacerdote, pontífice, mediador, abogado, intercesor y es también con Él, ofrenda, expiación y víctima.

Por este particular estado de unión con Cristo, todos los actos del sacerdote están dotados de incomparable excelencia. El sacerdote, don precioso de Jesús a los hombres, auxiliar elegido por el Divino Maestro para continuar sobre la tierra su obra de amor, trabaja sin cesar con su acción sacerdotal para extender por todas partes las llamas de la caridad divina.

En el transcurso de los siglos, al enfriarse en el mundo esa caridad, Jesucristo decidió hacer una nueva efusión de amor en favor de su criatura. Manifestó su Corazón desbordante de Misericordia: “¡He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres!”<sup>2</sup>, atrayendo las miradas de todos hacia aquella hoguera de amor, en la cual las almas ateridas y frías pueden ir a buscar el calor y la vida.

Pero, sobre todo, este Sagrado Corazón quiere manifestarse a sus sacerdotes; a ellos los llama para que reaviven y activen sobre la tierra el Fuego de la caridad. En su inefable bondad, quiere tener necesidad de ellos para realizar su obra. Por lo general, no realiza aquello que podría obrar directamente en las almas con su gracia, sino por medio y con la cooperación de sus sacerdotes. ¡Ah, si el sacerdote conociera, los tesoros de ternura encerrados para él en el Corazón de Jesús! ¡Con qué ardor iría a beber en esa fuente divina, para llenarse de amor hasta desbordar!

Jesucristo, al mostrar al mundo su Corazón, ha querido caldearlo, iluminarlo, salvarlo. Descubriendo a sus sacerdotes lo más íntimo de ese Corazón, quiere que moldeen corazones en su propio Corazón Divino, y que se identifiquen cada vez más con Él. Quiere sobre todo revelarles su incomparable amor, y por este medio, inflamarlos de una caridad más ardiente hacia Él y suscitar en ellos una entrega más activa, más generosa y más tierna por la salvación de sus hermanos. Quiere comunicar a sus sacerdotes una superabundancia de vida, de vida divina, sobrenatural, a fin de que ellos mismos puedan vivificar a las almas.

Este es el plan de Jesús al manifestar su Corazón, estos son también los pensamientos que este humilde volumen querría expresar. ¡Ojalá que estas páginas logren fortalecer a las almas sacerdotales en el ardor de su vocación sublime y unir las más que nunca con Jesucristo, sacerdote Eterno! ¡Ojalá que logren conducir a los fieles que las lean a una mayor confianza y a un respeto mayor y más filial por cada sacerdote, cualquiera que sea su jerarquía! ¡Ojalá que logren hacer aumentar cada vez más el conocimiento del Amor Infinito y el culto del Sagrado Corazón de Jesús, rey y centro de todos los corazones!

---

<sup>1</sup> Lc 12, 49

<sup>2</sup> SANTA MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE, *Autobiografía*

PRIMERA PARTE

**El sacerdote, creación del Amor Infinito**

## CAPÍTULO I

### EL SACERDOTE, CREACIÓN DEL AMOR INFINITO

Dios reinaba desde toda la eternidad en la serena posesión de su felicidad suprema; pero, al sentir que el Amor Infinito se desbordaba de su Ser, quiso crear. Después de haber sacado de la nada, con la potencia de su Verbo, maravillas incomparables, formó al hombre, rey y centro de la Creación. ¿Quién podrá decir jamás lo que en aquel momento salió del seno del Ser Eterno en favor de esta criatura privilegiada? El Amor Infinito se revistió de todas las formas: fue liberal y magnífico como el amor de un Dios; previsor y sabio como el amor de un padre; tierno, delicado y profundo como el de una madre. El hombre se vio enriquecido con todos los dones, con todas las gracias, con todas las bellezas.

Pero el Amor Infinito no se detuvo aquí. Continuó expandiéndose con abundancia inagotable en toda la creación y fue alternativamente o a la vez, amor que repara, que conserva y que vivifica; amor que protege, que perdona y que espera; amor que rescata, que purifica y que salva.

Y he aquí que, después de muchos siglos, el Verbo del Padre, el Amor encarnado, el Redentor del mundo, Jesús, vino a la tierra. Al vivir la vida del hombre, experimentaba sus debilidades, comprendía sus necesidades, reparaba la obra de la creación; pero, sobre todo, amaba... amaba apasionadamente a esa humanidad caída con la que se había unido íntimamente.

Y, cierto día, sintió que el Amor Infinito desbordaba de su Corazón; y queriendo crear un ser que pudiera continuar su obra y socorrer todas las necesidades del hombre, un ser que estuviera en condiciones de ayudar al hombre, sostenerlo, iluminarlo y acercarlo a Dios, ¡creó al sacerdote!

Jesús hizo partícipe de su poder al sacerdote, creación del Amor Infinito de su Corazón; depositó en el corazón del sacerdote la abnegación, el celo, la bondad, la misericordia que llenaban el suyo. Derramó en él, la humildad y la pureza; lo llenó de amor. Le confió, en fin, cuatro sublimes funciones, correspondientes a las cuatro grandes necesidades de la criatura humana.

#### **1. El sacerdote instruye.**

El hombre es profundamente *ignorante*. Aun después de la gracia del Bautismo, las sombras de la culpa original continúan oscureciendo su inteligencia. Los pecados personales hacen cada día más espesa estas sombras y su espíritu entenebrecido, sumergido en la ignorancia y en la incertidumbre, va casi sin darse cuenta, rumbo de la eterna perdición. Y el sacerdote *instruye*. Da la verdad a la inteligencia humana, muestra el camino que conduce a Dios, descubre a las almas los luminosos horizontes de la fe. Su misión consiste en disipar las tinieblas y hacer resplandecer ante las miradas de todos esas verdades superiores y divinas que junto con el amor, constituyen la vida del alma humana.

#### **2. El sacerdote perdona.**

El hombre es *pecador*. La primera caída ha dejado en su naturaleza huellas imborrables; un terrible peso lo inclina hacia el mal; tanto en sus facultades intelectuales como en sus sentidos, se hace sentir sin cesar una especie de desaliento y, a pesar de la gracia que lo eleva y del Amor Infinito que lo atrae hacia lo alto, no deja de pecar una y otra vez. Siempre manchado nuevamente, necesita ser nuevamente purificado. Y el sacerdote *perdona*. Depositario de la Sangre de Jesús, aplica este divino remedio a las llagas del pecado; se enriquece con el tesoro infinito de los méritos del Salvador y da nuevas fuerzas y ayudas al alma purificada.

#### **3. El sacerdote consuela.**

El hombre es *infeliz*. Desterrado del cielo, pasa sus días sobre la tierra en el trabajo y en el dolor. El sufrimiento lo rodea por todas partes: tan pronto abate su cuerpo con la enfermedad, como desgarrar su corazón con desilusiones y duelos, o tortura su alma con el temor, el remordimiento o la duda. Y el sacerdote *consuela*.

Hace conocer a las almas el precio del sufrimiento; infunde la esperanza de una felicidad eterna en compensación de un dolor pasajero<sup>3</sup>; abre los abismos del Amor Infinito a los corazones afligidos y abandonados; levanta a las almas abatidas revelándoles las divinas misericordias, y, difundiendo sobre la tierra la luz y el amor, consuela toda aflicción y disipa todo temor.

#### **4. El sacerdote ofrece el Sacrificio.**

Finalmente, el hombre *tiene necesidad de Dios*. Su debilidad debe de apoyarse en la fuerza divina; su pobreza reclama los tesoros del cielo; su nada tiene continua necesidad de acercarse a la fuente del ser. En cambio, el pecado lo aleja de la santidad divina. ¡Dios es tan grande, tan puro, está tan elevado en la altura inaccesible de la verdad y la justicia!... Es necesario un mediador entre Dios y el hombre; este mediador es Jesucristo. Pero el hombre es tan miserable que necesita otro mediador entre Jesucristo y él, ¡y este mediador es el sacerdote!

Y el sacerdote *ofrece el Sacrificio*. Toma entre sus manos consagradas la Víctima divina, la eleva hacia el cielo y, ante su vista, Dios se inclina hacia la tierra, la Misericordia desciende, el Amor Infinito se desborda con más abundancia del seno del Eterno Ser. ¡El Creador y su criatura se acercan, se abrazan en Cristo, se reúnen en el amor!

Estas son las magníficas funciones que cumple el sacerdote en favor de la humanidad: enseña, perdona, consuela, ofrece el sacrificio. ¡Jesús, el Sacerdote Eterno, las había realizado antes que él y con qué suma perfección! Si hubiera sido posible, habría querido ejecutarlas siempre directamente Él mismo; pero convenía que, después de experimentar el sufrimiento, Jesús volviera a entrar en la gloria<sup>4</sup>. Por eso su amor misericordioso formó al sacerdote en el cual Él mismo se perpetúa y revive incesantemente su vida de amor por los hombres, sus hermanos,. Por medio del sacerdote continúa instruyendo, purificando, consolando y acercando a Dios todas las generaciones que se suceden sobre la tierra.

En la dolorosa fase que atraviesa ahora el mundo, la Humanidad desviada siente más que nunca necesidades inmensas; más que nunca, reclama ser nutrida por la verdad, alejada del mal, consolada en sus tristezas, acercada a Dios y caldeada por el amor.

Parece que Jesucristo debería volver otra vez a la tierra. Pero no, su Humanidad resucitada puede permanecer en la gloria. Él ya ha provisto a todas las necesidades del mundo; ¡le ha dejado su Eucaristía y su Sacerdocio!

Con la Eucaristía el hombre puede alimentar su alma con la Verdad eterna y el Amor Infinito y, en cierto modo, divinizar su carne enferma y sus sentidos inclinados al pecado. En el Sacerdocio puede encontrar los auxilios que continuamente necesita en el transcurso de su pobre vida.

Sin embargo, si en la Eucaristía Jesús es siempre el mismo, eternamente vivo, en el sacerdote, su vida divina puede ser más o menos intensa; no porque Él no se dé siempre con la misma abundancia, sino porque el sacerdote puede aprovecharse más o menos de esta abundancia. Para que Jesús reviva en el sacerdote, es necesario que el sacerdote viva de Jesús.

El Amor Infinito, al desbordarse del Ser divino, había creado al hombre; este mismo Amor, rebosando del Corazón de Jesús, ha creado al sacerdote; y así como el hombre no encuentra su verdadera vida y la perfección de su ser sino volviendo a Dios, su eterno principio, así el sacerdote no puede poseer la plenitud de la vida y la perfección de su ser sacerdotal, sino yendo al Corazón de Jesús. Por esto, en estos tiempos en los que las santas funciones del sacerdote son tan necesarias para el mundo, Jesús llama a los sacerdotes a su Corazón para que en esta divina fuente se nutran de nuevas gracias y, sumergiéndose en este océano de Amor de donde han salido, encuentren en él una renovación y un acrecentamiento de vida sacerdotal.

¡Que el sacerdote vaya, por tanto, a Jesús, que se una estrechamente a Él! ¡Su misión es tan grande y su acción puede ser tan fecunda! ¡Que considere las acciones de este divino Modelo, que escuche sus palabras, que penetre en sus pensamientos, que lo siga paso a paso en el Santo Evangelio, que aprenda de este Maestro adorable a cumplir dignamente las sagradas funciones del Sacerdocio! Jesús ha sido el primero en ejercerlas; el sacerdote no tiene más que seguir sus divinas huellas. Revestirse de Cristo es imitar a Cristo, reproducir sus adorables virtudes, sus acciones santas, hasta sus mismos gestos divinos. Y si todos deben revestirse de Cristo, ¿no debe hacerlo más que nadie el sacerdote, que debe dar a Jesucristo al mundo?

¡Oh Jesús, Pontífice eterno, divino Sacrificador! Tú, que en un impulso de incomparable amor a los hombres, tus hermanos, dejaste brotar de tu Corazón Sagrado el Sacerdocio cristiano, dignate continuar derramando en tus sacerdotes las ondas vivificantes del Amor Infinito.

---

<sup>3</sup> Cf. 2Cor, 4, 17

<sup>4</sup> Cf. Lc 24, 26

Vive en ellos, transfórmalos en Ti; hazlos, por tu gracia, instrumentos de tu misericordia; obra en ellos y a través de ellos y haz que, después de haberse revestido de Ti por la fiel imitación de tus adorables virtudes, cumplan en tu nombre y por el poder de tu Espíritu, las obras que Tú mismo realizas para la salvación del mundo.

Divino Redentor de las almas, mira cuán grande es la multitud de los que aún duermen en las tinieblas del error; cuenta el número de las ovejas descarriadas que caminan al borde del precipicio; considera la muchedumbre de pobres, hambrientos, ignorantes y débiles que gimen en el abandono.

Vuelve, Señor, a nosotros, por medio de tus sacerdotes; revive realmente en ellos, obra por ellos y pasa de nuevo por el mundo enseñando, perdonando, consolando, sacrificando, reanudando los sagrados vínculos del Amor entre el Corazón de Dios y el corazón del hombre.

Así sea.<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> El Papa Pío X concedió a quienes rezaran diariamente esta oración, una indulgencia parcial una vez al día, e indulgencia plenaria el primer domingo o primer viernes de cada mes. Estas indulgencias son aplicables a las almas del purgatorio. (3 de marzo de 1905). (Ver: Preces et Pia Opera, p. 508 N° 659).

## CAPÍTULO II

### JESÚS MAESTRO

Después de una larga y silenciosa preparación de treinta años, Jesús comenzó a enseñar. Poseía en Sí mismo la plenitud de todas las ciencias; su inteligencia humana, dilatada y perfeccionada por la unión con la Inteligencia divina, abarcaba el inmenso conjunto de los conocimientos más sublimes y penetraba hasta en las cosas más insignificantes. La admirable armonía de las facultades de su alma y de los sentimientos de su Corazón, el equilibrio perfecto que reinaba en todo su ser, regulaban su pensamiento y sin haber tenido necesidad de trabajar para instruirse como los demás hombres, poseía sin esfuerzo el saber en su inteligencia, así como encerraba, sin obstáculo, el amor en su Corazón.

El mundo esperaba las lecciones de su boca divina para renacer a la vida y a la luz, ¡y sin embargo Jesús deja transcurrir treinta años antes de manifestar su sublime sabiduría! ¿Por qué esta espera tan prolongada? ¿Por qué privar por tanto tiempo a la humanidad de las luces celestiales que debían disipar la noche de su ignorancia?

No olvidemos que Jesús es nuestro modelo. Él sabía que el hombre necesita un prolongado trabajo y arduos esfuerzos para adquirir los tesoros de sabiduría y de ciencia indispensables para instruir a las almas y quería, por tanto, dar a sus sacerdotes el ejemplo de una lenta y seria preparación.

Si se trata de una enseñanza profana, basta el conocimiento y saber enseñar. Pero cuando hay que dar a Dios a las almas y las almas a Dios, ya no es suficiente la cultura del espíritu. El hombre entero debe ser transformado; él mismo debe pasar por una sucesión de pruebas y comenzar, al menos, a adquirir esa ciencia experimental de dolores, debilidades y miserias de la humanidad que deberá poseer para instruir e iluminar a sus hermanos.

Sin duda que el sacerdote puede dedicarse a esta primera función de su ministerio antes de los treinta años; pero cuánta prudencia necesita, cuánta desconfianza de sí mismo y cuánta humildad para recurrir a las luces de otros. El sacerdote debe instruirse sobre todo junto al Divino Maestro; que estudie, pues, a este sublime Preceptor de las almas y aprenda a hablar como El, a enseñar como El.

Cuando al dejar la vida oculta, Jesús comenzó a revelar los tesoros de verdad que llevaba dentro de Sí, el mundo entero se encontraba sumido en las tinieblas del error. El paganismo y los delitos que éste genera reinaban por doquier y, aun en el pueblo elegido, la verdad comenzaba a cubrirse de sombras. Los judíos, que hasta entonces habían custodiado el depósito de la verdad Divina, parecían estar a punto de perderlo. Numerosas sectas desgarraban el manto de la Sinagoga; el amor a las riquezas, la ambición por los honores habían derribado poco a poco el muro que separaba a Israel de las naciones idólatras. Los hijos de Abrahán sentían vacilar su fe y veían que la luz se apagaba en sus manos, a causa de las traidoras insinuaciones de una filosofía falsa, presionada por un sensualismo enervante y el desenfreno de las pasiones.

En aquel preciso momento apareció Jesús. Verbo increado, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero<sup>6</sup>. Venía a traer la verdad a la tierra, la verdad absoluta en toda su pureza y luminosidad, tal como está en Dios, en su eterno día, en su limpidez divina y en su soberana rectitud. Venía a reavivar la llama sagrada de lo justo y lo verdadero, sin la cual la humanidad no puede sino errar el camino a través de los tiempos. Venía a enseñar, con toda la autoridad de su divina Sabiduría, los derechos de Dios y los deberes del hombre, la misericordia de Dios y las miserias del hombre, y a restablecer el orden en la inteligencia humana trastornada por los errores del paganismo.

La Samaritana dijo un día al mismo Jesús: “Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, Él nos lo dirá todo”<sup>7</sup>. Ésta fue, en efecto, la gran misión del Salvador: ¡instruir a las almas! Su enseñanza fue universal: a todos y a todo llevó la luz de la verdad; combatió todos los errores de entonces y echó por tierra todos los que originaría después la actividad desorientada del pensamiento humano. Enseñó con los ejemplos de su vida y después con sus palabras lo que el hombre podía conocer de Dios. Lo mostró creador

---

<sup>6</sup> Credo de Nicea

<sup>7</sup> Jn 4, 25

omnipotente, infinitamente santo y soberanamente justo, pero sobre todo lo reveló como Padre, inefablemente bueno y todo misericordioso.

El dogma, la moral, las relaciones del hombre con Dios y con sus semejantes, los grandes principios que deben regir la familia, la sociedad y guiar a la conciencia humana entre las sombras de la vida terrena, todo fue penetrado por los luminosos rayos de la verdad de Jesús. No dejaba pasar ocasión alguna de instruir al pueblo: “La gente estaba admirada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad”<sup>8</sup>.

En efecto, cuántas veces repitió este Adorable Maestro, siempre tan sobrio y medido en las palabras: “En verdad, en verdad te digo: Hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto”<sup>9</sup>.

Es realmente el Maestro, el Doctor infalible de la verdad.

Por eso, alzando la voz a las puertas del templo, pudo exclamar con razón: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”<sup>10</sup>; el que me sigue no camina en tinieblas”<sup>11</sup>. Más tarde, en el momento de su dolorosa Pasión, de pie, en el centro del Pretorio, responderá a Pilatos con incomparable majestad: “Para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad: Todo el que es de la verdad, escucha mi voz”<sup>12</sup>.

Esta voz de Jesús, tan humilde y dulce, no resonó más que por tres años en un pequeño ángulo del mundo, el más privilegiado de todos. Pocos hombres la oyeron; lo que enseñaba, en oposición a las ideas de aquel tiempo, parecía delirio y locura; ¡y no era más que la Verdad! Y la Verdad permanece, siempre termina por triunfar sobre la mentira y no perecerá jamás, porque ha nacido de Dios y es inmortal como Dios.

¡La Verdad! Es lo que, después de Jesús y con Jesús, el sacerdote debe dar al mundo. Pero para enseñarla, para comunicarla a los otros, tiene que poseerla en sí mismo, y para poseerla, debe ir a buscarla en su fuente divina, debe adquirirla junto al divino Maestro. El sacerdote, al recibir la misión de enseñar, recibe una abundancia de luz que debe desarrollar en sí. Es necesario que afiance y conserve intacta esta verdad que ha recibido; pero son tan numerosos los errores que la circundan que no puede defenderla y conservarla íntegra sin fatiga y sin lucha.

La verdad divina es inmutable y no puede cambiar. La Iglesia la posee en toda su plenitud. A través de los acontecimientos y las vicisitudes de los tiempos no cambia, sino en apariencia. La inteligencia humana, según sea más o menos pura, la recibe con mayor o menor claridad.

La verdad puede acrecentarse y desarrollarse, o por lo contrario, disminuir en la inteligencia humana; pero en sí misma es una e invariable. Puede precisarse, afirmarse en mayor o menor grado, definirse y explicarse, justificando así el proceso lento, pero incesante de las verdades enseñadas por la Iglesia. Pero verdades realmente nuevas, sobre todo en contradicción con la primera verdad, con la verdad antigua, no pueden existir.

### **El sacerdote maestro de las almas**

Por tanto, el sacerdote, a fin de conservar intacta la verdad divina derramada por Jesús en su alma el día de la consagración, debe fortalecerse contra los ataques del error. Estos ataques llegan de tres partes a la vez: de Satanás, del mundo y de sí mismo.

1. — Satanás, espíritu maligno, eterno autor de discordias y odio, que trata de destruir la verdad doquiera la descubra, se esfuerza sobre todo por arrancarla del corazón del sacerdote, enemigo suyo declarado y en lucha continua contra su acción infernal.

2. — El espíritu del mundo y sus máximas tienden sin cesar a debilitar la verdad; y el sacerdote vive en medio del mundo, respira ese aire de mentira y sufre, casi sin darse cuenta, la influencia debilitante de sus falsas doctrinas.

3. — Por último, ¡cuántos fermentos de error viven en estado latente dentro de él mismo, en esas profundidades en las que el pecado original ha dejado sus huellas! El mínimo vestigio de orgullo puede despertarlos, la mínima contaminación puede hacerlos fecundos.

Para triunfar de estos múltiples enemigos, el sacerdote cuenta con tres armas poderosas que le aseguran siempre la victoria. Ante todo, la unión con la Iglesia, la fidelidad inviolable a la Santa Sede, órgano infalible de la Verdad. En efecto, ¿qué pueden los esfuerzos de Satanás contra la roca inmovible sobre la cual ha sido fundada la Iglesia?

---

<sup>8</sup> Mt 7, 28, 29. Mc 6. 2; 7. 37

<sup>9</sup> Jn 3, 11

<sup>10</sup> Jn 14, 6

<sup>11</sup> Jn 8, 12

<sup>12</sup> Jn 18, 37

¿Puede temer extraviarse quien camina con Pedro, a quien el Maestro dijo: “Yo he pedido por ti, para que no tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos”<sup>13</sup>?

El sacerdote vence al espíritu del mundo por la unión con Cristo, vencedor del mundo; unión proveniente del espíritu de oración, del estudio del Corazón de Jesús, de sus adorables virtudes, y del alejamiento, interior, pero verdadero, de todo lo que Jesús condena y reprueba en el mundo.

Pero para triunfar de sí mismo, para anular en sí todo principio de error, para llegar a ser inaccesible a la mentira y permanecer firme en todos los ataques, para poseer con seguridad el tesoro de la verdad y conservarlo siempre intacto, el sacerdote no tiene otro medio que el de prosternarse con humildad. Una santa y justa desconfianza de sí y de su juicio particular, un acudir con sencillez a las luces de los demás, una humilde sumisión de fe, he ahí lo que necesita para permanecer en la verdad, para precaverse contra las ilusiones de una falsa ciencia, para ser, en una palabra, como Juan, esa lámpara siempre ardiente que ilumina los pueblos; para ser, como Jesús, la luz del mundo.

\* \* \*

Jesús ha enseñado la verdad a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, jóvenes y ancianos. Desde el príncipe de los sacerdotes hasta la pobre samaritana, todos fueron instruidos por su palabra, todos recibieron la verdad de sus divinos labios. Con maravillosa adaptación de inteligencia e incomparable humildad, supo siempre adaptarse a la capacidad de aquellos a quienes debía instruir.

Con Nicodemo, doctor de Israel, es profundo, sublime y toca los misterios más elevados. Con los sacerdotes y escribas, sus enseñanzas se apoyan siempre en la Ley, los profetas y la Sagrada Escritura. Con el pueblo es sencillo, familiar, y se expresa con comparaciones sacadas de las labores campestres; tenemos así sus divinas parábolas: el sembrador, el grano de mostaza, la vid, etc. Se adapta siempre a su auditorio, sin caer nunca en lo vulgar, en lo afectado, en lo difícil de entender, aun en las materias más elevadas.

¡Qué encanto en las enseñanzas de Jesús, tan luminosas y simples, tan ricas de doctrina celestial y carentes de ornatos superfluos! ¡Qué dulce majestad en sus menores palabras! ¡Qué gravedad afable, qué modesta dignidad, qué fuerza persuasiva, qué claridad de exposición, cuánta gracia! ¡Qué poesía penetrante y sublime en esos ejemplos tomados de la naturaleza! ¡Oh, si se pudieran estudiar detalladamente las inefables bellezas de nuestro adorable Maestro! ¡Es el Verbo del Padre, el Maestro Divino, descendido del cielo para instruir a las almas! Con esto, ¿no está dicho todo?

También el sacerdote debe enseñar a todos la verdad. Si quiere ser verdadero apóstol, verdadero sacerdote de Jesús, debe hacerse, como Jesús, todo a todos. Su único fin debe ser comunicar la verdad que posee y el amor que le abraza. Por tanto, que no aspire a un género particular, ni busque un método nuevo y personal que, a lo más, podrá interesar a algunos; sino que se esfuerce en adaptarse a su auditorio. Siempre claro y exacto, que anuncie la verdad sencillamente, con la única intención de hacer el bien. Entonces habrá encontrado el secreto de esa unción penetrante que viene del corazón y que el doble amor de Jesús y de las almas derrama, como naturalmente, en los labios del sacerdote. Al enseñar la verdad, es necesario que dé lo mejor de sí mismo, y que sin despreciar a nadie, se entregue por entero a su misión sublime de maestro de las almas.

---

<sup>13</sup> Lc 22, 32

## DIFICULTADES DE LA ENSEÑANZA

Cuando enseñaba, Jesús encontró muchos obstáculos, dificultades y sufrimientos y tuvo una paciencia infinita. No se dejó descorazonar por la rudeza de los espíritus, ni por la lentitud en comprender, ni por las objeciones sin fundamento. Las críticas, las injurias, la doblez de aquellos a quienes trataba de instruir e iluminar, no lograron cansarlo. En sus miras no figuró nunca la propia gloria; nunca buscó el éxito humano. Arrojó a manos llenas y de todo corazón la divina semilla en las almas, dejando al espíritu de Amor el cuidado de hacerla germinar y madurar.

Sabía que enseñando su moral, suave, es cierto, pero austera, muchos se alejarían de Él. Con su divina presciencia sabía que muchos de aquellos a quienes instruía dejarían que ese germen de vida pereciera por negligencia, o incluso lo arrancarían con sus propias manos. Y no obstante eso, no dejó nunca de dar sus lecciones divinas, ni de abrir a todos los tesoros de su sabiduría.

La contradicción, los desprecios las dificultades de toda índole se encuentran también en el camino del sacerdote; pero no debe dejarse abatir. Jesús, el Divino Maestro, ¿no está con él? ¿No tiene las divinas promesas de Jesús para consuelo y sostén? ¡Tome entonces la cruz del Maestro y camine!

Pero que se guarde, sobre todo, de alterar el Evangelio con el pretexto de conciliar entre sí el espíritu del mundo y el espíritu de Jesús<sup>14</sup> y de formarse un cristianismo de fantasía, para halagar las pasiones humanas. Las verdades evangélicas se imponen por sí mismas y el sacerdote debe tan solo presentarlas como son, iluminadas por los reflejos divinos de la dulzura y de la misericordia del Corazón de Jesús. Sí, que haga conocer bien los derechos de Dios, sus leyes justas y fuertes, y también su paciencia, su bondad, el inefable amor del Redentor por las almas; pero que no descienda nunca a compromisos bajos, a procedimientos humanos, a la búsqueda culpable del éxito personal.

“Mirad que yo os envío como ovejas entre lobos, sed sagaces como serpientes y sencillos como palomas”<sup>15</sup>. Son las palabras que Jesús dirigía a sus apóstoles, a sus sacerdotes, al enviarlos a anunciar la buena nueva. ¡Cómo sabía unir el adorable Maestro, la prudencia y la sencillez en su enseñanza! ¡Qué prudente se mostraba cuando instruía individualmente a las almas! Procedía gradualmente, soportando las debilidades, exigiendo a cada uno únicamente lo que podía dar, esperando con infinita paciencia, que se abriera a la gracia y respondiera a sus misericordiosas prevenciones. Preparaba lentamente y con dulzura los espíritus antes de descubrirles la verdad; fortalecía los ánimos abatidos y no exigía nada con dureza.

¡Y cuánta prudencia en su enseñanza pública! Se mostraba siempre respetuoso hacia las autoridades legítimas y amigo de la paz. Sabía desconcertar la astucia de sus enemigos con su sabiduría y después de tres años de predicación durante los cuales enseñó una doctrina y dio leyes opuestas por completo a las del mundo, no se encontró ningún testigo que pudiera deponer en su contra cuando se lo acusaba ante los jueces y los príncipes.

Cuando censuraba vicios y errores, nunca nombraba a los culpables. ¡Qué exquisita discreción en su conducta ante la adúltera! ¡Qué reserva en sus palabras cuando debía instruir a las gentes acerca de los más delicados preceptos de la moral, revelar la santidad del vínculo conyugal o los divinos encantos de la virginidad! Su prudencia en este punto es tan grande, sus palabras tan puras, que el alma del niño más cándido y desconocedor del mal, puede leer y releer el Evangelio sin que nada pueda turbar su pensamiento o cubrirlo de sombra alguna.

El sacerdote, según el ejemplo del Maestro, debe, pues, unir en su enseñanza la prudencia con la sencillez. Si quiere prodigar el bien en medio del mundo corrupto en el que debe vivir, es necesario que hable y proceda con divina sabiduría. Sea prudente en la predicación pública y más apóstol que polemista; con preferencia, más distribuidor de los dones de Dios y ministro de misericordia, que violento reformador del mundo. El odio se vence únicamente con amor<sup>16</sup>; el pecado se destruye tan solo con la sangre de Jesús, manso y humilde de Corazón. Es innegable que a veces hay que ser fuerte, pero la prudencia debe regular la fuerza, presidir al justo rigor y orientar tanto el castigo como perdón.

---

<sup>14</sup> Cf 2Tm 6, 3 ss..

<sup>15</sup> Mt 10, 16. Lc 10, 3

<sup>16</sup> Rm 12, 21

El sacerdote debe ser prudente en su enseñanza privada; estudiar bien las almas antes de dirigirlas. Sea prudente al decidir la vocación de los demás; prudente al hacerles contraer ligaduras que puedan vincular su porvenir y tal vez turbar sus conciencias. Prudente sobre todo en la enseñanza impartida a los jóvenes y a las mujeres. ¡Son ya de por sí imprudentes en demasía! Cuántas familias turbadas, cuántos esposos desunidos, cuántas almas desorientadas y a veces apartadas del camino de la piedad a causa de un consejo imprudente, de unas palabras justas y santas en el fondo, sin duda, pero que pueden ser mal interpretadas en su forma. El sacerdote debe rodearse de prudencia a ejemplo de su divino Modelo. También él es maestro, maestro de almas, de santidad y de virtud. Que sus palabras sean, por tanto, un eco de las palabras de Jesús, impregnadas de sabiduría, de prudencia y de verdad.

## ENSEÑANZA CON EL EJEMPLO

Nuestro adorable Maestro no se limitó a enseñar con la palabra, con la predicación pública y con la instrucción privada: sobre todo predicó con el ejemplo. “Jesús comenzó a hacer —dice la Sagrada Escritura— y a enseñar”<sup>17</sup> ¿No es, en efecto, la mejor lección la del ejemplo? Además, el ojo ve lo que el oído no sabría siempre escuchar y la impresión recibida por la mirada ¿no es más fuerte, más viva? ¿El corazón no se inflama con más facilidad por haber visto que por haber oído? Jesús lo sabía y por eso, al venir a enseñar las virtudes, comenzó por practicarlas todas. Las mostraba en sí mismo tan bellas, tan deseables, tan seductoras, que los corazones se inflamaban con el deseo de poseerlas.

Y aún ahora, ¿no es el recuerdo de las sublimes virtudes practicadas por Él sobre la tierra lo que nos mueve a imitarlo? ¿No es el pensamiento de su divina paciencia, el que nos hace pacientes? ¿No es el recuerdo de su humildad el que nos mueve a aceptar la humillación? Más aún que aquellas pocas palabras suyas que el Evangelio nos recuerda ¿no es el ejemplo de su adorable pureza y la de la Virgen, su Madre, el que ha hecho florecer la virginidad por todas partes?

Nuestra pobre naturaleza había sido tan profundamente afectada por el pecado original, que las palabras de Jesús, las palabras del Verbo Encarnado, aunque muy poderosas, quizá no habrían podido transformar tan pronto las almas, si nuestro Salvador no hubiera añadido su divino ejemplo.

Toda la virtud y santidad que Jesús pidió al hombre renovado, Él mismo fue el primero en realizarlo. Abrió el camino y fue el primero en recorrerlo, arrastrando en pos de sí a las almas de buena voluntad. Se colocó como modelo ante la humanidad desfigurada y descolorida, que hacía mucho tiempo había perdido la semejanza divina y le dijo: “Mírame y reproduce en el lienzo de tu alma mis divinos rasgos”. Jesús lavó esta tela con su Sangre dejándola completamente blanca. Luego vino la Iglesia; vio a la Humanidad débil y torpe; le tomó maternalmente la mano y guió el pincel. Y muy pronto surgieron copias del Divino Modelo; ¡algunas eran tan semejantes y conformes al original, que el Padre celestial reconoció en ellas a su Hijo<sup>18</sup>! Eran los santos, formados a ejemplo de Jesús, nutridos de su palabra y vivificados con su vida.

El sacerdote, como Jesús, enseña sobre todo con sus ejemplos. Debe ser la reproducción fiel de Jesús y presentar continuamente esta divina imagen a las miradas del mundo. Por eso debe presentarse como modelo perfecto de virtudes; modelo vivo y visible, fácil de imitar. Débil como los demás hombres, pero elevado por la gracia sobre las miserias y bajezas de la tierra, debe ayudar con su ejemplo a los demás hombres, sus hermanos, a subir hasta la altura de Cristo.

“Que vuestra modestia —decía el Apóstol a los fieles— la conozca todo el mundo”<sup>19</sup>. ¿Qué es la modestia? Es un velo transparente que atempera, sin esconderlas, dos virtudes sublimes, cuyo suavísimo perfume insensiblemente se esparce en los corazones, los atrae y los transforma: es la dulcísima fragancia de la humildad y de la pureza. Si el Apóstol recomendaba la modestia a los fieles, ¡cuánto más debía recomendarla a los sacerdotes!

Esta divina virtud resplandecía en los rasgos y en todo el exterior de Jesús y nacía de su profunda humildad y de su adorable pureza. Que sea también el ornato del sacerdote, lo circunde por todas partes, penetre en todos sus actos, se encuentre en sus palabras, lo acompañe en el ejercicio de su celo y de su abnegación. Así, el sacerdote será una predicación viviente de la verdad y de las virtudes de Jesús.

En el sacerdote, todo debe instruir, todo debe edificar. Puesto como medio de unión entre Jesús y las almas, debe conducir las y unir las al al Maestro en su propia persona. Es necesario que las almas lleguen a Jesús a través del sacerdote. Sus palabras, sus actos, la pureza, la humildad, la abnegación de su vida, deben ser poderosas palancas que eleven las almas, luces apacibles que las conduzcan a Dios.

¡Oh, Cristo, luz inefable, divino foco de la Verdad increada, ven a iluminar a las almas! Tú que eres el Verbo del Padre, el esplendor de su gloria y la luz del mundo, ven a disipar las sombras que avanzan en nuestros horizontes. Habla siempre, enseña siempre en tu Sacerdocio. Que tu luz llegue a nosotros a través de tus sacerdotes; y así como a través de sus manos recibimos tu Cuerpo adorable, que recibamos también tu

---

<sup>17</sup> Cf. Hch 1, 1

<sup>18</sup> Cf. Rm 8, 29

<sup>19</sup> Fil 4, 5

Verdad de sus labios. Afíánzalos de tal modo en la posesión de lo justo y verdadero que no se aparten nunca de tu camino; únelos tan íntimamente a Ti, que no piensen sino lo que Tú piensas y enseñen sólo tu sabiduría. Únelos entre ellos tan estrechamente que se fortalezcan contra el espíritu del error, que sean invencibles a los asaltos del pecado. Llena sus espíritus de tu luz y sus corazones de tu puro amor, para que a su vez iluminen las almas que les has confiado. Así sea.

### CAPÍTULO III

#### JESÚS QUE PERDONA

“Dios es Amor”<sup>20</sup>. Su vida es el amor; todos sus divinos movimientos, ya sean internos, ya externos, son movimientos de amor. Si engendra en su seno, es su Verbo, sublime Palabra de amor que se dice a sí mismo. Si la belleza y excelencia de este Hijo increado lo arrebatan y provocan un movimiento de amor, y si al mismo tiempo el Hijo, arrebatado de amor por el Padre, efectúa un movimiento similar, procede de ellos el Espíritu Santo, suspiro de amor del Padre y del Hijo.

Todo lo que Dios crea fuera de Sí mismo es creación de amor, porque sólo crea para amar y porque los movimientos que realiza hacia sus criaturas son otros tantos movimientos de amor. Ordene o prohíba, castigue o perdone, favorezca o reprenda, es siempre el Amor.

Pero este amor inefable toma nombres diferentes, según su variado ejercicio: cuando ordena es poder; cuando favorece es bondad; cuando castiga es justicia, y cuando perdona es misericordia. Así, siempre el amor vive, actúa en Dios y si bien reviste varias formas, es un amor único, una acción única, una fuerza única. ¡Es Dios en su unidad absoluta, inmenso, profundo, sin límites, inconmensurable, eterno...!

Así pues, el hombre ha sido creado por el Amor, por un Amor fecundo, abundante, liberal, que siente la necesidad de expandirse; por un Amor de Padre que quiere comunicar su vida; por un Amor de artista, que quiere crear obras maestras. El Amor que favorece, colmó de sus dones al hombre inocente. Cuando el hombre pecó, el Amor que castiga, la justicia, iba a proceder con rigor, pero el Amor que perdona, la misericordia, estaba allí y detuvo el brazo que se levantaba para castigar.

El Verbo Divino, engendrado por el Amor, viviente en el seno del Amor, Amor Él mismo, se ofreció para pagar la deuda del culpable. Tomó la forma del Amor que perdona y durante una larga cadena de siglos, este Amor misericordioso se elevó, como baluarte, en el seno mismo de Dios, para preservar al hombre pecador de los golpes de la Justicia irritada.

Y una vez que la humanidad hubo sufrido y llorado largamente, cuando, después de repetidos golpes y una larga espera, terminó por conmover la piedad de Dios, el Verbo descendió a la tierra. Se revistió de nuestra carne, tomó nuestras debilidades y nuestra mortalidad ¡y fue nuestro Cristo, nuestro Jesús!

Amor inefable, Misericordia encarnada, vino no sólo a enseñar la Verdad, no sólo a iluminar con su Luz divina la inteligencia humana, sino, sobre todo, a traer el perdón de Dios a la tierra, a lavar en la propia sangre las iniquidades del mundo y a romper las ligaduras que retenían al alma del hombre como esclava del pecado. ¡El propio Jesús era este gran “perdón” de Dios, perdón sustancial y viviente, perdón eficaz y salvador! ¿Asombrará, entonces, que digamos que la inclinación de Jesús fue la misericordia, que el movimiento *sobrenatural*, *natural* a su Corazón, fue siempre el de perdonar y de absolver?

Si nos proponemos seguir al divino Maestro en los tres años de su vida pública, si lo acompañamos paso a paso en ese tiempo tan laborioso y fecundo de su apostolado, lo veremos entregado sin cesar a la búsqueda de pecadores, continuamente ocupado en romper las ligaduras de iniquidad que envuelven a las almas. “Dios –dirá Jesús– no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él”<sup>21</sup>.

¡Oh, qué bien cumplirá su misión el Salvador! ¡Con qué ardor correrá en pos de las almas! ¡Cómo sabrá descender hasta la más profunda miseria del pecador, para elevarlo hasta su santidad divina!

Jesús ama a estos pecadores a quienes quiere perdonar, a quienes viene a absolver. Y, sin embargo, ¿qué son los pecadores ante Dios? ¡Son sus enemigos mortales! Ante todo, son unos ingratos; lo habían recibido todo de Dios y despreciando sus divinas liberalidades, han olvidado su bondad y pisoteado su Corazón. Son también unos rebeldes: obligados en su ser de criaturas a la dependencia y docilidad, han sacudido el yugo de la autoridad de Dios, tan legítima y dulce, y se han constituido en sus únicos señores. Son, en fin, unos traidores: se les había confiado el gobierno del mundo, debían custodiar todas las criaturas inferiores para

---

<sup>20</sup> 1Jn 4, 8

<sup>21</sup> Jn 3, 17

guiarlas a Dios, mas traicionando la confianza divina, han alejado a esas criaturas de su fin, forzándolas, en cierto modo, a abandonar a su Señor, a su Creador y a su Rey.

¡Y Jesús ama a estos pecadores! ¡Sí, los ama! Su amor por ellos le hizo descender del cielo y venir a la tierra a trabajar, sufrir y morir en medio del dolor y la ignominia.

Mientras pasa por esta tierra que pronto será regada por su sangre, observemos cómo frecuenta con gusto a los pecadores, cómo permanece entre ellos y cómo recibe con alegría a todos los que se le presentan. Se encuentra con ellos con tanta frecuencia y les demuestra tanta bondad, que los fariseos celosos dicen a sus discípulos: “¿Cómo es que vuestro Maestro come con publicanos y pecadores?”<sup>22</sup> Y se aprovechan de su bondad misericordiosa para negar su misión divina: “Si éste fuera profeta –dicen en la amargura de sus corazones egoístas y sin compasión– sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando: pues es una pecadora”<sup>23</sup> y no soportaría su contacto. ¡Qué lejos estaban de conocer a Jesús aquellos que creían que la miseria debía alejarlo y que el pecador que lloraba era indigno de su misericordia!

Hay una palabra de Jesús, adorable en su sencillez y profundidad, que nos revela brevemente, tanto la inclinación misericordiosa de su Corazón, como la misión divina de perdonar y absolver que le confiara el Padre: “He venido –dijo un día– a buscar y a salvar lo que estaba perdido”<sup>24</sup>. En efecto, Jesús no estuvo entre nosotros únicamente para recibir a quienes iban a Él, para acoger con el perdón al pecador penitente, sino para salirle al encuentro, para buscar, allí donde se encuentren, a las pobres almas cegadas por el pecado, detenidas por la vergüenza o dominadas por la cobardía.

Durante los tres años de apostolado no hará otra cosa que ir en busca de almas; recorrerá continuamente las ciudades y aldeas de Judea y Galilea; dirigirá su barca hacia todas las orillas del lago de Genesareth; se internará en los desiertos; pasará por las tierras paganas de Tiro y de Sidón; costeará las riberas del Jordán y las orillas del mar; irá a mezclarse, con peligro de su vida, entre las grandes muchedumbres venidas a Jerusalén para las fiestas; frecuentará los atrios del Templo donde disputan los doctores, y los pórticos de la piscina Probática donde se amontonan los enfermos. Nada lo hará retroceder en su búsqueda; nada detendrá el ansia infatigable de encontrar almas que salvar. Esta ardiente pasión de salvar almas enajena a Jesús, multiplica sus fuerzas humanas, le hace emprender innumerables obras, ¡hasta le conducirá al Pretorio y al Gólgota!

El sacerdote, a quien Jesús ha elegido para continuar su vida en la tierra, este privilegiado, a quien la participación en la unción del Cristo-Salvador lo hace, a la vez, salvador y libertador de almas, debe tener en su corazón esa llama ardiente, ese deseo vehemente, esa santa pasión por la salvación de sus hermanos. Investido por el divino Maestro del poder sublime de perdonar y absolver, no debe desear otra cosa que hacer uso de él; con generoso ardor debe, por tanto, ir en busca de almas con las aspiraciones y el ardor de su corazón, y si es preciso, con largos recorridos y viajes peligrosos.

Debe emplear todos los recursos para salvar un alma; olvidarse de sí mismo, abandonar las miras personales, alejar de sí todo deseo de descanso o de satisfacción propia. ¿Acaso Jesús ahorró fuerzas o tiempo? Por el contrario, ¿no los consumió enteramente? ¿No se dio por completo? ¿Pensó, quizá, en las alegrías terrenas, en una vida sosegada, en una segura tranquilidad? ¿Creyó que se podía ser salvador conservándose a sí mismo y dar vida abundante a muchos sin entregar y perder la propia?<sup>25</sup>

El sacerdote de Jesús, heredero de los sentimientos de su divino Maestro, posee el corazón grande, el alma ardiente. Segador incansable, quiere recoger coronas de almas para dárselas a Dios, quiere distribuir con abundancia el perdón divino. Nada le importa que el sol lo abrase, que el sudor corra por sus miembros cansados. ¡Sabe que al llegar el ocaso de la vida, cuando el tiempo de trabajar haya terminado, encontrará un inefable refrigerio en el Corazón del Maestro!

---

<sup>22</sup> Mt 9, 11. Mc 2, 16

<sup>23</sup> Lc 7, 39

<sup>24</sup> Lc 19, 10. Mt 18, 11

<sup>25</sup> Cf. Mt 16, 25. Lc 9, 24

## LA MAGDALENA Y ZAQUEO

Mientras el divino Salvador iba buscando almas para perdonar y absolver, encontró a su paso varias clases de ellas. Unas, como la Magdalena, se acercaban a Él espontáneamente. El hastío del pecado se apoderó cierto día de la pecadora de Magdala. Una gracia íntima había solicitado su corazón para volver al bien; una palabra de Jesús, oída al acaso, venció la última resistencia. Acudió a postrarse a los pies del Maestro e hizo, entre lágrimas, la humillante confesión de sus culpas. Llena de dolor, aunque también de confianza, permaneció allí, besando los divinos pies del Salvador, en espera de la absolución que debía desligarla de sus cadenas, en espera del perdón que la haría para siempre ¡la afortunada conquista del Amor Infinito!

El adorable Maestro había reconocido en ella un alma de elite, una de esas almas ardientes, a las que el placer puede fascinar durante breves instantes, pero para quienes los amores terrenos son demasiados fríos, demasiado inestables y de duración demasiado breve. Sus corazones atraídos por el Amor Infinito, pero desconocedores del camino que conduce a él, se dejan engañar un tiempo por el espejismo de los afectos humanos y poco a poco descienden en el fango, pero no pueden permanecer en él. Así era Magdalena. La hermana de Marta y de Lázaro, arrastrada por el corazón, había olvidado las tradiciones santas de su stirpe y los ejemplos de los suyos, había caído en el pecado, arrojando el dolor y la vergüenza sobre su familia. Pero su alma era demasiado elevada como para satisfacerse en el mal y su corazón demasiado grande como para contentarse con el amor de las criaturas; debía pertenecer a Cristo ¡y Cristo la conquistó!

¡Qué dulce emoción invadió el Corazón de Jesús cuando contempló esa alma caída, es cierto, pero que ante una sola palabra suya se levantaría; esa alma que su perdón haría tan hermosa! Él ya ve en ella admirables virtudes. Posee la fe, pues viene por sí misma a implorar el perdón; la esperanza y una confianza sin límites la retienen a los pies del Maestro; el amor la ha subyugado y vencido... ¿Qué más puede desearse? Las palabras inefables de Jesús: “Han quedado perdonados tus pecados”<sup>26</sup>, son la respuesta a las lágrimas y a la amorosa confianza de María.

Y el Maestro ya no la abandona más. Continúa instruyéndola, le exige a veces actos heroicos, la conduce lentamente hacia la eterna beatitud: de Magdala a Betania, de Betania al Calvario, del Calvario al Cielo, haciéndola pasar por la abnegación del “No me retengas...”<sup>27</sup> y por las persecuciones de Jerusalén.

Él hace de esta pecadora un milagro de amor... ¡Será la santa, la enamorada, la predilecta de su Corazón, y será la obra de su perdón misericordioso!

\* \* \*

Entre las almas que encontraba el Maestro, otras, como Zaqueo, habían pecado por seguir el camino ancho y fácil, trazado por el espíritu del mundo. El rico publicano de Jericó, llegado a la opulencia por medios más o menos justos, gozaba de los placeres de la vida sin pena ni remordimiento. Hasta que cierto día, una gracia secreta introdujo en su alma algo así como un deseo de vida mejor. No fue más que un pensamiento fugaz, que la premura de los negocios y la administración de sus grandes bienes no le permitieron considerar. Sin embargo, la fama de los milagros de Jesús había llegado hasta él, y de improviso, se entera de que el gran Profeta va a entrar en la ciudad. Cierta curiosidad, que juzga natural, pero que en realidad es un toque de la gracia, le hace desear ver a Jesús. No ciertamente para hablarle; no cree tener nada que decir; tan sólo quiere ver y observar a ese hombre extraordinario, cuyo nombre está en boca de todos y a quien aclaman los pueblos.

Las críticas y desprecios de los judíos nunca habían turbado a Zaqueo en su vida lujosa y cómoda, y ahora que quiere ver a Jesús no le detiene tampoco el respeto humano. Trepa a uno de los sicómoros que flanquean el largo camino de Jericó y espera el paso del Maestro.

Mientras lo ve avanzar lentamente, rodeado de la multitud, siente de pronto que la mirada de Jesús se fija en él. Esa mirada profunda, dulce y deslumbrante de luz que penetra hasta el fondo del alma lo conmueve de

---

<sup>26</sup> Lc 7,48. 5,20. Mt 9,2

<sup>27</sup> Jn 20,17

modo insólito; y siente que le llaman por su nombre: “Zaqueo –le dice Jesús con infinita dulzura– date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa”<sup>28</sup>. ¡En su casa! Apenas puede convencerse de haber oído bien. Conmoverlo hasta lo más íntimo por esta atención del Maestro, no encuentra palabras para contestarle. Corre a casa, imparte órdenes, hace preparar todo, quiere que Jesús sea recibido con hospitalidad amplia y magnífica.

Bien pronto, el Hijo de David, el gran Profeta de Israel, seguido por la multitud, llega a las puertas de la suntuosa mansión. Entra en ella... En ese instante, ¿qué sucede en el alma de Zaqueo? Una viva luz le revela la injusticia de su vida; la bondad de Jesús, que se ha dignado elegirlo como huésped, no obstante el desprecio general de que es objeto por parte de los judíos, le parece tan dulce y misericordiosa, que su corazón se siente profundamente conmovido. A la vista de Jesús, pobremente vestido, que vive de limosnas y pasa haciendo el bien y difundiendo la luz y la paz, con la frente serena, la mirada toda llena de misericordia y la mano siempre elevada para bendecir, el rico publicano comprende la vanidad de los falsos bienes en los que hasta entonces había puesto su felicidad. Comprende que su alma ha sido creada para algo más grande, más útil y mejor.

De pie, ante el Maestro, al que ha recibido en su casa como a un rey, con el corazón generoso y la voluntad enteramente determinada al bien, dice: “Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces más”<sup>29</sup>. No dice que dará, sino que da; su voluntad ya lo ha hecho; y si ha cometido injusticias (y qué fácil es cometerlas cuando el amor a las riquezas domina el corazón...), las repara generosamente.

¡Qué alegría experimenta Jesús al ver que Zaqueo responde con tanta fidelidad a la gracia! Sus misericordiosas miradas no se han dirigido en vano hacia esa alma; ¡esta vez, sus tentativas llenas de amor no han sido rechazadas! Al considerar la obra sublime lograda por su misericordia, el divino Maestro exclama: “¡Hoy ha sido la salvación de esta casa!”<sup>30</sup> Y fijando de nuevo la clarividente mirada en lo más íntimo de esa alma regenerada por su amor, dice: “También éste es hijo de Abrahán”<sup>31</sup>; luego añade estas hermosas palabras, sumario espléndido y divino de su propia vida: “Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido”<sup>32</sup>.

---

<sup>28</sup> Lc 19, 5

<sup>29</sup> Lc 19,8

<sup>30</sup> Lc 19,9

<sup>31</sup> *Ibid.*

<sup>32</sup> Lc 19,10

## LA SAMARITANA

Sin embargo, Jesús no siempre encontraba en su camino conquistas tan fáciles. A veces debía aguardar largo tiempo a la puerta de las almas, cansarse en buscarlas y entablar una lucha con ellas. Tenemos un ejemplo en la conversión de la Samaritana.

Con su divina presciencia, el Maestro había visto muchas almas que salvar en la ciudad de Sicar. Entre ellas había descubierto a una mujer pecadora y en su misericordia había resuelto no sólo apartarla del mal, sino también convertirla en apóstol de sus conciudadanos. No pocas veces, Él había tomado la humilde actitud de suplicante ante el Padre y había enviado su gracia a aquella alma culpable que había permanecido siempre cerrada a las suaves influencias de su amor. Pero cierto día, el Maestro quiso dar un último asalto y se dirigió hacia Samaria junto con sus discípulos.

Se acercaban a Sicar. El sol de mediodía caía de plano en la llanura, haciendo brillar en el horizonte la alta cumbre del Garizim. Las espigas sin madurar aún ondeaban a lo lejos mecidas por el viento. Junto al camino se erguía en toda su blancura, a la sombra de las palmeras, la fuente del Patriarca. Jesús, cansado, se detuvo. Dejó que los discípulos continuaran su camino hacia la ciudad, y Él, pensativo y triste, fue a sentarse junto al pozo de Jacob.

¡Divina debilidad, adorable cansancio de Jesús, qué misteriosos sois! Sin duda que no era sólo el cansancio del camino lo que le abatía de esta forma. Víctima de amor, cargado voluntariamente con los pecados del mundo, sentía a veces que, bajo su peso, sus fuerzas disminuían. La prolongada resistencia de la pecadora de Sicar, el conocimiento que poseía de las luchas de tantas otras almas contra los esfuerzos de su misericordia, le sumía en una profunda tristeza. Su Corazón lleno de amor, palpitaba dolorosamente y su cuerpo delicado se sentía desfallecer.

Pronto vio venir hacia Sí a aquella cuya salvación le había costado ya tantos suspiros y lágrimas. ¿Qué le quedaba aún por hacer en esa alma para inducirla a la conversión? Las doctrinas erróneas que había asimilado desde su infancia en aquella tierra de Samaria, donde algunos restos de la revelación divina se mezclaban con la más grosera idolatría, las influencias variadas que sobre ella ejercieron aquellos a quienes se había entregado sucesivamente, habían falseado su espíritu y corrompido su juicio. Un carácter tenaz, razonador, inclinado al sarcasmo; una naturaleza sensual, enemiga del trabajo y del esfuerzo, constituían nuevos obstáculos para su retorno hacia el bien. Jesús, sin embargo, no se descorazona. Médico caritativo de las almas, ha venido no para los que están bien, sino para los enfermos<sup>33</sup>. Él es la resurrección y la vida de los cuerpos y de las almas y quiere resucitar a ésta que, con claridad, ve muerta a la vida de la gracia.

El Maestro comienza entonces aquel sublime coloquio con la pecadora que el Santo Evangelio nos ha transmitido. El respeto de Jesús por las almas, la rara prudencia que acompaña todas sus palabras y todos sus actos, su dulzura, paciencia y humildad, no se revelan menos que su profundo conocimiento de los corazones. Pide, al principio, un pequeño servicio a la Samaritana. Soporta sin alterarse su mordaz impertinencia. Poco a poco penetra en su espíritu excitando con santa habilidad su natural curiosidad. La conduce de este modo a declarar la irregularidad de su situación. Sólo cuando ella misma dice: “No tengo marido”<sup>34</sup>, Jesús le hace ver que conoce el estado de pecado en que vive. Pero lo hace con sencillez, sin añadir reconvenciones, sabiendo que ella no es capaz de recibirlas, sin herirla con desprecios y ni siquiera humillarla con una sola palabra dura.

Esta dulzura admirable, esta mirada divina que lee en su alma, infunden en la pobre mujer confianza para interrogar a Jesús, y Él, con incomparable bondad, responde a sus preguntas, disipa sus dudas e ilumina su inteligencia. Cuando se ha adueñado así de su espíritu, le declara su divina misión.

Presas de la emoción más viva, la mujer vuelve apresuradamente a la ciudad. Cierta extraña turbación se ha apoderado de ella, le asaltan pensamientos que antes nunca había tenido. Ante la influencia de la gracia, se va operando en ella un cambio del que aún no tiene plena conciencia. De regreso en Sicar, se siente impelida a decir a todo el que encuentra: “Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho.

---

<sup>33</sup> Mt 9,12

<sup>34</sup> Jn 4,17

¿Será éste el Mesías?”<sup>35</sup> Todavía no sabe si debe creer, pero ya comprende que ese hombre tan puro, tan grave y tan dulce, que le ha hablado en el camino, no es una criatura vulgar, y quiere que los demás juzguen.

Cuando la tarde de ese mismo día, llamado por los habitantes, Jesús entró en Sicar, volvió a encontrar a la pecadora; la gracia omnipotente la había transformado. Vino entonces, por propia iniciativa, hasta su caritativo Salvador, no para confesar sus culpas que Él ya conocía, sino para recibir el perdón que su fe y arrepentimiento reclamaban, y que el Corazón infinitamente bueno de Jesús suspiraba por darle. Una vez más, triunfó la misericordia. De una criatura miserable, en la que todo parecía impuro y viciado, hizo un alma enriquecida por la gracia, un apóstol de la verdad, un trofeo glorioso para Jesús. Había realizado un nuevo milagro.

Y cuando, a los dos días, Jesús se alejó de la ciudad, aquellos a quienes Él había atraído a su Amor, iluminados por su verdad y salvados por su misericordia, por primera vez le tributaron con unánime aclamación el nombre tan dulce de *Salvador*.

Diecinueve siglos han repetido ya la palabra de los afortunados samaritanos: “Este es de verdad el Salvador del mundo”<sup>36</sup>. Tal vez muchos otros siglos lo repitan aún y resonará sin fin en los ecos de la eternidad. Sí, Jesús es el Salvador del mundo, porque es la Misericordia; ¡el mundo tiene tanta necesidad de perdón misericordioso!

---

<sup>35</sup> Jn 4, 29

<sup>36</sup> Jn 4,42

## EL LUNÁTICO

El divino Maestro pasaba haciendo el bien y, mientras de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, derramaba los tesoros de su incomparable ternura, se encontraba con frecuencia ante cierta categoría de almas, cuyo mísero estado afligía profundamente su Corazón.

Las multitudes, entusiasmadas por sus prodigios, le conducían de todas partes una gran cantidad de enfermos e impedidos, y también de pobres posesos, a fin de que los liberara. Sin duda, algunos no estarían en estado de pecado. El demonio puede, cuando Dios lo permite, tomar posesión de los cuerpos, pero no puede poseer el alma sin el consentimiento de la voluntad desviada del hombre. En cambio, muchos otros gemían bajo el yugo agobiador de una doble posesión: la del cuerpo y la del alma. ¡Qué pena para Jesús constatar los estragos horribles operados en el alma humana por la presencia del espíritu del mal! ¡Con qué dulce piedad acudía en su socorro! ¡Con qué premura utilizaba su divino poder para arrojar fuera al espíritu de las tinieblas!

Al leer el Santo Evangelio, a primera vista puede parecer que Jesús no utilizaba más que su autoridad soberana y su palabra omnipotente para liberar a los pobres posesos. En cambio, un pasaje de la Sagrada Biblia nos enseña que recurría también a otros medios.

Cierto día, el divino Maestro bajaba del Tabor, donde había dejado entrever un reflejo maravilloso de su divinidad, ante las miradas atónitas de los tres discípulos privilegiados y su hermoso rostro conservaba aún la huella radiante de la transfiguración. Al pie de la montaña, se había reunido una gran multitud; algunos discípulos discutían en medio de ella; reinaba una viva agitación. Apenas llegado, Jesús se informó del motivo del tumulto. Se le respondió que un joven, poseído del demonio, había sido presentado a los discípulos para que lo exorcizaran pero que se habían esforzado en vano por liberarlo. El Salvador llama junto a Sí al padre del pobre joven. Exige primero un acto de fe y de confianza, luego, haciéndose conducir al endemoniado, habla con autoridad al espíritu maligno, libera al pobre poseso y lo entrega sano al padre.

Cuando la muchedumbre se retiró, Jesús entró con los discípulos en una casa cercana. Asombrados por la falta de éxito de sus esfuerzos, ellos le interrogan para saber la causa. Siempre dispuesto para instruirlos, el Maestro les descubre la insuficiencia de su fe, les enseña a no apoyarse humanamente en la propia acción, sino a entrar en la divina potencia con una confianza humilde pero firme e ilimitada en la infinita bondad de Dios. Luego agrega: “Esta especie sólo puede salir con oración y ayuno”<sup>37</sup>

¡Cuántas enseñanzas en estas palabras! ¡Hasta Jesús rezaba y hacía penitencia para salvar a las almas! Esas largas oraciones durante la noche<sup>38</sup>, esas privaciones de toda índole a las que voluntariamente se sometía, esas marchas prolongadas, esos largos ayunos, ese dormir en tierra desnuda... eran otros tantos medios de que se servía para librarnos del yugo de Satanás.

¿Tenía Él necesidad de esos medios? Siendo el Verbo del Padre, por cuyo medio han sido hechas todas las cosas, ¿acaso una sola palabra de su boca, un solo movimiento de su omnipotente voluntad no era más que suficiente para echar a los demonios y sepultarlos en los profundo del infierno? Sin duda; mas no olvidemos que Jesús se hizo nuestro modelo. Nosotros, pobres pecadores, aunque colmados de los dones divinos, no podríamos hacer lo que Él podía con su virtud divina.

La humanidad purísima de Jesús no interponía ningún obstáculo a la acción de su divinidad. Podía actuar siempre como Dios. No tenía, por cierto, necesidad de recurrir a otros medios que a su voluntad omnipotente, para cumplir sus grandes obras. En cambio, nuestra humanidad, manchada por el pecado original y por gran número de otros pecados, privada al menos de su primitivo candor por esa innumerable multitud de imperfecciones y debilidades en las que caemos cada día, constituye un permanente obstáculo a las operaciones de la gracia en nuestra alma y a la plena efusión de los dones de Dios en nosotros.

El sacerdote está revestido por Jesús de sus poderes divinos y como quiera que sea, siempre será sacerdote. Desde el día en que el sagrado carácter del Sacerdocios se imprime en su alma, puede realizar las obras del Sacerdocios; participa del poder divino para consagrar, absolver, sacrificar. Podrá pecar, pero es siempre sacerdote; sacerdote indigno, es cierto, objeto de horror ante Dios y de escándalo para el mundo. El

---

<sup>37</sup> Mc 9,28

<sup>38</sup> Lc 6,12

carácter sagrado, fulgurante sobre su frente, no hará sino iluminar las profundidades de su miseria y el triste naufragio de todas sus grandezas; pero es siempre sacerdote... *Tu es Sacerdos in aeternum!*<sup>39</sup>

Sin duda, aún puede consagrar, absolver, sacrificar. Pero esa corriente divina de gracias inherentes al Sacerdocio, ese poder de amor sobre las almas para volver a conducir las a Dios, esa autoridad para poner en fuga a los espíritus malignos; esas luces admirables para discernir la llamada de cada alma, los designios de Dios para con ella y el camino por el que guiarla; ese coraje para sostener las luchas del apostolado y los rigores de las persecuciones, esa elocuencia para defender la verdad, esa fuerza para permanecer casto, esos privilegios, esos dones, esas gracias destinadas por Dios al Sacerdocio, no se le conceden sino en la medida de su amor y su pureza.

Pues bien, el sacerdote, para obtener, conservar y acrecentar en sí el amor y la pureza, debe recurrir a la oración y a la penitencia. He aquí por qué dijo Jesús a los discípulos: para expulsar esta clase de demonios, para tener un poder en todo semejante al mío, para realizar las obras que Yo hago, añadid a la gracia grande del Sacerdocio que Yo os comunicaré, y de la que ya en parte os he revestido, la oración y la penitencia.

---

<sup>39</sup> Sal 109,4

## EL SACERDOTE QUE PERDONA CON JESÚS

El sacerdote en su paso por el mundo, en seguimiento de Jesús, se encuentra con las mismas almas que el Maestro. A veces, encuentra por el camino pobres criaturas poseídas por el espíritu maligno. ¿Qué puede hacer por ellas? ¿Intentará convencerlas? Están demasiado alejadas de él para que puedan oír su voz. ¿Procurará conquistar esos corazones mediante beneficios y pruebas de afecto? Huyen de su presencia y rechazan sus beneficios. ¿Qué hará, entonces, para arrancárselas a Satanás y llevarlas a Dios? Se postrará en oración, pedirá misericordia, importunará al Corazón de Dios; añadirá a las súplicas, obras de penitencia; renovará en su propia carne los padecimientos de Cristo, o por lo menos impondrá a sus sentidos el yugo saludable de la mortificación que Jesús llevó constantemente sobre Sí. Uniendo así la oración y la penitencia a la firmeza de una fe iluminada y a una confianza sin límites, el sacerdote podrá echar al demonio de los pobres corazones poseídos y destruirá la nefasta influencia que ejerce en el mundo.

Otras veces, encontrará almas a las que, como la Samaritana, deberá esperar mucho tiempo y con las cuales deberá actuar con prudencia extrema. ¡Pobres almas envueltas en el mal! El sacerdote rogará por ellas, será paciente en esperarlas y estará pronto para aprovechar cualquier ocasión de hacerles un poco de bien. Cuando tenga que tratar con ellas, les impondrá respeto con modesta gravedad. Las convencerá no con discusiones violentas ni controversias ardientes, sino con palabras medidas, benévolas, sencillas, claras y siempre humildes. Conmoverá sus corazones con una bondad sin debilidad y un sincero interés. Como Jesús, nunca se asombrará ante el mal. ¡Estos asombros resultan tan duros a los pobres pecadores! Nunca se mostrará aburrido de escucharlas, ni escandalizado de sus confesiones. De esta forma, poco a poco llegará a revelarles a Jesús, ¡misericordioso Salvador de las almas!

Si el sacerdote encuentra Zaqueos, esas almas buenas en el fondo, pero sin luz, absorbidas por los negocios, disipadas por los placeres del mundo, heridas por la intolerancia de algunos cristianos de espíritu farisaico, deberá acercarse a ellas y tratarlas con el corazón abierto, dándoles con la propia vida ejemplo de virtudes realmente cristianas. Que puedan ver a Jesús reflejado en su propia persona, a Jesús con su Corazón tan bueno, su espíritu tan amplio, su virtud tan sencilla... Y reconocerán por sí mismas la miseria de sus vidas y la vanidad de los bienes que apetecen. Ganadas por la mansedumbre y por los ejemplos del sacerdote, volverán a Jesús, divino Sacerdote.

Y si el Maestro pone en su camino almas como la Magdalena, recíbalas piadosamente de sus manos. Purifíquelas, instrúyalas, y rodéelas de vigilantes cuidados. Cultívelas con amor para que produzcan ese exquisito fruto de virtudes perfectas que Jesús espera de ellas. Son un regalo divino que le hace Jesús y él podrá amar a esas almas, tan dóciles en sus manos, tan obedientes a su voz. Podrá darles lo mejor de sí mismo y preferirlas entre todas las demás; pero que sea siempre con el Corazón de Cristo.

¡Ah, es necesario que este Corazón de Jesús, tierno como el de una madre, ardiente como el de una virgen, puro como el de un niño, fuerte, generoso y entregado como el de un padre, lata en el pecho del sacerdote! Ya que participa del poder de Jesús, debe participar de su amor. Será realmente sacerdote cuando viva de la vida de Jesús, cuando obre por virtud de Jesús y cuando ame con el Corazón de Jesús. Por lo tanto, que se una a este Maestro adorado, que se inspire en sus ejemplos, acepte sus consejos en las dudas y se haga instruir por Él.

La misión del sacerdote junto a las almas es difícil. Es una misión toda de amor y misericordia. Exige grandes luces, extrema prudencia, abnegación ilimitada, paciencia inagotable. Únicamente Jesucristo, Dios y Hombre, puede cumplirla dignamente, o bien, aquellos que, transformados por Él y que viven de Él, no tienen sino un mismo corazón y un mismo espíritu con Él.

Hemos dicho que Jesús es el Amor que perdona. Por tanto, si bien prefiere a las almas bellas y puras que han conservado siempre el esplendor de la divina semejanza, siente tal vez una inclinación más tierna hacia aquéllas que Él ha purificado. “Hay más gozo en el cielo por un solo pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse”<sup>40</sup> Ese Cielo es su Corazón; su Corazón, Sagrario del Amor Infinito, que desborda de alegría cuando puede ejercer en un alma el oficio de Salvador.

---

<sup>40</sup> Lc 15,7

Jesús lloró a menudo a causa de los pecados del mundo. Derramó lágrimas amargas y de sangre por las almas extraviadas que rechazan su Misericordia. ¡Cuántas veces le hemos visto expresar su dolor sobre la infiel Jerusalén! ¡Cuántas veces, postrado ante su Padre, prolongó su plegaria y lloró a fin de obtener para un alma la gracia preciosa de la penitencia! En Getsemaní no solamente sus ojos derramaban copiosas lágrimas, sino todo su cuerpo lloraba lágrimas de sangre<sup>41</sup>. La tierra se impregnaba de este rocío de amor que Jesús destilaba sobre ella para fecundarla. ¡Oh, cuán a menudo ha llorado Jesús por nosotros!

El Evangelio no habla de su sonrisa. ¡Y sonrió con mucha frecuencia! Sonreía a María, su Madre Inmaculada. Sonreía ante la inocencia de los niños que se le presentaban en gran número. Después de una jornada fatigosa, sonreía a sus discípulos para reconfortarlos y alegrarlos. Sonreía al sufrimiento como a una esposa predilecta por medio de la cual engendraba pueblos de redimidos y elegidos.

Pero la sonrisa más dulce de Jesús, la que reservaba a su divino Padre y cuya radiante expresión ninguna criatura pudo sorprender jamás, ¿cuándo a floraba a sus labios? Por la noche, cuando Jesús se retiraba completamente solo para orar; si en el día transcurrido había otorgado su perdón a las almas y si había librado de sus cadenas a muchos cautivos, entonces la alegría iluminaba su alma. Y allí, bajo la bóveda del cielo centelleante de estrellas, ante su Padre Celestial que le abrazaba con amor, sonreía con extática sonrisa en arrebató divino.

¡Oh, Jesús, Amor Infinito, Bondad misericordiosa, que has venido a la tierra para buscar lo que se había perdido, purificar lo que estaba manchado y levantar lo que estaba caído, derrama en el corazón de tu Sacerdoció el celo ardiente y las divinas ternuras que inundan tu Corazón adorable!

Haz que, a imitación tuya, tus sacerdotes se entreguen con valor incansable a la búsqueda de las ovejas perdidas y que, llenos de amor y piedad, después de haberles curado las llagas, las devuelvan a tu divino redil.

Concede a tus sacerdotes la gracia de conmover los corazones. Dale el consuelo íntimo de ganar muchas almas a tu amor, para que un día puedan oír de tus labios las divinas palabras: “Venid, siervos buenos y fieles, entrad en el gozo de vuestro Señor”<sup>42</sup>. ¡Así sea!

---

<sup>41</sup> Lc 22, 44

<sup>42</sup> Mt 25, 21

## CAPÍTULO IV

### JESÚS CONSOLADOR

El dolor no había sido creado para el hombre, sino que debía ser la porción exclusiva de los ángeles rebeldes y caídos que, mediante un acto libre y abusivo de la voluntad, se separaron del Amor eterno y se condenaron para siempre al odio eterno.

El plan divino establecido por el Amor Infinito para felicidad de su amada criatura, se convulsionó y destruyó cuando el hombre pecó, y el dolor, rompiendo sus compuertas, se precipitó sobre la humanidad como un torrente devastador.

Desde aquel instante, el hombre comenzó a sufrir en todo su ser. Sufrió en el cuerpo: el trabajo con sus fatigas, las inclemencias del tiempo, las molestias de las enfermedades y los accidentes fortuitos se unieron para hacerle experimentar el dolor. Después del pecado, la estructura maravillosa de su cuerpo, la delicadeza de sus órganos y la perfección de sus sentidos, que debían servir para multiplicar sus alegrías, no sirvieron más que para aumentar sus tormentos. En efecto, no hay uno solo de sus miembros, una sola fibra de su ser que no pueda, tarde o temprano, llegar a ser sensible al dolor.

Sufrió en su corazón. Este armonioso instrumento de amor, que tan solo debía vibrar al toque delicado de la mano de Dios, se vio atormentado por las manos inhábiles de las criaturas. Sus frágiles y melodiosas cuerdas se destrozaron una tras otra ante el choque de las ingratitudes, odios y abandonos, por la separación de la muerte, por dolorosos desengaños y amargas desilusiones.

Sufrió en su alma. Creada a imagen y semejanza de Dios, había sido dotada de facultades admirables, cuyo ejercicio pleno y perfecto debía proporcionarle alegrías sublimes. Pero el pecado, al cubrirla de sombras y al paralizar sus impulsos, dio entrada al dolor. La inteligencia del hombre sufrió por su impotencia para conocer y penetrar en los misterios que vislumbraba. Su memoria sufrió ante el recuerdo de los dolores pasados o de las alegrías perdidas. Su voluntad sufrió por sus propias rebeldías, incertidumbres, inconstancias. El hombre sufrió en su imaginación por la aprehensión del porvenir; sufrió, en fin, en todo su ser y durante todas las épocas de la vida.

En la cuna, derramó lágrimas, sin duda inconscientes, pero lágrimas reales, y dejó oír lastimosos gemidos. La infancia, la adolescencia, la virilidad, tuvieron sus lutos y dolores. La vejez llegó con su soledad, sus enfermedades y sus pesares. Luego, la muerte con sus angustias, agonía y las postreras lágrimas vertidas en los umbrales del sepulcro.

Durante siglos, este dolor humano se elevó hacia el cielo como un fuerte grito, invocando un Consolador, pues el hombre, cuando sufre, necesita ser consolado. Es demasiado débil para soportar solo el peso del dolor; necesita socorro y sostén; necesita una mano que enjugue sus lágrimas y venda sus heridas, un brazo que lo sostenga; una voz que le dé ánimo y le conforte; un corazón amigo en el que pueda desahogar el suyo.

Desde el seno del Amor Infinito, un eco respondió a esta suplicante invocación: ¡el Verbo se hizo carne!<sup>43</sup> Jesús, divino Cordero, lleno de mansedumbre y ternura, apareció en nuestra desolada tierra. Vino no sólo a traer al hombre ignorante la luz de la verdad, al pecador el perdón de sus culpas, sino también a procurar el bálsamo celestial de la consolación al hombre dolorido y abandonado.

¿Y quién mejor que el Verbo encarnado hubiera podido cumplir aquí el oficio de consolador? ¿Acaso no conoce todos los dolores que viene a mitigar y no posee amor y poder suficientes para poder y querer aliviarlos?

El es Dios. Con su inteligencia infinita conoce todas las debilidades de sus criaturas y sabe cuánta turbación ha traído consigo el pecado. Sigue con la clarividencia de su mirada divina sus luchas íntimas y sus dolores más secretos.

Él es Hombre. Ha experimentado en carne propia todos los sufrimientos de la humanidad. Durante la Pasión, su carne sagrada, bañada por la sangre de la agonía, destrozada por los azotes, taladrada por las espinas y clavos, sufrió el más doloroso martirio. Su Corazón, rebosante de amor, fue lacerado por las

---

<sup>43</sup> Jn 1,14

ingraticudes, celos, odios y abandonos más indignos. Su alma conoció la tristeza y el temor, indecibles torturas y angustias mortales.

El conoce nuestros dolores... ¿querrá mitigarlos? Escuchemos las palabras del Maestro: “Venid a Mí todos los que estáis cansados y agobiados y Yo os aliviaré”<sup>44</sup>. ¡Venid a Mí, dice Jesús, a Mí, vuestro Consolador! ¡Venid, los que sufrís en este mundo, los doloridos, los que os sentís aplastados, vosotros todos que lleváis en el cuerpo, en el corazón o en el alma una herida sangrante que ha de ser cicatrizada!

¿Y cómo hará este adorable Maestro para consolarnos? ¡Nuestros sufrimientos son tan numerosos, nuestros dolores tan profundos y a veces parecen tan irremediables! Su Corazón, vaso sagrado en el que está encerrado el Amor Infinito, derramará en el mundo oleadas de divinos consuelos.

En el transcurso de su vida mortal, veremos a Jesús, tierno como una madre, inclinarse hacia la humanidad doliente y verter en su corazón el bálsamo que alivia y cura. Y cuando vuelto a la gloria, no pueda ya bajo apariencia humana continuar su misión de Consolador, ¡no dejará a los suyos en el abandono! Envió al Espíritu Santo, al Espíritu de Amor que procede del Padre y del Hijo, que ejercerá por sí mismo su acción consoladora en las almas, mediante el conocimiento de las verdades eternas que infundirá en las inteligencias<sup>45</sup> y la unción sobrenatural del Amor Infinito que derramará en los corazones.

Pero esta acción consoladora se pondrá de manifiesto sobre todo por medio de la Iglesia y, en la Iglesia, mediante el sacerdote. Este es el gran don que Jesús Consolador hará a sus fieles en el correr de los siglos: ¡La Iglesia y el sacerdote!

La Iglesia, realmente madre, siempre pronta para enjugar las lágrimas, siempre dispuesta a tomar en sus brazos y acunar junto a su corazón a los hijos que sufren. Y el sacerdote, representante de Jesús, lleno de la virtud del Espíritu Santo que, como el Maestro, se inclina sobre todos los dolores humanos y derrama consuelo en los corazones heridos y en las almas llagadas.

---

<sup>44</sup> Mt, 11,28

<sup>45</sup> Cf. Jn 16, 7-14

## JESÚS, CONSOLADOR DEL PUEBLO

Sigamos ahora con el Evangelio a Jesús en su misión de Consolador; porque durante los tres años de su vida pública no se conforma con enseñar la divina doctrina y con purificar a las almas pecadoras con su perdón sublime<sup>46</sup>, sino que pasa, Consolador dulcísimo, en medio de las miserias humanas sanando cuerpos que sufren, curando llagas de corazones lacerados, derramando en las almas su paz, esa paz que sobrepasa todo sentimiento y mitiga todo dolor<sup>47</sup>.

Al principio de su ministerio, comienza por transformar nuestras apreciaciones con respecto al dolor. Antes, el sufrimiento era una humillación y el dolor una vergüenza; un cuerpo enfermo era objeto de horror y el gemino de los corazones destrozados no encontraba eco. Pero desde el momento en que la voz potente del Maestro proclamó en la montaña: “Bienaventurados los pobres... bienaventurados los que lloran... bienaventurados los que sufren...”<sup>48</sup>, el alma humana ha conocido el valor del sufrimiento. Conocer su valor inestimable, saber lo que expía, lo que obtiene y lo que merece; sentir el peso inmenso de la gloria que algunos días de sufrimiento soportados en la tierra procurarán en la eternidad<sup>49</sup>, ¿no es acaso un consuelo? ¡Y qué consuelo tan sobrenatural y elevado! Eleva los corazones, fortifica las voluntades naturalmente débiles ante el dolor; multiplica el valor al hacer entrever recompensas inmortales.

Para enseñarnos cuánta estima debemos tener por el dolor, Jesús lo toma como su herencia<sup>50</sup>. Lo elige con preferencia a todas las alegrías de este mundo. Se sujeta, como hemos visto, a todos los tipos de sufrimientos que afectan a nuestra pobre humanidad. Se hace pobre para consolar a los pobres. Quiere ser rechazado y calumniado para estimular a quienes el mundo rechaza y persigue. Sufre voluntariamente en todo su ser moral y físico<sup>51</sup> a fin de que lo encontremos cerca de nosotros en todos nuestros dolores.

Su piedad para con los enfermos es profunda. No puede escuchar sus lamentos sin que su Corazón se conmueva... y le vemos apresurarse por aliviarlos y curarlos. A favor de ellos se complace en hacer uso de su divino poder. No se aleja de ninguno por humilde, miserable y repugnante que sea. “Todos cuantos tenían enfermos con diversas dolencias se los llevaban, y Él, imponiendo las manos sobre cada uno, los iba curando”<sup>52</sup>. Va incansablemente de un lugar a otro, en busca de quienes necesitan de su socorro. ¡Y cuánta dulzura en sus palabras! ¡Y con qué arte delicado dice la palabra adecuada a los afligidos que se agolpan en torno suyo!

Con el Corazón lleno de compasión, escucha la humilde plegaria del oficial de Cafarnaum que apenas osa solicitar al Maestro la salud para el hijo enfermo. Presuroso por dar consuelo a este padre, sumido en el dolor, le dice con sencillez: “Anda, tu hijo vive”<sup>53</sup>.

Al paralítico que implora la salud, pero cuya alma se repliega dolorosamente en un pasado culpable, le dice: “¡Ánimo, hijo!, tus pecados te son perdonados”<sup>54</sup>. La salud de los miembros no era suficiente para consolar a aquel que sufría también con el recuerdo de sus culpas; ante todo era preciso alegrar a esa alma entristecida otorgándole el perdón.

Cierto día, entre la muchedumbre, la divina sensibilidad de Jesús percibe una gran tristeza. Una mujer se esfuerza por acercarse a Él, diciendo para sus adentros: “Con solo tocarle el manto, curaré”<sup>55</sup>. Jesús, lleno de compasión, deja salir de Sí una virtud divina y la pobre enferma se siente atendida. Toda turbada por la audacia que ha tenido y, más aún, por las miradas que la rodean, permanece allí confusa e inmóvil. Pero Jesús, en su Corazón tan bueno, encuentra una palabra consoladora: “¡Ánimo, hija, tu fe te ha salvado”<sup>56</sup>. Es la fe la que ha conducido a esa mujer en medio de las gentes. El Maestro, que lee los corazones, lo sabe y

---

<sup>46</sup> Cf. Jn 4; Lc 7; Jn 8

<sup>47</sup> Fil 4, 7

<sup>48</sup> Mt, 5, 3-9

<sup>49</sup> Cf. 2 Cor 4,17

<sup>50</sup> Cf. Mt 11,29

<sup>51</sup> Cf. Is 1,6

<sup>52</sup> Lc 4,40

<sup>53</sup> Jn 4, 50

<sup>54</sup> Mt 9,2

<sup>55</sup> Mc 5,28

<sup>56</sup> Mt 9,22

con estas únicas palabras, “tu fe te ha salvado”, la consuela de los penosos esfuerzos que ha debido realizar para acercarse a Él, de la larga, prolongada espera, en la confianza de encontrar a su Salvador.

En otra ocasión, Jesús visita la piscina probática. Numerosos enfermos se han reunido en aquel lugar en espera del milagroso movimiento de las aguas. Entre ellos, la mirada penetrante del divino Consolador ha divisado un pobre enfermo de rostro triste y abatido. Nada pide; no implora al Maestro ni la curación ni la limosna; no sabe que Jesús tiene el poder de otorgar la salud. Su Corazón le lleva hasta ese dolor mudo y dirigiéndole por primera vez la palabra le dice: “¿Quieres quedar sano?”<sup>57</sup> Ante este desheredado a quien nadie venía a ayudar y socorrer Jesús se inclina; cual dulce Consolador, va a llevarle la salud y la alegría.

Y cuando el Maestro encuentra corazones destrozados por la muerte de seres queridos, ¡cómo comparte su dolor y se apresura a hacer uso de su omnipotencia para hacerles objeto de su ternura!

Jairo se halla preso de la desesperación. La única hija se encuentra moribunda... ya ha muerto. Su abatimiento es tan profundo que apenas puede creer al Maestro lo suficientemente poderoso para devolvérsela. No obstante, le llama, y Jesús acude, porque tiene prisa en consolar a este padre afligido. “No temas –le dice lleno de ternura– basta que creas y se salvará”<sup>58</sup>, y la hija resucitada es devuelta a los asombrados padres.

Pero esto no basta aún al Corazón de Jesús. Quiere que tengan la alegría no sólo de ver a la hija viva, sino llena de fuerza y salud. “Y ordenó que le dieran de comer. Sus padres –dice el Evangelio– quedaron atónitos”<sup>59</sup> y llenos de alegría.

En uno de sus viajes, al entrar en la aldea de Naim, el Maestro encuentra a una madre que llora, acompañando el cuerpo exánime del hijo único. Se conmueve por este dolor maternal y desea derramar consuelo en aquel corazón desgarrado. Acercándose a la madre afligida le dice: “No llores”, y el joven, resucitado por la palabra omnipotente del Maestro, es devuelto a su madre<sup>60</sup>.

Lázaro acaba de morir. Jesús, que le amaba como a fiel amigo, se entristece por su muerte. Se entristece tal vez más por Marta y Magdalena, a las que sabe agobiadas por el peso del dolor. Siente la necesidad de ir a consolarlas y se dirige hacia Judea, a pesar de las prudentes advertencias que desean disuadirle del retorno.

Llegado a Betania, encuentra a Marta y se esfuerza por levantar el ánimo caído, recordándole la vida eterna y el eterno encuentro. Magdalena, a su vez, recibe consuelos sobrenaturales; pero la pecadora convertida, de corazón tan amante, se encuentra en tal disposición de espíritu que rechaza todo consuelo. Jesús se estremece ante dolor tan profundo; y llora con las inconsolables hermanas de Lázaro<sup>61</sup>. Va al sepulcro y dirigiéndose al Padre celestial le ruega que le escuche una vez más: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé que siempre me escuchas, pero lo digo por los que me rodean, a fin de que crean que Tú me has enviado. Y dicho esto exclamó en alta voz: ¡Lázaro, sal fuera! Y al punto, el que había estado muerto salió fuera, las manos y los pies ligados con lienzos y el rostro cubierto con un sudario. Y Jesús les dijo: Desatadle y dejarle ir”<sup>62</sup>.

El sacerdote, embajador de Jesús<sup>63</sup>, a menudo está llamado, como Él, a consolar a quienes sufren por debilidad o enfermedad, y a reanimar los corazones abatidos por separaciones dolorosas. Si bien no le es posible sanar y resucitar los cuerpos, como su divino Maestro, puede, en cambio, con la gracia de Cristo que habla por su boca, aliviar muchos dolores y enjugar muchas lágrimas.

¡Qué parte tan hermosa y consoladora del ministerio sacerdotal es la visita a los enfermos! Debe darles su consuelo más dulce e ir hacia esas imágenes vivientes del divino Crucificado con toda la ternura de su corazón. ¡Puede disminuir tanto la intensidad de sus sufrimientos, mostrándoles el valor de los mismos y guiando sus pensamientos hacia la esperanza eterna! Que el sacerdote emplee, por tanto, la mayor prudencia y la caridad más delicada para elevar las almas hacia Dios, para hacerles comprender la vaciedad de los bienes de este mundo y la ilusión de las amistades vanas. ¡Cuando el cuerpo sufre, el alma se acerca tan fácilmente a Dios!

Pero que sea siempre sobrenatural en los consuelos que da, y que sus palabras, como las de Jesús, sean todas de confianza y de fe. Fe en las divinas promesas, confianza en el Amor Infinito y misericordioso de Jesús; he aquí lo que el sacerdote debe dar como el mejor y más sólido de los consuelos a quienes la enfermedad retiene en el lecho del dolor o lloran junto al féretro de un ser querido.

---

<sup>57</sup> Jn 5,6

<sup>58</sup> Lc 8,50

<sup>59</sup> Lc 8,55-56

<sup>60</sup> Lc 7,11-17

<sup>61</sup> Jn 11,33-38

<sup>62</sup> Jn 11,41-44

<sup>63</sup> 2 Cor, 20

## JESÚS, CONSOLADOR DE LOS SUYOS

Jesús se muestra suavemente consolador sobre todo para con sus discípulos fieles y sus apóstoles.

Cierto día, los nota tristes por su escaso número y pobreza, e inquietos ante el porvenir incierto que se abre ante ellos. Quiere darles seguridad y levantar sus ánimos: “No temas, pequeño rebaño –les dice–, ya que vuestro Padre ha tenido a bien daros el Reino”<sup>64</sup>.

A las turbas, el Maestro predica la verdad en todo su rigor, les anuncia la venida del Hijo del Hombre en el último día y las señales terribles que la acompañarán. Pero para sus discípulos encuentra palabras consoladoras: no quiere dejarlos con una impresión tan penosa y les dice: “Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación”<sup>65</sup>.

Y cuando los tres años de apostolado de Jesús tocan a su fin, cuando está a punto de dejar el mundo para volver al Padre, su Corazón se mueve a compasión por sus queridos discípulos, dolorosamente agitados por la inquietud de su próxima partida. Trata de consolarlos con las más dulces palabras: “No se turbe vuestro corazón. Creed en Dios y creed también en Mí...”<sup>66</sup> “No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros”<sup>67</sup>.

Y Jesús comienza a anunciarles un nuevo socorro. Fiel a cuantos ha elegido, continuará viviendo en ellos con su gracia, con su Eucaristía; y además, el Espíritu Santo descenderá en ellos, los llenará de luz y de fuerza y terminará de instruirlos: “El Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recaordando todo lo que os he dicho”<sup>68</sup>; no se turbe vuestro corazón ni se acobarde<sup>69</sup>. Si permanecéis en Mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis y se realizará<sup>70</sup>... Como el Padre me ha amado, así os he amado Yo<sup>71</sup>... Cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de Verdad que procede del Padre, Él dará testimonio de Mí...<sup>72</sup> Os digo la verdad: os conviene que Yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito. En cambio, si me voy, os lo enviaré”<sup>73</sup>.

En aquella última noche, el Corazón tan bondadoso del Maestro derrama los consuelos más sobrenaturales y dulces en el corazón de los discípulos. Nunca se ha mostrado tan tierno, tan confidente, tan divinamente familiar. ¡Es porque los ve sufrir! Siente que sus almas están turbadas por terribles perspectivas y que sus corazones sangran ya por la separación inminente, a la que precederán tan dolorosos sucesos. Sabe que el sufrimiento es un bien para aquellos que le son queridos, pero como madre cariñosa quiere endulzar la tristeza de sus discípulos predilectos con la delicadeza de su amor.

Comienza la dolorosa Pasión. Jesús está a punto de ser inundado de amarguras; lejos de replegarse, se olvida de Sí mismo para consolar a los suyos. Agobiado bajo el peso de su Cruz, encuentra aún la fuerza para reanimar el valor de las piadosas mujeres que le siguen de cerca<sup>74</sup>. Suspendido en el infame patíbulo, presa de los más atroces dolores, derrama consuelo en los corazones afligidos que le rodean. Se apresura a anunciar la gloria que reserva al buen ladrón. Parece decirle: Anímate, tu sufrimiento no se prolongará, “hoy estarás conmigo en el paraíso”<sup>75</sup>.

¡Querría consolar a la Virgen, su Madre, y a Juan, el discípulo fiel! Los ve sumidos en tan profundo dolor, agonizar con Él y desolados ante el pensamiento de la separación. ¿María quedará sola, desamparada, sin esposo ni hijo, sin defensa ni sostén? ¡Qué duro habría sido este abandono y qué amarga esta soledad! ¿Y Juan? Juan, que ha sacrificado por Jesús todos los afectos de la tierra, que lo ha dejado todo para unirse a Él, ¿quedará sin guía y sin amor? ¿Deberá privar a ese joven y ardiente corazón de toda ternura humana?

---

<sup>64</sup> Lc 12,32

<sup>65</sup> Lc 21,28

<sup>66</sup> Jn 14,1

<sup>67</sup> Jn 14,18

<sup>68</sup> Jn 14,26

<sup>69</sup> Jn 14,27

<sup>70</sup> Jn 15,7

<sup>71</sup> Jn 15,9

<sup>72</sup> Jn 15,26

<sup>73</sup> Jn 16,7

<sup>74</sup> Lc 23, 27ss

<sup>75</sup> Lc 23,43

¡No! Jesús encuentra un medio de endulzar los sufrimientos de cada uno de estos dos seres queridos. Hace al uno entrega del otro. María encontrará otro hijo en la persona de Juan. Éste podrá volcar en María ese afecto filial y puro que tenía para con Jesús. ¡Ambos se unirán en el amor del Maestro, se consolarán al evocar ese recuerdo sin igual y trabajarán para difundir su doctrina y hacerle conocer y amar!

Jesús, al desaparecer de nuestra vista, no nos ha dejado huérfanos. Ha enviado el Espíritu Santo a la Iglesia y para continuar en la tierra su misión de Consolador ha formado al sacerdote, otro Jesús, a cuyo corazón ha traspasado el suyo.

¡Qué hermosa es esta misión del sacerdote! ¡Qué dulce pero, al mismo tiempo, qué difícil y delicada! Para cumplirla dignamente deber estar al tanto de los sufrimientos de sus hermanos y esforzarse por comprender los dolores íntimos que, después del pecado, han invadido a la humanidad y son tanto más punzantes cuanto más profundos y secretos.

El alma y el corazón del hombre son dos instrumentos llenos de armonía, pero delicados y frágiles. La mano que los pulsa debe ser suave, pero también segura y firme, sin vacilación. El sacerdote consolador debe poseer un perfecto discernimiento, tanto de los tormentos del corazón como de las torturas del alma. Las almas son tan diferentes, que la misma prueba, el mismo dolor, produce en cada una distintos tipos de sufrimiento. Es necesario un consuelo diferente para cada alma, para cada herida.

El conocimiento de los dolores humanos por medio de su inteligencia, no bastaría, sin embargo, al sacerdote, para hacerle un consolador eficaz. El consuelo debe llegar al corazón que sufre, y por tanto, debe brotar del corazón que compadece. Por eso, el sacerdote debe formar su corazón según el Corazón del divino Maestro, participar de todos sus sentimientos de tierna compasión y de sobrenatural entrega.

El sacerdote consolador debe estar, como Jesús, todo lleno de bondad, de paciencia y de dulzura. La nobleza y pureza de sus sentimientos, hacen que capte con exquisito tacto todos los dolores que se le confían. Como Jesús, le gusta inclinarse hacia ellos. Su misión consiste en enjugar las lágrimas, devolver la paz a las almas turbadas y derramar alegría sobrenatural en los corazones entristecidos y abatidos.

Decimos *alegría sobrenatural*, porque es preciso que el sacerdote tenga cuidado de no dar nunca consuelos humanos. Las verdades que predica son verdades divinas; la palabra que dirige a las almas es la misma palabra de Dios; los consuelos que derrame deberán ser los del Corazón mismo de Jesús, Corazón infinitamente bueno y compasivo, pero también sumamente fuerte y sobrenatural.

Debe tratar de aliviar a las almas, hacer que se eleven en la prueba e impedir que se replieguen sobre sí mismas. El dolor es un baño saludable y fortificante que temple y purifica las almas; es preciso que los consuelos humanos y las palabras blandas no destruyan su benéfica acción.

Jesús, en la admirable parábola del buen Samaritano, parece indicarnos el socorro lleno de caridad, dulce y fuerte al mismo tiempo, que el sacerdote debe dar a las almas heridas que encuentre en su camino. En el camino que va de Jerusalén a Jericó yace tendido un hombre despojado y herido, sin fuerzas ni ayudas. Los caminantes que pasan cerca de él y lo ven en ese estado que mueve a compasión, siguen indiferentes y se alejan sin dirigir al infeliz una mirada de piedad, una palabra de consuelo. Pasa un samaritano y su corazón se compadece. Se apresura a acercarse al pobre herido, derrama aceite y vino en sus llagas y lo venda con cuidado. Luego, levantándolo en sus brazos con precaución delicada, lo pone sobre su cabalgadura y lo conduce al albergue cercano. Aquí le prodiga cuidados y, obligado a alejarse, lo confía a corazones caritativos y provee a sus necesidades.

El sacerdote, digno continuador de la obra de Jesús, no se desvía cuando encuentra un dolor en su camino. Su corazón es demasiado bueno, demasiado semejante al del Maestro para permanecer indiferente ante las desgracias de sus hermanos. Por el contrario, se acerca, se inclina hacia esos corazones privados de afecto, a esas almas heridas en los combates de la vida. Con vendajes de la más tierna caridad, envuelve esas llagas sangrantes, derrama en ellas aceite y vino: la dulzura de su compasión y la fuerza de los grandes pensamientos de la fe. Consuela con el ardor de su celo a esas almas debilitadas y las lleva dulcemente hacia Dios. Las introduce poco a poco en las moradas de la caridad divina donde el mismo Médico celestial curará las heridas de su criatura predilecta con el bálsamo de su Amor Infinito.

Esta es, pues, la obra del sacerdote consolador, obra de misericordia y de amor. ¡Es Jesús que en él continúa pasando haciendo el bien<sup>76</sup>, derramando los tesoros de su Corazón divino, la sobreabundancia de su alma penetrada por el Amor Infinito, en todos los que gimen y sufren! La unión íntima con el Corazón del Maestro, la dependencia absoluta de las mociones del Espíritu Santo, harán del sacerdote el perfecto consolador que la humanidad sufriente implora y necesita para continuar su camino sin debilitarse en esta vida mortal.

---

<sup>76</sup> Hch 10,38

¡Oh, Espíritu Santo! Divino Consolador enviado por Jesús a nuestra tierra desolada, llena el corazón de tu Iglesia, llena al Sacerdocio santo, con las llamas de tu ardiente caridad.

La humanidad gime bajo el peso de múltiples sufrimientos. Para proseguir su camino hacia su fin inmortal entre las tinieblas del dolor debe ser guiada, sostenida, consolada.

¡Oh, Espíritu Santo! Amor sustancial del Padre y del Hijo, derrama en los sacerdotes la abundancia de tus dones. Derrama en sus corazones los sentimientos de suave compasión y divina ternura que desbordaban del Corazón de Jesús para que, iluminados por Ti, penetrados de la caridad de Jesús, puedan dar al mundo mediante una fe y un amor renovados, el consuelo a todo sufrimiento y la calma a todo dolor. Así sea.

## CAPÍTULO V

### JESÚS SACRIFICADOR

#### *Figuras del Sacrificio*

Una gran tristeza ha invadido la naturaleza: el hombre, rey de la creación, que debe guiar a todas las otras criaturas hacia Dios, se ha apartado del camino recto; ha ofendido a su Dios y Creador: ¡ha pecado!

Tras los breves instantes de deleite que siguen al pecado, Adán, culpable, se siente invadido de temor; conoce la bondad de Dios, pero sabe que también es justo y poderoso, y el pensamiento de ese poder y de esa justicia que están a punto de irritarse contra él, lo sume en un loco terror. Por primera vez, el hombre siente temor de Dios, y al sentir la voz divina que resuena en el jardín esa voz tan dulce y tan grave que hasta entonces no le había dirigido más que palabras paternales, se esconde tembloroso<sup>77</sup>.

Bien pronto se pronuncia la terrible sentencia<sup>78</sup>. Seguido de su infeliz compañera, Adán, caído, abandona el Paraíso de delicias para comenzar en la tierra menos fértil y bajo un cielo a menudo muy oscuro, esa vida de trabajo, de lucha y de dolor que será, hasta el fin de los tiempos, la herencia de su posteridad...

Pero de vez en cuando, el pensamiento del hombre retorna a los días felices del Edén, a los días de intimidad con su Creador, y se lamenta, llora, trata de volver a encontrar la felicidad, de acercarse a Dios y de ponerse, como otras veces, en comunicación con Él. Pero el Cielo está cerrado a sus miradas y sordo a su voz, y el hombre pecador busca en vano reanudar con su Creador esas ligaduras de amor que el pecado ha roto. Obligado a luchar contra los elementos enfurecidos, contra las fuerzas de esa naturaleza ahora rebelde, pero que en los primeros días de la Creación había visto tan sometida y tan admirablemente ordenada, siente más vivamente la potencia infinita de Dios, su grandeza, su poder soberano, e invadido por el sentimiento de la propia debilidad y de su nada, se postra en adoración.

Cuando comprende la grandeza de Dios, el hombre se siente aún más conmovido por su bondad. Después del pecado, Dios podía haberle anonadado, o bien, si deseaba conservarle para una larga expiación, podía haber destruido las espléndidas bellezas e innumerables riquezas que, si ahora son más difíciles de obtener, permanecen no obstante a su alcance. Por eso, el hombre, en medio de su desventura, reconoce la bondad de Dios y su corazón siente impulsos de elevar al cielo un canto de agradecimiento y alabanza.

Pero entonces vuelven a su mente las últimas palabras que Dios indignado pronunció en contra de él al echarlo del Edén. Vuelve a ver la espada llameante del Ángel que custodia la entrada del jardín y el recuerdo de la terrible manifestación de la justicia divina detiene el cántico de gratitud que iba a brotar de sus labios y lo deja frío de espanto. Se estremece, se avergüenza; querría reparar la ofensa a costa de la propia vida, pero el grito desesperado que envía hacia el cielo no recibe respuesta alguna de perdón.

No obstante, poco a poco retorna la calma a aquella alma torturada. Recuerda la promesa hecha por Dios de un Salvador y postrándose de rodillas en la tierra desnuda, tan a menudo regada con su sudor y sus lágrimas, el culpable se esfuerza en hacer descender hasta él la misericordia prometida, mediante gemidos y con el ardor vehemente de su plegaria.

Así, casi en todo momento, en su angustiada soledad y bajo el peso agobiante de su pecado, el alma del primer hombre se siente combatida, desgarrada por estos sentimientos diversos. Y un día, tratando de reunir en un solo acto la expresión íntima y personal de su adoración, reconocimiento, reparación y plegarias apremiantes, ofrece el primer sacrificio a su Dios...

Bajo el firmamento inmenso, cuyas profundidades azules están llenas de misterio, en medio de la vasta extensión de la tierra apenas poblada, el hombre depone su ofrenda sobre una piedra de granito que le sirve de altar. Indudablemente, no es de valor, pero a él le parece preciosa porque le ha costado trabajos y fatigas y sabe que le es útil. Son frutos arrancados a la tierra estéril con la fuerza de los brazos, es un animal que alimentó con solicitud y crió con trabajo, primicia de su rebaño. Presenta esta ofrenda a Dios y la destruye.

---

<sup>77</sup> Cf. Gen 3,8

<sup>78</sup> Cf. Gen 3, 9.20

La inmola a la gloria de la majestad soberana, esperando así conmovir su Corazón y obtener su divino perdón... Y el Altísimo se digna inclinarse hacia el hombre arrepentido.

En efecto, en los comienzos del mundo, vemos que Abel ofrece sus sacrificios a Dios, “y el Señor se fijó en Abel y en su ofrenda”<sup>79</sup>.

El Altísimo continúa recibiendo con agrado estos sacrificios y a veces hasta envía desde el Cielo una llama ardiente que consume el holocausto<sup>80</sup>, respuesta de misericordia a los débiles esfuerzos con que el hombre intenta acercarse a su Dios y Creador.

Pero ¿ese sacrificio puede agradar al Ser supremo, al Dominador del mundo? ¿Cómo pueden glorificar a Dios, aplacar su justicia y obtener sus favores este sacrificador culpable y esta víctima sin inteligencia?

¡Dios es Amor! Veía que el pecado cubría con su ignominia el alma humana y mucho antes que el hombre pensara ofrecerle un sacrificio, en el seno del Amor Infinito se realizaba un sublime consejo. El Verbo, Hijo Único del Padre, se ofrecía a pagar la deuda de la humanidad culpable. Se encarnaría en el tiempo y, Sacerdote y Víctima a la vez, se inmolaría voluntariamente. Así, se devolvería toda la gloria a la Divina Majestad; la Justicia se satisfaría por esta reparación de valor infinito y los sagrados vínculos establecidos por amor entre el Creador y la criatura, y rotos por el pecado, se reanudarían para siempre con ese sacrificio divino.

El Padre Celestial y el Espíritu de Amor habían asentido a la propuesta de la Sabiduría increada; la Justicia se había visto desarmada por la Misericordia; la Potencia y la Bondad se unían para preparar una obra maestra: ¡Jesucristo, Sacerdote divino, Víctima divina del único sacrificio digno de la suprema Majestad!

He aquí por qué los sacrificios imperfectos que el hombre ofrecía sobre la tierra agradaban a Dios: la Santísima Trinidad veía en ellos la figura, el símbolo de aquel adorable sacrificio del Verbo Encarnado que se ofrecería un día y que, con virtud divina, efectuaría la reconciliación definitiva del cielo con la tierra.

Al desperdigarse, la humanidad llevaba por doquier la idea del sacrificio. En efecto, no hay un pueblo ni una religión que no tenga el sacrificio como base de su culto. Mas, a causa de la perversión de la inteligencia y del corazón, el hombre debía perder poco a poco el conocimiento de su Dios y en casi todos los lugares sacrificaría a ídolos miserables. Sólo el pueblo elegido, la nación santa, destinada a conservar el culto del verdadero Dios, continuará ofreciéndole oblationes, hasta el día en que, cediendo todo lo imperfecto el lugar a lo perfecto, el Sacerdote de la Nueva Alianza ofrecerá a la Divina Majestad la única Víctima capaz de agrardarle.

En el Antiguo Testamento no había nada perfecto ni completo. El sacerdocio levítico que era como el alma de la Ley, resultaba débil e impotente. Pero debía surgir otro Sacerdote, Sacerdote según el orden de Melquisedec, el cual, sacrificando una Víctima santa, pura y agradable a Dios, llevaría a una justicia perfecta a todos los que debían ser santificados.

---

<sup>79</sup> Gn 4,4

<sup>80</sup> Cf. 1R 18,38

## EL SACRIFICIO CRUENTO

Había llegado el tiempo en que la ley de gracia debía derogar la ley del temor. La prolongada espera de los patriarcas, los ardientes suspiros de los profetas y los gemidos del alma humana habían llamado a la Misericordia: el Verbo se encarnó.

En medio de las sombras de la noche, mientras en lo alto de los cielos los ángeles cantan el gloria, el Sacerdote de la Nueva Alianza hace su ingreso en la tierra en la humildad de un establo.

¡Ha nacido la Víctima santa que Él inmolará!<sup>81</sup> Ahí está, rodeada de viles animales, en un mísero pesebre, en espera de la hora, aún lejana, de la gran inmolación. La Virgen María, Madre Inmaculada, tomando entre las manos el tierno cuerpecito de su Hijo, lo eleva al cielo y lo ofrece al Padre Celestial.

¿Quién puede medir el valor infinito de este primer sacrificio en que Jesús, recién nacido, se ofrece a Sí mismo en la plenitud de su voluntad, preludiando el supremo sacrificio del Calvario, en el que la Virgen-sacerdote, con el generoso arrebató de un amor incomparable, a pesar de la pena de su corazón maternal, ofrece por anticipado el fruto de su seno a la inmolación de la Cruz?

Durante treinta años, el Hijo y la Madre renovarán a cada momento, en la intimidad de sus corazones amantes, esta oblación inestimable. En los días de la Circuncisión, de la Presentación en el Templo, el sacrificio será más solemne, pero continuará durante los años del exilio en Egipto y en la vida tranquila y silenciosa de Nazaret. Por estar oculto a las miradas del mundo, no será menos eficaz y sublime a las miradas de Dios. Durante esos largos años, Jesús será Sacerdote y Víctima; *Sacerdote*, Mediador poderoso entre la Divinidad y la Humanidad; Dios y Hombre al mismo tiempo y, en consecuencia, único digno de presentarse a Dios, de inmolarle una Víctima sin mancha, de ofrecerle el sacrificio de adoración, de alabanza, de acción de gracias que merece; de interceder por los pecadores, sus hermanos, de obtener los dones de la infinita Bondad con el ardor de su plegaria.

*Víctima* santa, siempre ofrecida, la única capaz de ser aceptada plenamente y cuyo suavísimo olor, al subir hasta el trono de Dios, aplaca su justicia y obtiene misericordia.

Los años transcurrirán en esta inmolación misteriosa. Poco a poco, Jesús, Sacerdote y Víctima, llegará a la plenitud de la edad y lo veremos en la sinagoga y bajo los pórticos del Templo desbaratar la erudición y falsa ciencia de los escribas, de los doctores y sacerdotes, con la claridad de su ciencia infinita.

Bien pronto, este magnífico Templo, erigido a la gloria de Jehová y de estructura tan maravillosa, será destruido y no quedará piedra sobre piedra. ¿Qué importa? La obra espléndida de Salomón es un templo indigno para el Sacerdote divino; su templo es el universo y Él quiere cumplir las funciones de su sacerdocio y sacrificar en todo tiempo y lugar. Es Sacerdote, pero ante todo es sacrificador, y el altar de bronce sobre el que se ofrecían los holocaustos, no era un altar digno de la augusta Víctima que el divino Sacerdote debía ofrecer.

Esta Víctima es Jesús mismo. Apenas salga de las sombras de su vida oculta y sea descubierto por el Precursor, éste exclamará señalándolo: “He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”<sup>82</sup>. Jesús es el Cordero divino de la nueva Pascua, cuya sangre preservará de la destrucción a quienes sean señalados con ella, cuyos huesos se consumirán en el fuego del amor y cuya carne será manjar en perpetuo banquete.

Así, durante los últimos años de su vida mortal, Jesús se nos mostrará siempre como Sacerdote y Víctima a la vez. Es Sacerdote cuando postrado en la campiña o en la cima del monte, prolonga su oración con las manos elevadas al cielo e intercede ante al Padre celestial a favor de la humanidad caída. Es sacerdote en su predicación ardiente, en sus pacientes enseñanzas, en los consuelos que derrama ante los dolores de la tierra. Es Sacerdote, sobre todo, cuando en medio de múltiples dolores, en espera de la Cruz, sacrifica e inmola su sagrada Humanidad a la gloria del Padre y por la salvación del hombre.

Es Víctima incesantemente; en el ayuno y soledad de cuarenta días, en las fatigas de las correrías apostólicas, en las privaciones que se impone, en el desgarramiento del corazón, en el sudor de sangre en el huerto, en las torturas del alma, en el ofrecimiento siempre renovado de su vida y en la aceptación de su suplicio.

---

<sup>81</sup> Cf. Lc 2, 6ss

<sup>82</sup> Jn 1,29

Y al fin llega el día del gran sacrificio. El Sumo Pontífice, revestido con la púrpura de la propia sangre, ceñida la frente con la corona que los soldados del pretorio han formado para Él, se adelanta con la majestad de su real Sacerdocio, seguido por un cortejo que le acompaña lentamente por las laderas del monte Calvario.

Llegado a la cima, en presencia de la muchedumbre atenta, la Víctima santa se coloca sobre el altar y el augusto sacrificio continúa hasta la inmolación completa.

Jesús, suspendido de la Cruz, sigue siendo Sacerdote y Víctima. Sacerdote porque se inmola voluntariamente con la plena posesión de su voluntad. ¿No le ha respondido a Pilato hace pocas horas: “No tendrías ninguna autoridad sobre Mí si no te la hubieran dado de lo alto”?<sup>83</sup> ¿No ha dicho en medio de los dolores inenarrables de su agonía: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu?”<sup>84</sup> ¿Y no exclama ahora, en la suprema entrega de su alma sacerdotal: “¡Todo está cumplido!”?<sup>85</sup>

¡Víctima! ¿Quién podrá decir hasta qué punto fue Víctima en el sangriento patíbulo? ¿Quién podrá contar las llagas que lo laceraron, los tormentos que sufrió provocados por la áspera punta de los clavos, por la horrible distensión de los nervios, por los innumerables dolores que torturaron su sagrado cuerpo y por la sed que lo abrasó? ¿Y el martirio de su Corazón lleno de amor al ver las lágrimas y el dolor de los suyos; ante la ingratitud de aquellos a quienes había colmado de beneficios, el desprecio de un pueblo que lo aclamaba cinco días antes, el odio de los verdugos enfurecidos por su fracaso...? Y el alma santísima de Jesús que, olvidando en cierto modo su divinidad, parecía abandonada por el Padre celestial, agonizó en la noche sin auxilio y sin luz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”<sup>86</sup>

¡Sí, “todo se ha cumplido”! Jesús Sacerdote inmoló a Jesús Víctima; el cielo se acercó a la tierra. Dios perdonó la iniquidad del hombre. Con este sacrificio cruento, Jesucristo alabó magníficamente a la Bondad Infinita ofreciéndole el mayor homenaje de adoración que pueda recibir, dio gracias al Padre Celestial por todos los bienes que la divina munificencia derramó sobre la creación entera; aplacó a la Justicia divina irritada por el pecado del hombre y que exigía reparación completa; en fin, obtuvo todos los favores, socorros y perdones que nuestra miseria humana necesitaba... ¡Todo está consumado...!

---

<sup>83</sup> Jn 19,11

<sup>84</sup> Lc 23,46

<sup>85</sup> Jn 19,30

<sup>86</sup> Mt 27,46. Mc 15,34

## EL SACRIFICIO INCRUENTO

Jesucristo, la Víctima divina ha expirado; el mundo está rescatado y se ha firmado la paz entre el cielo y la tierra. La Justicia y la Misericordia se han abrazado sobre el ara de la Cruz, y el Amor Infinito, volcándose sobre la humanidad entera mediante la Redención, le devuelve la vida sobrenatural que el pecado le había arrebatado.

Mas Jesús no se ha contentado con ofrecerse una sola vez a Dios, su Padre, en holocausto de amor por la salvación eterna de su amada criatura. Ha querido hacer aún más. No obstante la gracia abundante de la redención, el pecado debe continuar cometiéndose de generación en generación, pues la naturaleza humana se encuentra debilitada y los enemigos que la rodean son audaces y provocadores. El hombre debe también sentir siempre la íntima necesidad de elevarse hacia su Dios con el ofrecimiento de un sacrificio. Por eso, el Sacerdocio de Jesús no debía desaparecer con su muerte, pues Él continúa siendo Sacerdote por toda la eternidad, y su sacrificio será permanente. Así el hombre débil y pecador podrá rendir siempre el culto de honor y alabanza que debe a su Dios e inmolar la única Víctima que la Divinidad acepta.

¡Oh, incomprensibles misterios del poder, sabiduría y bondad de Dios! ¿No bastaba que el Verbo Encarnado se sacrificara una vez? ¿Es necesario que esta vida que recobró con la resurrección sea de nuevo inmolada?

Dejemos el Calvario donde, entre las tinieblas que lo rodean, se yergue lívido el cuerpo del divino ajusticiado, frío e inerte. Volvamos con el pensamiento a aquella noche en la que Jesús y los apóstoles reunidos en el Cenáculo celebraban la antigua Pascua, cerrando de esa forma la cadena del culto antiguo y de la antigua Alianza, a la que estaba a punto de suceder la Alianza Nueva y el culto nuevo.

Era la hora de la Cena. Jesús iba a ser entregado a sus enemigos. Deseoso de dejar a su Iglesia, a esa Iglesia tan querida que entonces fundara, un sacrificio visible y perpetuo, su amor crea la Eucaristía. Sacerdote según el orden de Melquisedec, en la majestad de su eterno Sacerdocio, Jesús ofrece a Dios, su Padre, el propio cuerpo y sangre bajo las apariencias de pan y vino y los presenta a sus discípulos, a quienes, al mismo tiempo, instituye sacerdotes del Nuevo Testamento. “Haced esto en memoria mía”<sup>87</sup>, dice a sus apóstoles y a sus sucesores en el Sacerdocio, ordenándoles así ofrecer su sagrado cuerpo y sangre divina en sacrificio incruento.

Este sacrificio debía representar no sólo el sacrificio de la Cruz, sino también aplicar su saludable virtud para la remisión de los pecados que se cometerían en el transcurso de los siglos. ¿Acaso el Señor no había dicho por medio de su profeta que se ofrecería en todas partes una oblación totalmente pura, en su nombre, que sería grande entre los pueblos<sup>88</sup>?

De esta forma, en el Cenáculo, el Amor Infinito realizó en un instante dos maravillosas creaciones: ¡la Eucaristía y el Sacerdocio!

¡La Eucaristía! ¡Jesús vivo en la verdad de su carne adorable y de su sangre divina, con su corazón tan ardiente y puro, con su alma tan maravillosamente adornada, con sus dos naturalezas unidas en una sola persona! ¡Jesucristo, tal como fue en su vida mortal, tal como se encuentra en la gloria a la diestra del Padre Celestial, tal como será por toda la eternidad! ¡Jesucristo, Dios y Hombre, Verbo humanado con la majestad sublime del poder, de la sabiduría y de la bondad, con el incomparable esplendor de su divinidad, con la humildad profunda, la suave dulzura, el misericordioso atractivo de su humanidad! ¡Jesucristo!

¡Y Jesucristo Víctima! *Ofrecido* en oblación voluntaria, colgado en la Cruz no una sola vez, sino todos los días y a cada instante, en la oscuridad del templo, en el fondo del sagrario, en el copón, donde quiere reposar... *Inmolado* por indignos verdugos, allá, en el Calvario, exhalando un fuerte grito hacia el Padre, no una sola vez, sino en todo el universo, por cada uno de sus sacerdotes, sobre el altar del sacrificio, en el silencio de sus sagradas especies... Jesucristo: transformado en alimento del hombre, viático de su viaje hacia la eternidad, sagrada bebida que hace germinar en su alma la flor de la virginidad y los frutos de las virtudes fuertes! ¡La Eucaristía: todos los bienes, el único bien, Dios y todas las gracias de la redención, de salvación y de vida eterna...!

---

<sup>87</sup> 1 Cor 11,24

<sup>88</sup> Cf. Mal 1,11

¡Oh, hombre, criatura privilegiada, alégrate! ¡Tu Dios está contigo, es tuyo! Se hace tu alimento para purificarte, fortificarte, divinizar te. ¡Se da a ti totalmente y se sacrifica por ti...! Postrado y lleno de agradecimiento, adora la sublime magnificencia de tu Dios...

La Eucaristía es para ti: para ti también el Sacerdocio, por medio del cual te llega la Eucaristía! ¡Alégrate! Tu Jesús, tu Sacerdote está eternamente vivo contigo. Lo puedes encontrar a tu lado en todas las necesidades de la vida. Si tienes sed de verdad, Él te instruye y derrama luz en tu inteligencia; si has pecado, Él está ahí para absolverte y levantarte; si sufres, si te oprimen los dolores del mundo, Él te consuela; si buscas un mediador que en tu nombre se presente ante la divina Majestad y presente tus sacrificios al Señor con la certeza de ser siempre recibido favorablemente, Él sube las gradas del altar y habla en tu lugar...!

Jesús Sacerdote, eternamente vivo, vive en el Sacerdocio. Es el Sacerdote por excelencia, el único Sacerdote del Altísimo, sin el cual no puede existir sacerdocio alguno. Gracias a la fe en su promesa y la esperanza en su venida, eran eficaces las oraciones y sacrificios del Sacerdocio antiguo que lo había precedido. El Sacerdocio nuevo que Jesús Sacerdote acaba de instaurar, surgido de Él, injertado en Él, no existe ni tiene virtud sino por medio de Él. Solo Jesús es Sacerdote en los sacerdotes de la nueva Ley, por medio de ellos ejerce su Sacerdocio en el tiempo, con ellos lo continuará eternamente en la gloria.

Si Jesucristo vive en la Eucaristía, si vive en el Sacerdocio, ¡qué estrechos deben ser los lazos que existen entre el sacerdote y la Eucaristía! El mismo Jesucristo es ese lazo divino. Por lo tanto, ¡qué culto ferviente, qué tierno respeto y cuánto amor debe tener el sacerdote hacia este Jesús oculto en el Santísimo Sacramento, que se pone en sus manos y se hace Víctima, sin duda por todos los fieles, pero sobre todo por sus sacerdotes! En el Evangelio ¿no escuchamos a Jesús decir a los apóstoles a la hora de la Cena, al consagrar el cáliz de su sangre: “Este es el cáliz de mi sangre, que será derramada por vosotros y por muchos”<sup>89</sup>? Incluso en aquel solemne momento, Jesús distingue ante todo a sus sacerdotes; en su pensamiento, los demás fieles se presentan sólo después de ellos.

Sí, ante todo se hace sacramento por ellos, para ser su compañero de ruta en la búsqueda de almas, su amigo fiel, su consolador en el día de la prueba, alimento fortificante de sus almas y cuerpos. Por medio de ellos quiere ser siempre de nuevo sacrificado, por medio de ellos quiere darse a todos.

La Eucaristía constituye el tesoro divino del sacerdote. Por eso, que lo custodie con atención y lo dispense con liberalidad, porque cuanto más se esfuerce por enriquecer con la Eucaristía a sus hermanos, tanto más se enriquecerá a sí mismo.

Jesucristo se encuentra en la Eucaristía; por consiguiente, el sacerdote debe tener la más ardiente y tierna devoción hacia este sacramento de amor. Jesucristo se encuentra en el sacerdote, está en él vivo y operante por medio de su Sacerdocio eterno. ¡Qué respeto tiene que sentir el sacerdote hacia sí mismo! ¡Cuánta atención debe tener para que Jesús aparezca en él y en todas sus acciones!

Pero, dondequiera y siempre, Jesús es Sacerdote y Víctima. El alma elegida por Jesús para continuar su Sacerdocio entra a participar de estos estados divinos y es también sacerdote y víctima.

El sacerdote es sacerdote de su Dios, sacrificador de la única Víctima augusta que obtiene misericordia, mediador entre la divina Majestad y los hombres, sus hermanos. ¡Es sacerdote! Es necesario que se vea resplandecer en él la dulce majestad, la gravedad serena, la asiduidad en la oración y la suave benignidad de Jesús Sacerdote. ¡Es Víctima! Debe vérselo humilde y manso, siempre entregado y siempre donante, ofrecido en sacrificio perpetuo como Jesús Víctima.

Ofrecer sacrificios y sacrificarse a sí mismo,, tal fue la vida de Jesucristo: tal debe ser la vida del sacerdote. Pero “¡vosotros que me habéis seguido” –dijo el Maestro– que me habéis seguido en la prueba y en las alegrías, que habéis participado de mi estado, que habéis continuado mi vida de Víctima y de Sacerdote aquí en la tierra, “vosotros que me habéis seguido, cuando llegue la renovación y el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, también vosotros os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel!”<sup>90</sup>.

Oh, Padre Eterno, Dios omnipotente, Tú que nos has amado hasta sacrificar a tu único Hijo para que fuera nuestro Sacerdote y nuestra Víctima, nuestro mediador siempre escuchado y nuestro rescate sobreabundante, dirige, te suplicamos, tu amorosa mirada a nuestros altares donde aún se realiza el sublime Sacrificio.

Reconoce la imagen viviente de tu adorable Hijo en los sacerdotes que lo ofrecen. Como Él, pasan haciendo el bien, expandiendo luz, derramando perdón, consolando los corazones; beben del mismo cáliz, le siguen al Calvario y se transforman con Él en holocausto de agradable perfume. Unidos por el mismo

---

<sup>89</sup> Cf. Lc 22,20. Mt 26,28

<sup>90</sup> Mt 19,28

Sacerdocio con tu divino Hijo, son dispensadores, como Él, de tu caridad infinita y de tu amor misericordioso.

Haz, oh Padre Celestial, que los sacerdotes de Jesucristo sean, por tu gracia omnipotente, tan semejantes al divino Ejemplar, que viéndolos, Tú puedas decir: “He aquí a mis hijos muy amados, en quienes he puesto mi complacencia, escuchadlos”<sup>91</sup>. Así sea.

---

<sup>91</sup> Cf. Lc 3,22. Mc 1,11

SEGUNDA PARTE

**Virtudes Sacerdotales del Corazón de Jesús**

## CAPÍTULO I

### JESUCRISTO, MODELO DIVINO DEL SACERDOTE

Jesús es el modelo en el que debe formarse cada hombre. Es la forma que deben adquirir los elegidos antes de ser admitidos a participar en el Reino de Dios. Pero, si es el modelo sublime que deben reproducir todas las almas, si todos los hombres deben regular los latidos de su corazón según los del Corazón del Hombre-Dios, hay algunos de entre ellos que deben conformarse más especialmente aún al divino Modelo.

Estos privilegiados, llamados a seguir más de cerca al divino Maestro, estos afortunados que vivirán una vida en todo similar a la suya y que, alimentándose de su Palabra y reproduciendo sus ejemplos serán imágenes vivientes del Redentor en medio del mundo, son los sacerdotes de Jesucristo.

Jesús, divino Sacerdote, continúa en la gloria las obras de su Sacerdocio eterno. Pero quiere que, a través de los siglos, otros Cristos continúen en el mundo su obra redentora.

Antes, Dios se había reservado la tribu santa para su culto. La había tomado como su porción, la había destinado y consagrado a su servicio. Del mismo modo, en la ley de gracia y amor, Dios se ha destinado una tribu elegida. De entre la multitud de cristianos extrae almas más especialmente amadas por Él. Las hace, más que a las otras, conformes a la imagen de su único Hijo; las favorece con mayores gracias, las enriquece con mayores dones, vierte en ellas más amor, las colma de privilegios divinos y revistiéndolas con parte de su poder, las hace, con la santa unción, sacerdotes y reyes, ministros de su justicia y dispensadores de su misericordia.

El sacerdote es otro Cristo: es el ungido del Señor. Signado por un carácter sublime e imborrable, pasa en medio de los hombres dominándolos con toda la altura de su divina dignidad y descendiendo misericordiosamente hasta las miserias más abyectas. Pasa, como Jesús entre la multitud de las almas, haciendo el bien, curando toda enfermedad y flaqueza, derramando verdad en las inteligencias, consuelo en el dolor y perdón ante el arrepentimiento.

Como Jesús, pasa por el mundo sin ser del mundo. Se roza con la fealdad y el fango, pero se conserva puro; encuentra mucho odio, pero sigue siendo bueno. Pasa sin mirar atrás, sin edificar nada temporal para el porvenir. Dedicado por entero al presente, entrega su alma con caridad a las almas de los más débiles y menos felices. Pasa, sí, pero su acción queda. Si su alma, alma de sacerdote, reproduce el alma de Jesús, si su corazón, corazón de sacerdote, es conforme al Corazón de Jesús, ¡su acción no es ya la acción de la criatura enferma y limitada, sino la acción de Jesucristo, del divino Sacerdote!

¡El corazón de Pablo es el Corazón de Cristo! ¡Ah! Si se pudiera decir siempre: el corazón del sacerdote es el Corazón de Jesús, ¡qué frutos admirables produciría en las almas este sacerdote de Cristo, qué milagros de gracia lograría a ejemplo del gran Apóstol de las gentes! Mas, con demasiada frecuencia, ¡qué pena! la gracia de la consagración no transforma al sacerdote. Su corazón permanece frío, su alma sigue siendo muy humana, su espíritu no se eleva por encima del común de las gentes y en lugar de ser, por el esplendor de sus virtudes y la irradiación de su santidad, el faro luminoso que iluminando las tinieblas de la noche y dominando la tempestad, conduce las naves al puerto, no es sino una barca más a merced de las pasiones humanas.

Este sacerdote no se ha elevado a las alturas desde donde podría alumbrar a las almas sumidas en la perdición; no ha querido mantenerse sobre la roca, desde donde hubiera podido tender la mano a los naufragos de la vida. Quizá, la espuma de las mareas le habría mojado a veces los pies, tal vez los vientos se habrían desencadenado en su contra, pero se habría mantenido incommovible y fuerte con la fortaleza de Dios.

Sin duda, el sacerdote no debe retirarse a la soledad ni esconderse en la penumbra del templo. Es necesario que viva entre sus hermanos, en medio de ellos, siempre pronto a estrechar junto a su corazón, con éxtasis de caridad, todas sus miserias y todos sus dolores. Es necesario que permanezca allí, siempre entregado y oferente, como Jesús, semilla de amor ofrecida por la vida de todos.

Pero si el sacerdote debe vivir entre los hombres, no debe vivir como un simple hombre. Para que sus hermanos tengan confianza en él y puedan apoyarse en él, es necesario que le vean superior a ellos, más fuerte que ellos, más iluminado, más puro, más libre, mejor y realmente santo.

El sacerdote de Jesús llegará a transformar su corazón estudiando el de su divino Modelo y apropiándose sus virtudes. Por eso, que vaya a ese Corazón divino, que entre en Él con la meditación amorosa, y, sobre todo, que se deje penetrar de las influencias vitales que de Él emanan. Trate de pensar como su divino Maestro, amar como Él, vivir como Él; que con la unión, llegue a ser un mismo sacerdote con Jesús, un mismo corazón con su Corazón.

Jesucristo, Dios y Hombre, encierra en Sí la plenitud de dones y virtudes. Pero de todas las perfecciones que posee, algunas pueden ser llamadas más especialmente perfecciones de su inteligencia, otras, perfecciones de su Corazón, otras, perfecciones externas. Por ejemplo, su ciencia divina, su sabiduría, son más bien perfecciones de su espíritu y de su inteligencia, mientras que su caridad y misericordia parecen perfecciones de su Corazón, y la incomparable modestia y atractivo de su divina Persona pueden considerarse perfecciones externas.

Sin embargo, si consideramos a su Sagrado Corazón como el símbolo, órgano y tabernáculo de su Amor Infinito, si pensamos que este amor es principio y motor de sus actos, de sus palabras y de su vida de Salvador, ya no temeremos llamar virtudes y perfecciones de su Corazón a todo lo que admiramos en Él.

Cuando Jesús llama a los sacerdotes hacia su Corazón, los llama a la fuente del amor, los invita a que vayan a beber en las fuentes de la caridad divina; pero quiere también con ello atraerlos al estudio de sus divinas perfecciones. Quiere a sus sacerdotes, a sus predilectos, semejantes a Él, santos como Él, buenos como Él, realmente formados en su Corazón.

Entre las adorables virtudes de ese divino Corazón, algunas parecen ser particularmente las virtudes sacerdotales de Jesús. Las practicó en sus relaciones de Sacerdote con el Padre celestial y con las almas; e incluso algunas las practicó sólo para servir de ejemplo a quienes, después de Él, debían continuar su obra de sacerdotes y apóstoles en el mundo.

Oh, Jesús, Maestro adorado, descubre Tú mismo a los sacerdotes tus admirables virtudes. Son adorables porque son divinas, pero pueden imitarse porque son también humanas. Con la fortificante unción de tu gracia, las has hecho accesibles a la debilidad del hombre, y cuando marcas a tus elegidos con el carácter sagrado que contigo los hace sacerdotes por toda la eternidad, al mismo tiempo los revistes de luz y fuerza.

Deja reposar en tu Corazón a quienes quieres asociar a tu obra, y concédeles que sientan tus sagrados latidos. Es más, hazlos entrar en la intimidad de tu Corazón mediante una santa contemplación. Que beban en esta divina fuente de amor y de verdad el espíritu del Sacerdocio: espíritu de oración y sacrificio, espíritu de celo y dulzura, espíritu de humildad y pureza, de misericordia y amor.

¡Así sea!

## CAPÍTULO II

### EL ESPÍRITU DE ORACIÓN, PRIMERA VIRTUD SACERDOTAL DEL CORAZÓN DE JESÚS

El momento en el que Jesús debía manifestarse al mundo había llegado. Estaba a punto de comenzar sus correrías apostólicas y de ponerse en busca de las ovejas descarriadas de Israel<sup>92</sup>.

Treinta años de vida oculta, enteramente entregada al trabajo, a la oración y al silencio, parecían una preparación más que suficiente para los tres años de vida pública. En cambio, Él no lo juzga así y en el momento de emprender esta nueva etapa, le vemos en el desierto, impulsado por el Espíritu. Busca una última e inmediata preparación en una soledad más profunda, una penitencia más austera y una oración más ardiente y continua. Sin duda, Jesús no tenía necesidad de ir a buscar en el seno del Padre gracias y luces que ya poseía en Sí por la unión de su Humanidad con su Divinidad; pero quería darnos ejemplo y mostrar a sus sacerdotes, que debían continuar su obra, la sublimidad de su ministerio y la necesidad que tienen de buscar en Dios las luces, los dones y las gracias que les exige su formidable tarea.

¡El trabajo de las almas es el más grande! ¡Es el trabajo de Dios! ¡Pero qué difícil y pavoroso para el hombre que siente la propia debilidad! Cuando Dios llama a una de sus pobres criaturas a una misión tan elevada, al mismo tiempo se compromete a darle todo lo que necesita. Pero si el corazón del sacerdote no se pone en comunicación con el Corazón de Dios y si, con la oración, no trata de adquirir los tesoros divinos, queda vacío y se ve solo frente a sus graves deberes, con su debilidad e insuficiencia. “Sin Mí, no podéis hacer nada”<sup>93</sup>. Y la impotencia de la criatura se pone de manifiesto sobre todo en el trabajo divino de las almas.

Dios mismo siente a menudo que la voluntad de la criatura se le resiste y es necesario que la doblegue con el peso de sus beneficios o que la someta con su poder. ¿Cómo podrá entonces dominarla el hombre, para conducirla por el camino estrecho del Evangelio? ¿Qué es la palabra del hombre para someter las voluntades rebeldes y qué puede la acción externa del sacerdote, si la unción interior de la gracia no la hace fructificar en las almas?

Jesús no oró solamente para disponerse a las funciones santas del Sacerdocio, sino que, durante sus tres años de apostolado, el Evangelio nos lo muestra con frecuencia recurriendo a su divino Padre. Y así le vemos en la cima de la montaña mientras prolonga su oración durante la noche<sup>94</sup>, o apartarse de la multitud y buscar un lugar más a propósito para la oración, a la sombra de los olivos del jardín<sup>95</sup> o en la pacífica morada de Betania<sup>96</sup>. Por los caminos de Judea o de Galilea, le vemos a menudo un poco alejado del grupo de discípulos, recogido y en oración.

Cada vez que va a realizar alguna obra grande, o alguna maravilla, eleva su alma con la oración hacia su Padre celestial<sup>97</sup>. Cuando se une a sus discípulos caminando sobre las aguas del lago ya es casi de día, y ha pasado solo, en la montaña, una larga noche de oración<sup>98</sup>. Si quiere abrir los oídos del sordomudo, exhala un profundo suspiro y eleva la mirada al cielo<sup>99</sup>. Junto al sepulcro de Lázaro, después de haber sollozado de dolor ante el espectáculo horrible de la muerte y su corrupción, Jesús eleva las manos y los ojos hacia el Padre con una oración llena de amor: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé que Tú me escuchas siempre, pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que Tú me has enviado”<sup>100</sup>.

El sacerdote, en su ministerio con las almas, debe caminar con frecuencia al borde del abismo. También debe abrir los oídos de los sordos y desatar la lengua de los mudos, y resucitar a la gracia a las almas

---

<sup>92</sup> Mt 15,24

<sup>93</sup> Jn 15,5

<sup>94</sup> Cf. Lc 6,12

<sup>95</sup> Cf. Lc 22,39

<sup>96</sup> Cf. Mt 21,17

<sup>97</sup> Cf. Lc 6,20; Jn 11,41. 17,1

<sup>98</sup> Cf. Mt 16,23-25

<sup>99</sup> Cf. Mc 7,33-34

<sup>100</sup> Jn 11,41-42

adormecidas en la corrupción del pecado. ¿Cómo podrá realizar estas obras divinas si no va a buscar en Dios la fuerza que le falta? Para estas obras, tan superiores a los medios humanos, es necesaria la intervención de Dios.

Terminada la Cena, Jesús eleva su alma en ardiente plegaria. Ruega por su Iglesia, por todos aquellos que el Padre le ha dado<sup>101</sup>, y el amor desborda de su Corazón. En aquel momento cumple este oficio sublime del sacerdote: oficio de intercesor entre Dios y los hombres, transformándose así en divino enlace entre el Padre que está en los cielos y sus hijos de la tierra. Jesús ruega por los suyos y también por Él mismo.

En el Huerto de los Olivos, donde acaba de llegar, comienza a sentirse invadido de tristeza mortal. La turbación se enseñorea de su alma; le invaden el temor, la náusea, y lo abaten<sup>102</sup>, y de su Corazón destrozado se escapa este lamento doloroso: “Padre, si es posible, que pase de Mí este cáliz”. Pero ora y poco a poco vuelve la calma.

Entonces, “se le aparece un Ángel del cielo para confortarlo”<sup>103</sup> y se levanta templado para la lucha y pronto para todos los combates.

El sacerdote, en su vida aislada, superior a la vida ordinaria, a veces debe luchar en contra de sí mismo, contra las aspiraciones de una naturaleza que, aunque purificada y santificada, aún no ha muerto. Cuando vuelve a su casa casi desierta, cuando se ve solo en el presbiterio, aislado, desconocido, sin perspectivas terrenales y privado de toda alegría humana, entonces, la soledad pesa sobre su corazón de hombre. Si se siente invadido por la tristeza, si la tentación, como viento huracanado, subleva sus pasiones adormecidas, trastornando su alma con indecible turbación, entonces precisamente debe recurrir a la oración. Como su adorable Maestro, es preciso que se postre ante el Padre celestial, que implore socorro de lo alto, que llame a su lado al único Consolador, al hermano, al amigo, a ese Jesús que únicamente puede llenar el vacío de su corazón con su incomparable amor.

Jesús reza en la cruz. Mientras le llegan los escarnios y blasfemias, brota de sus divinos labios esta sublime oración: “¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!”<sup>104</sup> Cuando las tinieblas envuelven el patíbulo y su alma es torturada por incomprensible abandono, lanza un grito de angustia, una llamada de desesperación al Padre: “¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?”<sup>105</sup> En fin, cuando todo se ha cumplido, hace su última plegaria, la plegaria de la confianza y del abandono: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”<sup>106</sup>.

El sacerdote, como su divino Maestro, está expuesto a los escarnios, injurias, maldiciones de la multitud ignorante y grosera. Que ruegue por quienes le ultrajan y su oración hará descender inesperadas gracias de conversión sobre esas almas. Que ruegue cuando sufra, cuando agonice. Que viva de la oración, a ejemplo de su adorable Maestro. Que por medio de la oración se mantenga en constante comunicación con la fuente de todo bien.

El sacerdote debe dar mucho; ¡que vaya entonces a buscar todo lo que necesita en Dios!

---

<sup>101</sup> Cf. Jn 6 ss..

<sup>102</sup> Cf. Mt 26,37 ss..

<sup>103</sup> Lc 22,43

<sup>104</sup> Lc 23,34

<sup>105</sup> Mt 27,46. Mc 15,34

<sup>106</sup> Lc 23,46

### CAPÍTULO III

#### LA DONACIÓN DE SÍ, SEGUNDA VIRTUD SACERDOTAL DEL CORAZÓN DE JESÚS

El Verbo encarnado, al entrar en el mundo dijo a su divino Padre: “Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo”<sup>107</sup>. Sí, debió añadir Jesús: Tú me has dado un cuerpo, un corazón y un alma humana; aquí los tienes, te los ofrezco, los consagro a tu gloria, los consagro a la salvación de mis hermanos.

En efecto, toda la vida de Jesús en la tierra no fue sino un acto ininterrumpido de donación de Sí mismo. Se olvidó completamente de Sí y se dio por entero, sin reservarse nada. Dio su trabajo y su descanso, su tiempo y sus fuerzas. Hizo sacrificio completo de su vida y, antes de darla íntegra, en un solo momento, con el sacrificio cruento del Calvario, la consumó poco a poco con una inmolación de cada instante. Dio su Corazón a sus hermanos: he aquí el secreto de esa incansable donación de Sí. “Amó y se entregó”<sup>108</sup>. Jesús ha reunido en Sí la soberana cualidad de sacerdote y sacrificador con la cualidad de víctima. Como Sacerdote, no ha sacrificado otra víctima, y ha sido sacrificado al ofrecerse y entregarse íntegramente. Pero no ha sido otro sacerdote quien lo ha ofrecido e inmolado. Se ha inmolado a Sí mismo. Verdaderamente, Jesús es al mismo tiempo Sacerdote y Víctima. ¡Sacerdote eterno, Víctima eterna de un eterno sacrificio!

A aquéllos a quienes Jesús llama en su seguimiento a la cumbre del Sacerdocio, a sus sacerdotes, los quiere en todo semejantes a Él. El carácter que les imprime los hace partícipes de su sagrado estado; son sacerdotes con Jesús Sacerdote, víctimas con Jesús Víctima. Son llamados, muy pocas veces, sin duda, a ir con Jesús hasta el extremo del sacrificio, a mezclar realmente su sangre con la Sangre de la adorable Víctima. La inmolación que se les pide es mística, como la inmolación de la Eucaristía, pero además es una inmolación visible, la donación de sí mismos.

Jesús dio su trabajo y su reposo. Ya desde los albores de su vida pública lo vemos predicar de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, enseñar en las sinagogas la Buena Nueva, curar enfermos y consolar afligidos. Los días no le pertenecen; están a disposición de todos. Va de un lugar a otro, de una enfermedad a otra, de un dolor a otro, siempre servicial y bondadoso. Las noches no le pertenecen mayormente: las que no consagra a la adoración del divino Padre o a la intercesión por los pecadores, las emplea en conferencias con discípulos secretos<sup>109</sup>. Da realmente todo su tiempo; da también todas sus fuerzas. Sin mirar la debilidad del cuerpo, está siempre listo para el trabajo y el sacrificio. ¡Cuántas noches pasadas sin dormir, cuántas comidas tomadas de prisa, cuántas jornadas sin descanso! ¡Cuánta fatiga en esas largas marchas al sol abrasador, qué cansancio en medio de esas multitudes que lo circundan por todas partes! Nada logra disminuir su celo, ni las calumnias con las que se le deshonra, ni las injurias con las que se le amarga, ni la ingratitud de aquellos a quienes colma de beneficios. Se entrega, se agota, se anonada con incomparable abnegación.

También el sacerdote de Jesús debe darse a sus hermanos y a su Padre celestial; no es sacerdote para sí mismo. Al recibir el carácter sagrado llega a ser, como Jesús y con Jesús, el bien de todos: se transforma en la víctima santa ofrecida al Padre por los pecados del mundo. Todo lo que posee pertenece a Dios, todo lo que está en él pertenece a las almas. Su trabajo, su reposo, su tiempo, sus fuerzas, su vida misma, no son ya para él; todo está ofrecido, todo consagrado.

Había comprendido bien esto aquel sacerdote según el Corazón de Dios que respondía a quien le reprendía por su celo excesivo: “¿De qué sirve un sacerdote si no se consume?” ¿De qué sirve el racimo de uva si permanece entero y sus granos quedan intactos? Si no se exprime todo el zumo, el vino no llena la copa. ¿De qué sirve el sacerdote si no se ha entregado por completo? ¡Si en cierto modo no se ha vaciado de sí, Dios no tiene su cáliz y las almas no pueden saciar su sed!

Con sublime generosidad, Jesús abandonó todo. Como Verbo, dejó las alturas del cielo, el inefable reposo de que gozaba en el seno del Padre, la radiante paz de la morada de la eterna bienaventuranza. Dejó todo eso para tomar forma de esclavo y encerrarse en la debilidad y enfermedad de una carne mortal. Como hombre, renunció a las dulzuras de una familia y a la pacífica seguridad de una vida laboriosa y oculta. Lo abandonó

---

<sup>107</sup> Hb 10,5 ss..

<sup>108</sup> Gal 2,20. Ef 5,2

<sup>109</sup> Cf. Jn 3,2 ss..

todo para abrazar una vida de renuncia y sacrificio, colmada de incertidumbres y angustias, sufrimientos y desprendimientos. No buscó la propia gloria, sino que, dejando que la gloria se dirigiera al Padre, no se reservó más que el sufrimiento y la humillación.

Siguiendo el ejemplo de Jesús, los apóstoles, sus primeros sacerdotes, lo abandonaron todo. Pedro podía decir en verdad a su divino Maestro: “Ya ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué nos va a tocar?”<sup>110</sup>

El sacerdote debe dejarlo todo. No es que esté obligado a abandonar todo realmente, sino que sus afectos no pueden ya estar ligados a nada terreno. Sin embargo, no es que deba romper los sagrados lazos de la familia y de la amistad. ¡No! ¿Acaso Jesús amó menos a la Virgen, su Madre, por haberse dado a las almas? ¿No amó tiernamente a Marta, María y su hermano Lázaro? ¿No dejó descansar junto a su Corazón a Juan, el predilecto? Estos lazos tan dulces que Jesús bendice no son de este mundo.

Los que el sacerdote debe romper son esos lazos humanos que obstaculizan su celo. Debe dejarse a sí mismo<sup>111</sup>, sus ambiciones, su inclinación al descanso, sus miras naturales, sus satisfacciones puramente humanas, todo lo que es propio del hombre carnal y mundano, todo lo que sabe a tierra, todo lo que empequeñece y rebaja. Haga de las almas una familia celestial y conságrese a ella por entero. Abra de par en par su corazón, llénelo de los sentimientos del Corazón de su divino Maestro. Entréguese, renúnciese, olvídense. Sacrifíquese con Jesús sacrificado. Sea el pan de las almas con Jesús Sacramentado.

---

<sup>110</sup> Mt 19,27

<sup>111</sup> Cf. Mt 16,24. Lc 9,23

## CAPÍTULO IV

## EL CELO, TERCERA VIRTUD SACERDOTAL DEL CORAZÓN DE JESÚS

Personificando a Jesucristo, el Rey profeta exclamaba así, dirigiéndose a Dios: “El celo de tu casa me devora”<sup>112</sup>. El celo, esa ardiente ambición por la gloria de Dios y la salvación de los hombres, consumiéndolo, devoró el Corazón de Jesús, y como todas las pasiones violentas, lo llevó a excesos inauditos, a locuras de amor y de donación de Sí mismo. Apasionado por la gloria del Padre celestial, resolvió luchar contra todo lo que podía tender a disminuirla y derribar todo lo que podía servirle de obstáculo. No menos ardiente por el bien y la salvación de la humanidad, resolvió combatir hasta la muerte lo que pudiera perjudicar al hombre y comprometer su eterna felicidad. Este celo iluminado y ardiente de Jesús, le mantuvo siempre listo para la lucha contra el mal, armado contra el error, en guerra contra el espíritu del mundo, ese mundo por el que no quiso rogar y le llevó a condenar todo lo falso, todo lo injusto y todo lo que va contra Dios.

Jesús luchó contra el mal. Venido al mundo para arrojar al espíritu de las tinieblas, le vemos incesantemente luchando contra él. Lo echa del cuerpo de los posesos, lo amenaza, le habla con autoridad. No se conforma con libertar los cuerpos, lo expulsa también de las almas y lo persigue, cualquiera que sea la forma bajo la que se disimule. Jesús, bien sumo e infinito, se encuentra en constante oposición a Satanás, espíritu del mal.

Nada detiene el celo de Jesús. Sin lisonjas para con los grandes y poderosos de este mundo, ni deseo de obtener el favor popular, va derecho al mal dondequiera lo descubra. Cierta día se arma con un látigo de cuerdas y dispersando los animales destinados a los sacrificios, volcando las mesas de los cambistas, purifica el Templo de la turba de traficantes<sup>113</sup>. No teme arrojar con fuerza el anatema contra todas las pasiones humanas. “¡Ay de vosotros, ricos...! ¡Ay de vosotros, doctores de la Ley...! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas...!”<sup>114</sup> Jesús combatió todos los errores.

Este adorable Maestro venía a traer la luz al mundo, venía para darle la verdad. Todos los errores que encontró en su camino –errores de doctrina, errores de moral...–, todas las falsas interpretaciones de las Escrituras, todas las discusiones vanas acerca de observancias legales, todo lo que va en contra de la recta razón iluminada por la fe, todo eso fue denunciado por Jesús y perseguido por Él sin piedad.

En fin, Jesús declaró la guerra al espíritu del mundo: “No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. [...] Porque lo que hay en el mundo –la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la arrogancia del dinero–, eso no procede del Padre sino que procede del mundo”<sup>115</sup>. Así se expresaba Juan, el apóstol predilecto que había descansado sobre el pecho del Maestro y que más que cualquier otro conocía y comprendía los sentimientos íntimos del Corazón de Jesús. Todas las palabras de Jesús, todos sus actos, se alzaron en contra de ese espíritu del mundo, tan opuesto al espíritu de Dios. Abrió la brecha y derribó ese muro de la triple concupiscencia que retenía prisionera al alma humana.

El sacerdote es ¡soldado de Dios! Así como en otro tiempo los legionarios avanzaban en los desiertos y en las montañas inhóspitas y trazaban los caminos de la civilización, así como combatían hasta la muerte a la sombra del águila romana, por la gloria del César, así el sacerdote debe combatir constantemente por el bien bajo el estandarte de la Cruz y luchar con invencible coraje contra el mal invasor. Debe trabajar por la gloria de su divino Rey y caminar en pos de Él a la conquista del mundo. Si trata de adueñarse de las almas, no es para esclavizarlas, sino para liberarlas. ¡Oh, qué hermosa es la misión del sacerdote, qué noble y grande! Con Jesús, es el defensor de la verdad y debe sostener sus derechos y hacerlos triunfar. Con la palabra, si puede hablar, con los escritos, si sabe manejar la pluma, y sobre todo con el ejemplo y con su vida debe condenar todo lo falso, todo lo que puede menoscabar el tesoro de la verdad, del cual es depositario.

---

<sup>112</sup> Sal 68,10. Jn 2,17

<sup>113</sup> Cf. Jn 2,12 ss.

<sup>114</sup> Cf. Mt 23,13 ss.; Lc 6,24

<sup>115</sup> 1Jn 2,15-16

Su celo, ardiente como el del Maestro, iluminado por la fe e inflamado por el amor, debe llevarlo a servirse de todo lo que hay en él para la gloria de Dios y salvación de los hermanos. El sacerdote, creado para defender los derechos divinos, para defender la heredad de Dios, para proteger la debilidad de las almas de los ataques de los enemigos, para extender el reino de Jesucristo y procurarle universal imperio en las inteligencias y corazones, debe templar su valor para la lucha. Con la ciencia, con la pureza de la doctrina y sobre todo con la virtud, con esa fuerza de la santidad a la que nada iguala y con el celo tierno y ardiente, que sólo el amor puede inspirar, debe ser, como Jesús y después de Jesús, la luz del mundo; luz resplandeciente, pero también vivificante y cálida, que convence las mentes e inflama las voluntades, que se apodera de las fuerzas espirituales de las almas y las conduce hacia el Bien supremo.

¡Oh, qué poderoso es el sacerdote lleno del celo del Corazón de Jesús! El sacerdote según el Corazón de Dios, ardiente por la gloria del Maestro, apasionado por la salvación de las almas, es verdadera llama de amor, surgida de la caridad divina para inflamar al mundo.

## CAPÍTULO V

### LA DULZURA, CUARTA VIRTUD SACERDOTAL DEL CORAZÓN DE JESÚS

La dulzura constituye la forma de la bondad; forma exquisita y delicada que la hace atrayente. Una bondad tosca y descortés es una bondad sin forma, una bondad que no podría imponerse a los corazones. Pero cuando está revestida de dulzura adquiere una autoridad soberana y atrae todo a ella con poderoso atractivo. Tal fue la bondad de Jesús.

La dulzura, atemperando el celo ardiente del Maestro, lo hacía suave, afable, atrayente. Había impreso en todo su ser un encanto tan irresistible que todos, niños y ancianos, enfermos y multitudes compactas iban hacia Él y seguían sus pasos. “Aprended de Mí, que soy manso y humilde de Corazón”<sup>116</sup>, había dicho Jesús.

Esta dulzura íntima, al proyectarse en su exterior le ganaba todos los corazones. Su conversación era amable, sus enseñanzas eran bien recibidas, pues mediante la unción divina que afloraba a sus labios eran fáciles de entender y sencillas para cumplir. Le seguían hasta los confines de los desiertos, olvidando las necesidades de la vida; una vez que se habían gustado los atractivos tan dulces de su palabra, ya no era posible separarse de Él.

“No impidáis a los niños acercarse a Mí”<sup>117</sup>, decía. Constantemente rodeado de estas débiles criaturas, se complacía en tomarlas en brazos, bendecirlas y presentarlas a los discípulos como ejemplo de sencillez y de pureza. “¡Ay de quien escandalizare a uno de estos pequeños que creen en Mí!”<sup>118</sup>, decía también.

¡Cuánta benignidad y qué tierna compasión con los enfermos e inválidos que se acercaban a Él! ¡Cómo se dejaba conmovir con facilidad por el espectáculo de sus miserias! Sediento de sufrimientos, ansioso de derramar su sangre, anhelante de la Cruz, espinas y latigazos, no puede soportar la vista de los dolores de sus hermanos; no puede ver llorar a Marta y Magdalena sin derramar lágrimas también Él; no puede enterarse de una enfermedad sin curarla. ¡Y con qué alegría y prodigalidad emplea el poder de sanar y resucitar que hay en Él, principio de vida y amor!

Usa de infinita paciencia para con sus discípulos, aún tan carnales y rudos. Los instruye, alienta, en ocasiones los reprende, ¡pero lo hace con tanta dulzura! Los invita a descansar después de trabajos fatigosos: “Venid ... a descansar un poco”<sup>119</sup>, les dice.

Cuando el pensamiento de su muerte los turba y abate, procura endulzarles ese dolor, les promete un divino Consolador<sup>120</sup> y les asegura que estará siempre con ellos<sup>121</sup>. Permite que Juan, el más joven y amante de los apóstoles, apoye la cabeza en su sagrado pecho<sup>122</sup> y permanezca así como un hijo amoroso que reposa en el pecho paterno. Tomás comprueba que Jesús responde con amorosos favores a las resistencias de su incredulidad: “Trae tu mano y métela en mi costado y no seas incrédulo sino creyente”<sup>123</sup>. Y cuando Pedro le ha negado, no le dirige reproche alguno, sino que a fin de calmar su dolor, le hace expresar tres actos de amor, tres protestas de devoción y fidelidad que compensen la triple negación<sup>124</sup>.

Todas las palabras de Jesús trasuntan paz y bondad: “Soy Yo, no tengáis miedo”<sup>125</sup>. “Ten fe, tus pecados te son perdonados”<sup>126</sup>. “¿Por qué molestáis a esta mujer?”<sup>127</sup> “Venid a Mí todos los que estáis cansados y agobiados, que Yo os aliviare”<sup>128</sup>. “La paz esté con vosotros”. “Yo os doy mi paz”<sup>129</sup>.

---

<sup>116</sup> Mt 11, 29

<sup>117</sup> Mt 19,14

<sup>118</sup> Cf. Mc 9,41; Mt 18,6; Lc 17,2

<sup>119</sup> Mc 6,31

<sup>120</sup> Cf. Jn 16,7 ss.

<sup>121</sup> Cf. Mt 28,20

<sup>122</sup> Cf. Jn 13,23.25; 21,20

<sup>123</sup> Jn 20,27

<sup>124</sup> Cf. Jn 21,15 ss.

<sup>125</sup> Mt 14,27

<sup>126</sup> Mt 9,2

<sup>127</sup> Mt 26,10

<sup>128</sup> Mt 11,28

El Profeta había dicho que Jesús no vocearía y que ninguno oiría su voz en las plazas públicas<sup>130</sup>. En efecto, su palabra está llena de dulzura; sus enseñanzas revisten de ordinario, formas sencillas y graciosas, tomadas de la hermosa y sonriente naturaleza que lo rodea. Y cuando su celo le lleva a fustigar las malas pasiones y delitos de los hombres, se nota en su voz más amor por los pecadores que desprecio o cólera.

Jesucristo mostró la exquisita dulzura de su Corazón durante el tiempo de su apostolado y de su vida resucitada, pero sobre todo dio pruebas de ella en la hora de su Pasión. Cuando terminada la Cena, Jesús dice a Judas que haga su detestable acción, le habla tan dulcemente que todos los apóstoles presentes creen que le envía a distribuir alguna limosna; y en Getsemaní, cuando el discípulo traidor se le acerca y le besa, el Maestro responde con un beso y con estas suaves palabras: “Amigo, ¿a qué vienes?”<sup>131</sup> Apenas Pedro ha hecho uso de la espada, le dice: “Envaina la espada”<sup>132</sup>, y volviéndose hacia el herido, lo cura<sup>133</sup>. En casa de Anás, un servidor insolente lo golpea brutalmente en la mejilla, y Jesús, al recibir esta cruel injuria, dice con incomparable dulzura: “Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado, pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?”<sup>134</sup>. Ante los inicuos jueces que lo condenan, en medio de los soldados que lo ultrajan y torturan, frente a ese pueblo que ha colmado de beneficios y que ahora lo insulta y se burla, conserva una dulzura inalterable y permanece mudo Cordero en las manos de los verdugos<sup>135</sup>. ¡Ni un lamento escapa de sus labios mientras le clavan en la Cruz, ni una palabra amarga para aquellos que lo crucifican!<sup>136</sup>

El sacerdote está llamado a reproducir en el mundo la mansedumbre de Cristo. Viene para conquistar las almas y no hay arma más poderosa para conquistar los corazones que la dulzura y la bondad. Por ello, ¡que el sacerdote de Jesús se haga bueno con esa bondad del Salvador, lleno de paciencia y dulzura, de tolerancia y de caridad! Muchas miserias llegarán a él; muchas debilidades tratarán de apoyarse en él. Por los caminos misteriosos de la Providencia se dirigirán a él almas extenuadas o heridas, corazones doloridos por las desigualdades de la vida, espíritus falseados por los errores del siglo y voluntades abatidas o desviadas. Entonces, ¡qué necesario es que su mano sea dulce y delicada para curar todas estas llagas!

¡Qué suave y paciente deberá ser su acción en las almas! Sin duda, podrá hablar con fuerza, fustigar el vicio y advertir a los pecadores; pero sus palabras, las verdades que anuncia, serán más penetrantes y más aptas para convencer si están empapadas de dulzura.

El sacerdote debe hacer conocer a Jesús, hacerlo amar, dando con su forma de ser la idea de lo que es el mismo Jesús, Bondad encarnada. Al encontrar en el sacerdote tanta paciencia, tanta dulzura y una ayuda tan caritativa, las personas comentarán entre sí: Si el siervo es tan bueno, ¿cómo será de bueno el Maestro?

La dulzura es un imán potente que atrae a las almas. Es esa red misteriosa que el sacerdote, pescador de hombres, debe arrojar en los corazones para sacarlos de los abismos del pecado y conducirlos en la barca de la Iglesia hacia la virtud, hacia la vida perfecta.

Discípulo fiel, amigo y compañero de Jesús, dulcísimo de Corazón, el sacerdote que ha modelado su corazón a semejanza del de su divino Maestro, puede realizar en el mundo la obra de Cristo. Es una obra de amor; es la obra de la reconciliación, de la paz y de la caridad que sólo el amor, la bondad –hija del amor–, y la dulzura –flor y perfume de la bondad– pueden continuar y terminar.

---

<sup>129</sup> Lc 24,36; Jn 14,27

<sup>130</sup> Cf Mt 12,19; Is 42,2

<sup>131</sup> Mt 26,50

<sup>132</sup> Mt 26,52

<sup>133</sup> Lc 22,51

<sup>134</sup> Jn 18,23

<sup>135</sup> Cf. Is 53,7; Hch 8,32

<sup>136</sup> Cf. Lc 23,34

## CAPÍTULO VI

### LA HUMILDAD, QUINTA VIRTUD SACERDOTAL DEL CORAZÓN DE JESÚS

¡Grandeza infinita que se empequeñece, majestad soberana que desciende, autoridad, potencia sin límites que se inclina y se hace débil! ¡He aquí lo que vemos en Jesús! Vemos a un Dios humillado hasta la condición del hombre miserable, hasta la carne pasible y mortal. Sin embargo, no son estas divinas humillaciones del Verbo las que deseamos considerar, sino los sometimientos de su naturaleza humana. Hoy se presenta para nuestra meditación la adorable humildad que mostró en los días de su vida pública.

Jesús comienza su vida apostólica con una humillación: se inclina ante la mano de Juan y recibe el bautismo de penitencia<sup>137</sup>, confundándose con los pecadores. En el desierto, adonde el Espíritu lo ha conducido, desciende voluntariamente hasta el grado más bajo de nuestras miserias<sup>138</sup>, quiere ser tentado<sup>139</sup>. Permite que el espíritu maligno se dirija a las inclinaciones naturales de su humanidad, permite que Satanás lo toque.<sup>140</sup>

¿Por qué este exceso de humillación, Salvador mío? Porque en ocasiones, la tentación, las más de las veces, constituye para el hombre una humillación necesaria. Le descubre su debilidad, lo pone en guardia contra las ocasiones peligrosas y hace que su corazón agitado y tembloroso se dirija hacia Aquel que únicamente puede sostenerlo y salvarlo.

También la tentación es necesaria para el sacerdote. ¡El sacerdote es tan grande, su dignidad tan sublime! ¿No se sentirá inclinado a creer que el carácter sagrado que ha recibido lo pone a cubierto de las miserias humanas? ¿No se enaltecería por los divinos privilegios que le son concedidos? Y por otra parte, “quien no ha sido probado poco sabe”<sup>141</sup>. El sacerdote llamado a instruir y guiar a las almas, debe haber experimentado, si no todas, por lo menos una parte de sus debilidades.

Cuando el divino Maestro se entrega a la predicación, lo vemos a veces tomar asiento en las ricas sinagogas de Cafarnaum o de Jericó; sentimos resonar sus palabras en el Templo de Jerusalén o en el espléndido pórtico de Salomón; lo oímos dirigirse a los grandes del sacerdocio y a los brillantes cortesanos de Herodes. Pero ¡con cuánta más frecuencia lo vemos rodeado del pueblo, hablar en las playas a pobres pescadores, o saciar, en el desierto, con pan milagroso, a la multitud harapienta y hambrienta que lo sigue! ¡Esta es la caridad del Maestro! Quiere salvar a muchas almas y sabe que los ricos y los poderosos son los menos y que los pequeños y los pobres forman la multitud. Por eso se dirige a los pequeños y a los humildes, porque allí la mies será más abundante.

¡Qué lejos del espíritu de su divino Maestro estaría el sacerdote que, desdeñando el apostolado de los sencillos e ignorantes, no quisiera dirigirse más que a las inteligencias privilegiadas o a aquellos a quienes sonríe la fortuna; el que, encontrándose oprimido en las pobres iglesias de campo o en las de nuestros populosos suburbios, no se sintiera a sus anchas más que en las grandes cátedras de amplias basílicas y juzgara indigna de su celo la instrucción de los niños o la visita a los pobres! En cambio, el sacerdote de Jesús, penetrado de los pensamientos de su adorable Modelo, no ve nada que sea demasiado bajo para él. Sabe cuánto vale un alma, sabe que vale toda la sangre de Cristo; y da, sin contar, tiempo, fuerzas y vida para salvar aunque sea una sola. Para dar un poco más de gloria a Jesús, acepta gustoso ser anonadado y olvidado.

La humildad de Jesús aparece también en el cuidado que pone en ocultar su acción en la acción de su divino Padre y en hacer desaparecer lo más que puede su personalidad. Cuántas veces le oímos repetir: “No hago nada por mi cuenta”<sup>142</sup>, “Yo incomunico al mundo lo que he aprendido de Él”<sup>143</sup>, “mi Padre sigue

---

<sup>137</sup> Cf. Mt 3,13 ss.

<sup>138</sup> Cf. Mt 4,1-12

<sup>139</sup> Hb 4,15

<sup>140</sup> Cf. Mt 4,5-8

<sup>141</sup> Eclo 34,10

<sup>142</sup> Jn 8,28

<sup>143</sup> Jn 8,26

actuando y Yo también actúo”<sup>144</sup>. Trata por todos los medios de disminuir el esplendor de los grandes milagros que realiza. Dice a los ciegos que cura: “Cuidado con que lo sepa alguien”<sup>145</sup>, y al leproso: “No se lo digas a nadie”<sup>146</sup>. Prohíbe expresamente a los demonios, que forzosamente proclaman su divinidad, decir que Él es el Cristo, el Hijo de Dios<sup>147</sup> y no se denomina a Sí mismo sino el Hijo del Hombre<sup>148</sup>.

Pero Jesús nos descubre su profunda humildad sobre todo en su dependencia, en ese espíritu de sumisión que muestra en todo. Los primeros treinta años de su vida se han podido resumir con estas breves palabras: “Les estaba sujeto”<sup>149</sup>. En los últimos años no varió su conducta, se mostró siempre dependiente y sumiso en todo. Igual al Padre por su divinidad, no obstante no hace nada sin recurrir a Él con la oración y se gloria de hacer siempre lo que a Él le agrada<sup>150</sup>. Parece olvidar casi las grandezas, dones y privilegios de su naturaleza divina para recordar únicamente la impotencia y debilidad de su naturaleza humana: “Padre —exclama en el Huerto de los Olivos—, que no se haga mi voluntad sino la tuya”<sup>151</sup>.

Jesús, Legislador divino, se muestra siempre perfectamente obediente a la ley de Moisés, a sus santas órdenes y a las múltiples observancias del culto. Obedece no sólo a las leyes religiosas, sino también a las civiles. Recomienda entregar el tributo<sup>152</sup>; paga el tributo personal y el de los discípulos. Toda autoridad legítima recibe el homenaje de sumisión y respeto por su parte. Va todavía más lejos: quiere depender de todos, de las turbas que lo rodean y de quienes lo detienen a cada paso para implorar un favor. El centurión le hace saber la enfermedad de su siervo: “Voy Yo a curarlo”, dice en seguida<sup>153</sup>. Apenas Jairo le ha puesto al tanto de la muerte de su hija, se pone en camino hacia la morada del afligido padre<sup>154</sup>. Ha venido “para servir y no para ser servido”<sup>155</sup>, y su humildad le hace actuar como si fuera deudor de todos.

Sí, Jesús obedece hasta a sus verdugos. Se deja despojar, golpear, revestir de púrpura irrisoria, coronar de espinas. Abre la mano para recibir la vara que se le pone como cetro. Carga la cruz, extiende las manos para facilitar la tarea de quien le crucifica. Oprime con los labios la esponja empapada de hiel y vinagre que se le ofrece para calmar su sed<sup>156</sup>. Expira cuando todo está consumado y cuando ha cumplido hasta el final las Escrituras y verificado las divinas profecías.

¡Qué hermosa es la sumisión de Jesús! ¡Qué conmovedora esta dependencia del único Independiente, del Omnipotente, del Dueño soberano! Pero ¡qué lección para el hombre! Este ser débil y miserable, obligado a depender de tantos otros seres y de tantas otras cosas por la condición de su naturaleza, trata siempre de liberarse y sustraerse a este estado de sumisión fuera del cual, sin embargo, no puede sino errar.

Jesús se desliga, por así decir, del conocimiento y del sentimiento de su omnipotencia, de su eterna sabiduría y de su ciencia infalible, para considerar en Sí, únicamente, la nulidad de su estado de criatura; por el contrario, al hombre, vano y orgulloso, olvidando su inferioridad y el cortejo de miserias que arrastra en pos de sí, le gusta recordar sólo aquello que cree son sus excelencias y que puede, según su ciego juicio, elevarlo ante sus propios ojos y los de sus hermanos. Prefiere siempre su acción a la de los demás. La estima que tiene de sus propios pensamientos, el apoyo en sí mismo, la confianza que conserva en la fiabilidad de su juicio y en la solidez de su espíritu, a pesar de las derrotas y fracasos, le hacen desdeñar los consejos de la experiencia y los avisos caritativos de los prudentes.

¡Qué distinto es el sacerdote de Jesús! Dulce y humilde de corazón como su divino Maestro, reconoce su debilidad, confiesa su impotencia y desconfía de las propias miras. Prostra voluntariamente su inteligencia, las luces de su espíritu y las aspiraciones de su celo ante la autoridad soberana de Dios. Y ve resplandecer esta aureola de la autoridad divina en muchas frentes.

Hijo sumiso de la Santa Iglesia, ve en su Cabeza suprema al representante infalible de Jesucristo y le gusta apoyarse en la Cátedra de Pedro. La plenitud del Sacerdocio de la que está revestido su Obispo le inspira sumo respeto. Le obedece como al sucesor de los Apóstoles, y le venera y ama filialmente.

---

<sup>144</sup> Jn 5,17

<sup>145</sup> Mt 9,30

<sup>146</sup> Mc 1,44; Lc 5,14

<sup>147</sup> Cf. Mc 1,25

<sup>148</sup> Cf. Mt 26,64

<sup>149</sup> Lc 2,51

<sup>150</sup> Cf. Jn 8,29

<sup>151</sup> Lc 22,42

<sup>152</sup> Cf. Mt 22,21; Mc 12,17; Lc 20,25

<sup>153</sup> Mt 8,7

<sup>154</sup> Mt 9,23

<sup>155</sup> Mt 20,28

<sup>156</sup> Mt 27,34

Actúa con humilde desconfianza en sí mismo en las obras que emprende lleno de celo y en los diversos ministerios que se le confían. Se apresura a buscar la luz junto a quienes se distinguen por la edad, por una larga carrera sacerdotal, una vida ejemplar, o una notoria virtud, y se encuentra lejos de actuar por sí mismo o de preferir su consejo al de ellos.

No estima más las obras que él dirige o que ha creado que las que ve florecer junto a las suyas. No desea obtener mayores éxitos, lograr más lo que emprende o hacer mejores cosas que los que trabajan como él por la gloria de Dios. Esta gloria, el pleno desarrollo del Reino y del amor de Dios en las almas, constituye todo su deseo y su única ambición. Se olvida de sí, y a fin de que se haga el bien y su Maestro sea más amado y mejor servido, se siente satisfecho y se alegra tanto del éxito de sus hermanos como del suyo.

Alaba de buen grado el talento y las obras de ellos, se edifica con sus virtudes. Si ve que alguno se aleja del camino recto o cae en el error, procura conducirlo de nuevo al bien, si no con sus consejos, al menos con sus ejemplos; ruega por él, sufre por él y siente religioso temor de caer él mismo en lo que ahora condena.

El sacerdote dulce y humilde que pasa por el mundo, no es sólo el sacerdote de Jesús, es el Sacerdote-Jesús. Sí, es Jesús mismo; Jesús, cuya grandeza se ha rebajado divinamente por amor, cuya santidad es tanto más esplendente y cuya virtud es tanto más irradiante cuanto más la rodean las sombras misteriosas de la humildad.

La humildad fue, tal vez, el encanto más atrayente de la santa Humanidad de Jesús. Ella otorga a la acción del sacerdote y a su palabra un encanto parecido; reviste al sacerdote completamente de Jesucristo.

## CAPÍTULO VII

### LA PUREZA, SEXTA VIRTUD SACERDOTAL DEL CORAZÓN DE JESÚS

Nadie ha dudado nunca de la suma pureza de Jesús. Pudo, en efecto, lanzar este desafío a sus contemporáneos sin temor de ser desmentido: “¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado?”<sup>157</sup> Sus enemigos, con furor envidioso, insultándole en la cara, lo llamaban endemoniado y blasfemo, pero no se atrevieron a poner en duda su virtud. La multitud, entusiasmada por las grandes obras de Jesús y llena de respeto por su vida santa y pura, lo reconocía, si no como el Mesías, al menos como un profeta, un enviado de Dios, en la verdad, justicia y santidad. Pero nosotros sabemos que es nuestro Dios, lo adoramos en su divina pureza a la que ninguna mancha ni sombra podrá empañar jamás.

Él es el Puro, el Santo por excelencia. Verbo de Dios, esplendor de la luz eterna, posee, en su naturaleza divina, esplendores, transparencias y candor luminoso de los que nada de cuanto ha sido creado puede darnos una idea, por muy imperfecta que sea.

Su naturaleza humana era perfectamente pura. Su alma, al salir de las divinas manos poseía un inefable esplendor de inocencia. Su Corazón, tabernáculo del Amor Infinito, santuario de las virtudes más adorables, al no palpar más que por la gloria del Padre y la salvación del hombre, era, es y será, el templo, el altar de los sacrificios más puros y la víctima santa que un fuego sagrado consume eternamente.

Su cuerpo, formado por el Espíritu Santo con la purísima sangre de una Virgen, Virgen Inmaculada que al dar a luz su fruto bendito quedó aún más virgen; su carne sagrada, que debía inmolarsse por el pecado y transformarse en antídoto del veneno de impureza, inyectado en la sangre del hombre a causa del pecado original, esta carne de Jesús es más delicada, más pura y más idealmente blanca de lo que jamás pueda imaginarse.

Nada nos puede dar una idea de esta pureza adorable. El rayo refulgente del sol en el instante en que sale del astro luminoso que lo produce, cuando todavía no ha atravesado las nubes del cielo y la densa niebla de la tierra, ¡ese rayo refulgente del sol es menos puro que Jesús!

El blanco copo de nieve que cae de las heladas regiones del aire, que nada ha tocado, y que los vientos mecen en el espacio, ¡ese blanco copo de nieve es menos puro que Jesús!

El lirio apenas abierto en el fondo del valle solitario, no contaminado aún por hálito alguno, que ninguna mirada ha rozado y en cuyo cáliz aún no ha venido a posarse la abeja, ¡ese lirio perfumado del valle es menos puro que Jesús!

Todo lo que hay en Jesús, todo lo que de Él emana, respira pureza. La menor de sus palabras, el menor de sus gestos y de sus actos, toda su persona inspira pureza y la exhala como un perfume. Esto es lo que parece decirnos el místico exiliado de Patmos cuando, al querer describirnos a Jesús, nos lo muestra vestido con una larga túnica, ceñida por un cinturón de oro, con la cabeza y hasta los cabellos de una blancura resplandeciente, blancos como la lana y como la nieve<sup>158</sup>.

Sí, no tenemos la más mínima duda de esta exquisita pureza de Jesús, y ante todo, parece superfluo buscar pruebas de ella en sus palabras, en sus acciones, en ese Evangelio en el que le vemos vivir. No obstante, es bueno para nuestras almas y saludable en grado sumo, considerar la estima y amor del Maestro por la pureza y las precauciones que quiso tomar, no precisamente para preservarse Él, porque nada tenía que temer, sino para enseñarnos con el ejemplo la prudencia que debe acompañar nuestros actos.

Jesús promete la visión de Dios, la visión beatífica que colmará todos nuestros deseos, que saciará todas nuestras necesidades, a la pureza de corazón. ¿Y no encierra ella todas las purezas? Si el corazón es puro, los pensamientos serán elevados, los afectos santos, las palabras castas, los gestos y modales modestos.

Varias veces, en el transcurso de su vida pública, el Maestro hablará también de castidad a las multitudes ávidas de sus enseñanzas. Pero los atractivos divinos de la castidad perfecta y las exquisitas delicadezas de la virginidad que la masa del pueblo, demasiado terrena, no podría aún comprender, no los describe sino al oído

---

<sup>157</sup> Jn 8,46

<sup>158</sup> Ap 1,13-14

de sus más íntimos; no se dirige más que a las almas elegidas que pueden fijar la mirada en las altas y luminosas regiones de una vida más perfecta: “¡El que pueda entender, entienda!”<sup>159</sup>

Lo que debe llevarnos a la búsqueda y al amor de esta virtud angélica es, sobre todo, el ejemplo del Maestro. Jesús abrazó voluntariamente una vida austera y mortificada: eligió la pobreza con sus privaciones, fatiga y sudores. Se entregó al ayuno, se impuso vigiliias prolongadas, soportó las incesantes fatigas de la vida apostólica. Durmió sobre la tierra desnuda, envuelto en el propio manto; no concedió a su cuerpo más que lo necesario, lo indispensable. ¡Ah! Es porque Él, nuestro divino Modelo, sabe qué útil es para nosotros, pobres hijos de Adán, tener bajo el yugo y reducir a servidumbre nuestra naturaleza tan inclinada al mal y nuestros sentidos tan prontos a la rebelión.

Es verdad que el Evangelio nos muestra a Jesús tomando parte a veces en fiestas y bodas; pero ¿qué hace en medio de estos festejos terrenos? Sin perder de vista su gran misión, se asocia a las alegrías humanas tan sólo para bendecirlas y santificarlas. Siempre grave, tranquilo y digno, toma parte en las conversaciones sólo cuando con sus palabras puede instruir, iluminar, edificar o consolar.

Una sola palabra del Libro sagrado basta para revelarnos la reserva extrema que tenía Jesús en sus relaciones con las mujeres. Cansado de caminar, el Maestro se había sentado junto al pozo de Jacob y había iniciado con la Samaritana aquel sublime coloquio, a cuyo término la pecadora de Sicar quedó transformada en apóstol. El texto sagrado dice que los apóstoles, al regresar junto a Él, “se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer”<sup>160</sup>. ¡Se maravillaron! Tenía que ser algo muy fuera de las costumbres del Maestro, algo muy extraño y nunca visto por los apóstoles.

No obstante, sabemos que Jesús hablaba a veces con las mujeres. Habló a la hemorroísa después de su curación; a Magdalena para asegurarle el perdón; a Marta para calmar su excesivo apresuramiento; a la mujer de Zebedeo, a quien un ciego amor materno conducía a sus pies. Sí, pero no les hablaba a solas. Lo hacía en medio de la multitud, rodeado de sus discípulos, generalmente en presencia de quien pudiera dar testimonio de la santidad de sus palabras y de la pureza de sus actos. Incluso después de la resurrección mantiene esta reserva. Permite a las santas mujeres que encuentra en el camino que le besen los pies, pero a Magdalena, su predilecta, a la que encuentra sola en el jardín, le prohíbe que lo toque: “No me toques”<sup>161</sup>.

Cuando el profeta Eliseo trató de devolver la vida al hijo difunto de desolada dueña de la casa donde se hospedaba, se extendió sobre el pequeño cuerpo. Colocó sus ojos junto a los ojos del niño, su boca y su corazón junto a la boca y el corazón del niño, calentándolo con su aliento y vivificándolo con su contacto. Cuando Jesús quiere realizar sus milagros evita tocar los cuerpos. Sin duda, de esta forma quiere mostrar la omnipotencia de su palabra, pero también quiere prevenirnos y ponernos en guardia contra las familiaridades condenables y las libertades peligrosas.

Jesús está siempre atento para predicar una pureza suma con el ejemplo. Quiere verla brillar en todos sus fieles. Traza reglas para todos. Pero para con sus apóstoles, sus privilegiados, para con esos otros Cristos, ¡cuáles no serán sus divinas exigencias!

¡Oh, sacerdotes de Jesucristo, ministros del Altísimo, dispensadores de los divinos misterios, cuál no deberá ser vuestra pureza! Mediante el Sacerdocio, Dios os ha colocado por encima de los mismos ángeles. Os ha dado poderes, os ha concedido privilegios que ha negado a esas inteligencias puras. Vosotros estáis llamados a prestar al Cuerpo Eucarístico de Jesús los cuidados que la Virgen Inmaculada tenía para con el sagrado cuerpo de su divino Niño. Lo tenía en sus manos virginales, lo envolvía en pañales, lo presentaba a la adoración, enjugaba la sangre producida por el cuchillo de la circuncisión, le daba besos maternos, lo ofrecía al Padre celestial y se sacrificaba también con Él. ¡Qué puras deben ser las manos del sacerdote que tocan ese Cuerpo sagrado, que lo elevan al cielo ante los fieles arrodillados! ¡Qué puros esos labios que todos los días le dan el casto beso de la comunión! ¡Qué puras esas miradas que lo contemplan tan a menudo, y tan de cerca, bajo los velos del Sacramento!

Si fuera posible, el sacerdote debería ser más puro que el ángel y casto como la Virgen Madre. Pero el sacerdote es un hombre, y su carne, como un pesado manto, lo inclina hacia la tierra y lo oprime dolorosamente. ¿Qué hará entonces para mantenerse en la cima donde la gracia quiere que esté? Caminará sobre las huellas del Maestro, conformará la propia vida según los ejemplos de esa vida. Si Dios no le concede el don inestimable del sufrimiento y de la enfermedad, los suplirá cansando el cuerpo con los trabajos fatigosos de un ministerio abnegado y sacrificado. Abrazará una vida privada de las satisfacciones

---

<sup>159</sup> Mt 19,12

<sup>160</sup> Jn 4,27

<sup>161</sup> Jn 20,17

de la carne y de los sentidos y se esforzará por acrecentar en sí con el estudio, la oración y la búsqueda constante de los bienes superiores, la vida de su alma y de las facultades intelectuales.

El sacerdote es sacrificador con Jesús, pero es también víctima. Las víctimas deben ser puras, santas y sin mancha para ser agradables a Dios; una víctima manchada es rechazada por Dios, ¡es un horror delante de Él! Entonces, el sacerdote de Jesús debe esforzarse en purificarse cada vez más de todo apego humano, de toda satisfacción vulgar y de todo placer de los sentidos. No es un hombre ordinario: es un Cristo, un Ungido, un Bendecido, un Elegido. ¡Es tan grande, tan digno de respeto y de amor cuando se presenta puro en medio de sus hermanos, libre de pasiones groseras, elevado por encima de lo terreno y meramente humano! ¿Aquél que cada mañana apaga su sed en el cáliz del altar, que bebe ese vino sagrado que hace germinar vírgenes, querrá sentir todavía la sed de los placeres de la tierra? ¿Aquél a quien Jesús ofrece la casta embriaguez de su amor, querrá buscar otras delicias? No; el sacerdote encontrará, si quiere, en el amor de su Dios, en el Corazón de Jesús, su adorable Amigo, todo lo que puede saciar las legítimas necesidades de su corazón, las aspiraciones de su alma, por muy tierno y cariñoso que sea!

## CAPÍTULO VIII

### LA MISERICORDIA, SÉPTIMA VIRTUD SACERDOTAL DEL CORAZÓN DE JESÚS

El Corazón de Jesús es el santuario divino donde residen todas las virtudes. Las posee todas en sumo grado. Es la hoguera siempre ardiente de la que irradian todas las bellezas morales, todos los dones naturales, sobrenaturales y divinos que pueda imaginar nuestra pobre inteligencia.

Entre todas las virtudes que moran en ese Sagrado Corazón, como en su templo particular, hay una que parece ser suya en forma especial, su virtud, su inclinación: es la misericordia. Sí, la misericordia es realmente el atributo del Corazón de Jesús.

La Sagrada Escritura y en particular los inmortales salmos de David, cantan las alabanzas de la misericordia de Dios, la exaltan y magnifican de mil maneras. Pero solamente cuando vino nuestro Salvador, la misericordia divina apareció en forma sensible y palpable, por así decir, a la inteligencia y al amor del hombre. Bajo la ley del temor, la misericordia era solamente entrevista; bajo la ley de gracia se la puede ver y palpar.

El amor era Dios, y el amor estaba en Dios y vino al mundo; al cubrirse con los velos de la humanidad y al descender a la tierra, siguió siendo el Amor, pero tomó un nombre y una forma nueva. Tomó el nombre y la forma de la Misericordia, se transformó en Jesús, o sea, en la Misericordia. ¡La Misericordia, Jesús, es la misma forma divina y adorable del Amor!

Todas las palabras, todos los actos, todos los divinos gestos de ese Amor humanado, de Jesús, llevan el sello de la misericordia. Sale de Él naturalmente como el agua de su fuente, como el calor de la hoguera ardiente. “Misericordia quiero y no sacrificios”<sup>162</sup>, dice. Quiere ser misericordioso. “El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido”<sup>163</sup>. Vino a traer gracias de rehabilitación y perdón celestial a la criatura caída. Fue enviado al mundo para salvar y no para juzgar<sup>164</sup>. Por eso, le oímos decir a los apóstoles, prontos a exigir justicia: “¡No sabéis de qué espíritu sois!”<sup>165</sup>.

Esta misericordia infinita del Corazón de Jesús aparece de manera muy conmovedora en dos pasajes del Santo Evangelio. María, la pecadora de Magdala, arrepentida y realmente humilde, acude a la casa del fariseo para ofrecer a Jesús el devoto homenaje de su corazón y de su adoración. El divino Maestro, que de ordinario rechaza semejantes testimonios, recibe en ese momento de buen grado, las señales de su amor porque de esa forma quiere rehabilitarla públicamente. ¡Y con qué delicadeza exquisita, con qué divino tacto muestra a Simón cuán injusta es su opinión acerca de ella! Nuestro Señor ama a las almas penitentes y declara a Magdalena que “sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho”<sup>166</sup>.

En otra ocasión, conducen ante Él a una mujer sorprendida en pecado. La Ley ordena lapidar a tales personas. ¿No quiere Jesús siempre que se obedezca a la Ley? Él mismo ¿no es fiel a sus prescripciones? ¿Qué hará entonces? ¿No temamos! Su misericordia le sugerirá el medio de hacer prevalecer la bondad sobre la justicia: “El que esté sin pecado, que tire la primera piedra”<sup>167</sup>. Uno tras otro, todos se van y no quedan sino Jesús y la pecadora, una gran miseria y una Misericordia aún más grande. “Mujer, ¿ninguno te ha condenado? –Ninguno, Señor. Tampoco Yo te condeno. Anda y en adelante no peques más”<sup>168</sup>.

Pero nada mejor para hacernos conocer el fondo inagotable de la Misericordia de Jesús que las dos adorables parábolas, verdaderas perlas de amor, engarzadas en el precioso joyel de los Evangelios: la oveja perdida y el hijo pródigo. El Corazón misericordioso del Maestro se revela aquí por entero, con delicadezas tan suaves, tan idealmente tiernas, que no hay corazón humano, por poco sincero que sea, que no se sienta conmovido.

---

<sup>162</sup> Cf. Mt 9,13

<sup>163</sup> Lc 19,10

<sup>164</sup> Jn 3,17

<sup>165</sup> Lc 9,55

<sup>166</sup> Lc 7,47

<sup>167</sup> Jn 8,7

<sup>168</sup> Jn 7,10-11

Jesús, divino Pastor, va en busca de su oveja. La encuentra y la perdona. La vuelve a conducir al redil. El cansancio y el sufrimiento del regreso serán, sin duda, una expiación justa, si bien ligera, de sus culpas pasadas; pero el tierno Pastor no quiere que sufra más, no quiere que se canse recorriendo los caminos. Si el cansancio o los sufrimientos expiatorios son necesarios, será Él quien los soporte. Toma en brazos a la fugitiva, la estrecha junto a su Corazón, y le prodiga los privilegios y caricias que no había recibido en los días de su inocencia<sup>169</sup>.

Y cuando el hijo pródigo vuelve al hogar paterno, ¡qué perdón tan amplio le otorga su padre! No sólo lo recibe, no sólo le devuelve todos sus derechos para el porvenir, sino que también desea que en medio del gozo de las fiestas y de las armonías olvide las amarguras de su pasado.

¡Qué poco hace falta para conmover al Corazón de Jesús y provocar su Misericordia! Una palabra de confianza, una invocación del pobre ladrón crucificado a su lado, bastan para que lo perdone en el acto y le abra el Cielo<sup>170</sup>. En verdad, el espíritu de Jesús, Jesús mismo, ¡es la Misericordia!

La gran misión del sacerdote es revelar a las almas la misericordia divina. Todas, más o menos, han pecado. Todas sienten entre la santidad infinita de Dios y la propia miseria un abismo que les parece insuperable y cuya vista las aterra. Aun cuando estén sumidas en las tinieblas, hay en el fondo de cada alma humana un vestigio de verdad que le muestra al Ser supremo infinitamente santo y sumamente puro. Por eso, cuando se ve culpable, procura alejarse de Dios, se esfuerza por olvidarlo e, impotente para aniquilar efectivamente a ese Ser divino que la condenará, quiere por lo menos borrarlo de la mente y destruirlo en su pensamiento. Entonces se interna cada vez más en el mal y se hunde en el abismo.

Pero, por poco sincera que sea, cuando se le hace ver el amor misericordioso de su Dios, el temor desaparece, se apodera de ella el arrepentimiento y la gracia de la reconciliación termina lo que la misericordia había comenzado.

He aquí la obra del sacerdote: hacer conocer a Jesús bajo el aspecto más amable, dulce y atrayente; hacer penetrar en las almas el conocimiento de la Misericordia; abrir los corazones a la confianza y al amor. ¡Qué consoladora misión! Mas, ¿cómo podrá convencer a las almas con la palabra, si no se muestra él verdadero discípulo del divino Misericordioso, colmado de sentimientos de amorosa compasión por los pecadores? Es necesario que le vean santamente apasionado por la salvación de las almas, yendo en pos de las huellas de su Maestro en busca de las ovejas extraviadas, sin dejarse descorazonar por la duración de la búsqueda o las asperezas del camino. Y cuando haya encontrado a esas pobres almas culpables, cubiertas con las vergonzosas lacras del pecado, que se mueva a compasión, que se incline hacia ellas, que derrame aceite y vino en sus heridas, las tome en sus brazos y las reconduzca a Jesús.

¡Qué feliz es el sacerdote al ser ministro de un Dios de Misericordia! El corazón debería fundírsele en el pecho por los ardores de un amor indescriptible al sentirse con poder para decir al alma pecadora en nombre de Jesús estas divinas palabras: “Yo te absuelvo”! Nunca es Dios tan grande como en sus divinos perdones. El sacerdote nunca se encuentra tan elevado, tan revestido de Dios y tan realmente Jesús, como cuando perdona y absuelve.

---

<sup>169</sup> Lc 15,5

<sup>170</sup> Lc 23,43

## CAPÍTULO IX

### EL AMOR, OCTAVA VIRTUD SACERDOTAL DEL CORAZÓN DE JESÚS

La Sagrada Escritura nos enseña que el Creador colmó el Paraíso terrenal de toda suerte de delicias<sup>171</sup>. Dios se encontraba con el hombre y se entretenía con él en coloquios inefables, y los encantos de la naturaleza, tan hermosa en aquel despertar del mundo, servían de maravilloso marco a esos divinos encuentros. Allá, el cielo estaba siempre apacible, la tierra era siempre fecunda. El árbol de la vida que crecía en medio daba sus inmortales frutos y de allí brotaban cuatro ríos que, al correr hacia el exterior llevaban lejos la vida y la fertilidad<sup>172</sup>.

El Corazón de Jesús, ¿no podría compararse a este Edén, elegido como morada de los primeros representantes de nuestra humanidad? ¿No es Él un jardín de delicias, abierto por Dios a las almas sedientas de un insaciable deseo de luz, de verdad y de amor? Colmado de los dones más excelentes, adornado con la hermosura más admirable, verdadera morada de las divinas complacencias, es el lugar del encuentro del hombre con Dios. La Divinidad, amorosamente empequeñecida, desciende allí hasta la miseria del hombre, y éste, bajo el peso del pecado, encuentra en Él misteriosos senderos para subir hasta Dios. En el centro se alza el árbol de la Caridad divina, cargado de los frutos más exquisitos, y cuatro ríos de amor lo riegan y desbordándose, llevan al exterior las ondas vivificantes de la sagrada dilección.

En ese Corazón adorable, verdadero Corazón del Verbo encarnado, el Amor Infinito vive en su plenitud. El Corazón de Jesús siente todos los sentimientos inefables, puros, sagrados que puede sentir la Divinidad; ese Sagrado Corazón experimenta todos los sentimientos nobles y elevados que un corazón humano puede experimentar. Su amor abraza y sumerge en sus olas ardientes la inmensidad de los mundos y la multitud de los seres: ¡es el Amor Infinito sin límites ni medida!

Nos parece, sin embargo, que en el Corazón de Jesús Sacerdote, en el Corazón de ese divino Sacrificador y divino Sacrificado, el amor, dirigiéndose a cuatro objetos diferentes, ha tomado cuatro formas distintas: se ha dividido, por así decir, en cuatro corrientes de amor, en cuatro ríos sagrados de flujo impetuoso y fecundo. Jesús ha amado a su Padre celestial con amor de hijo y de criatura, lleno de respeto y de piedad; ha amado a su Madre, la Virgen, con amor de hijo, todo lleno de confianza y dulzura; ha amado a la Iglesia, formada de su sagrado Costado como una nueva Eva, con amor de esposo, impregnado de ternura y fidelidad; ha amado, ha querido a las almas con amor de padre tierno, providente y olvidado de sí.

El Corazón de Jesús se nos ha mostrado como lugar de delicias; y el corazón del sacerdote, ¿no es también objeto de las divinas complacencias? Este corazón de hombre tan puro, tan por encima del fango de la tierra, tan libre de ligaduras humanas, ¿no es también un espectáculo gozoso a los ojos de Dios? Sin duda, el Padre celestial se complace en descender hasta él cuando lo ve en todo semejante al Corazón de su Hijo. Por lo tanto, el estudio constante del sacerdote debe consistir en formar su corazón según el Corazón del divino Modelo, imprimir en él las mismas virtudes, la misma pureza, la misma dulzura y, sobre todo, el mismo amor, pues ¿no se asemejan los corazones por el amor?

El corazón del sacerdote es un vaso en el cual Dios destila su celestial amor. ¡Debe ser un vaso muy puro, muy grande! Es necesario que sea tan vasto como un océano y tan profundo como un abismo, porque el torrente del Amor Infinito quiere atravesar por él para llegar hasta las almas.

El Corazón de Jesús y el corazón del sacerdote, ¡un solo corazón! ¡Las mismas virtudes, las mismas grandezas, las mismas palpitaciones amorosas por Dios, por María, por la Iglesia y por las almas! “El que tenga sed, que venga a Mí y beba”<sup>173</sup>. ¡Vayamos a ese Corazón divino, manantial de vida y de amor; vayamos a esas fuentes del Salvador<sup>174</sup> siempre desbordantes, vayamos a embriagarnos en esa copa sagrada que el Amor Infinito colma!

---

<sup>171</sup> Cf. Gen 2,8

<sup>172</sup> Cf. Gen 2,10

<sup>173</sup> Jn 7,37

<sup>174</sup> Cf. Is 12,3

## *Amor del Corazón de Jesús por el Padre*

Jesús amó a su divino Padre. Una de sus adorables palabras nos revela su amor filial y ardiente: “Yo hago siempre lo que le agrada”<sup>175</sup>. La prueba más cierta del amor es hacer siempre lo que agrada al ser amado, es ese cuidado en observar atentamente sus deseos, en abrazar su voluntad y complacerle en todo. El pensamiento de Jesús estuvo continuamente fijo en la voluntad del Padre, las miradas interiores de su alma siempre se dirigieron hacia Él. Se complació en la consideración de sus perfecciones, se anonadó y empequeñeció para exaltar más la grandeza del Padre celestial. Se sacrificó en reparación de su gloria ultrajada por el pecado del hombre; para extender esa gloria y aumentarla, no ahorró nada: se inmoló a Sí mismo.

El amor del Padre dominó toda la vida de Jesús. En la noche de la Cena, a pocas horas de su dolorosa Pasión, dejó que su Corazón prorrumiera en esos arrebatos sublimes de amor, de adoración y de confianza filial, que no pueden leerse sin doblar las rodillas y derramar lágrimas. Ama al Padre y se sabe amado por Él, y este Amor Infinito, que va de uno a otro en un flujo y reflujo divino, tiene profundidades, ardores, pureza y arrebatos inexplicables: “¡Padre, ha llegado la hora! Glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a Ti... La vida eterna consiste en conocerte a Ti, único Dios verdadero... ¡Padre justo, el mundo no te ha conocido, Yo sí te he conocido! ...Que todos sean uno como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti... para que el mundo crea que Tú me has enviado”<sup>176</sup>.

Y cuando Jesús lo haya consumado todo, cuando haya cumplido hasta el fin la voluntad del Padre, se volverá una vez más hacia ese Padre amadísimo para decirle con amoroso abandono: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”<sup>177</sup>.

El amor de Dios debe dominar también la vida del sacerdote. El amor por el Padre celestial, que ha hecho de él una criatura bendita entre todas, que lo ha señalado desde toda la eternidad para participar en la unción de su Cristo: el amor, sobre todo, a Jesús, a ese adorable Maestro, a ese incomparable Jesús que lo ha dotado de sus dones más magníficos, que lo ha elevado a las divinidades más altas, que lo ha hecho otro “Él mismo”; el amor a Jesús, un amor profundo, íntimo, vivo, debe ser el gran motor de las acciones, de los pensamientos y de la vida del sacerdote. Si conoce bien a Jesús, si está unido a Él por medio del amor, realizará las obras de su Maestro y tendrá la vida en Él.

“El que me ama, será amado por mi Padre... y vendremos a él y haremos morada en él”<sup>178</sup>. Estas palabras de Jesús se dirigen a todos los fieles, pero con mayor razón a sus sacerdotes. Jesús vive en el sacerdote en forma especial. En el altar, en el tribunal santo, en la cátedra de la verdad, no es un hombre cualquiera, es Jesús, Jesús que enseña e ilumina, Jesús que perdona y absuelve, Jesús que ofrece y sacrifica.

Y una vez que ese divino Salvador ha investido así a su sacerdote, cuando lo ha llenado de Sí mismo, cuando ha vivido en él estas tres grandes acciones del Sacerdocio, ¿se retirará? No, sin duda. Mientras la vida puramente natural, los desórdenes del espíritu o los sentidos, o el pecado no lo expulsen Jesús continúa viviendo en su sacerdote. Y vive en él hasta el punto de querer que el sacerdote diga, al referirse a su sagrado Cuerpo, a su Sangre adorable: “Esto es *mi* Cuerpo, esta es *mi* Sangre”. ¡Oh, si el sacerdote pensara en esta morada de Jesús en su alma, en esta investidura sagrada, cómo le gustaría retirarse en su interior y cerrar tras de sí la puerta para atender con comodidad al divino Huésped! Jesús vive en su alma íntegramente: Dios y Hombre, con sus esplendores divinos y atractivos humanos, con el poder y sabiduría de un Dios y la dulzura y ternura de un hermano, con la amabilidad de un amigo.

Todo Jesús vive en el sacerdote. Son los dos una sola cosa: la divina inteligencia de Jesús se aplica a la inteligencia del sacerdote y le comunica sus luces; el Corazón de Jesús late en el corazón del sacerdote y lo inflama de un ardiente amor por las almas; el cuerpo de Jesús se une a los miembros del sacerdote, les imprime una vida sobrenatural y la gracia de la castidad. ¡Qué amor recíproco debe existir entre estos dos seres! ¡Qué intercambio de ideas y sentimientos, qué unión de voluntades, qué conformidad de vida, qué armonía entre estos dos corazones, qué intimidad entre estas dos almas!

---

<sup>175</sup> Jn 8,29

<sup>176</sup> Jn 17

<sup>177</sup> Lc 23,46

<sup>178</sup> Jn 14,21.23

## AMOR DEL CORAZÓN DE JESÚS POR LA VIRGEN, SU MADRE

Jesús amó a la Virgen, su Madre. Desde el principio de su vida pública quiso dar prueba de su amor filial. Fue en Caná de Galilea. Jesús y su santa Madre asistían a un banquete de bodas. Faltó el vino y los sirvientes vinieron a dar la nueva a María. Al momento, la Virgen bendita se vuelve hacia el Hijo y le dice: “No tienen vino”<sup>179</sup>. Y Jesús responde a su Madre: “Mujer”, tú, la mujer por excelencia, la única entre todas que no tienes pecado, “¿qué tengo Yo que ver contigo? Todavía no ha llegado mi hora”<sup>180</sup>. Todavía no he comenzado a hacer los grandes milagros que debo realizar. Pero al dirigirte a Mí en esta ocasión, sin duda quieres recordarme lo que hay de común entre nosotros; quieres traer a mi memoria los vínculos tan dulces que nos unen, la comunidad de vida, de sangre, de pensamiento, de deseos, de amor, que reina entre nosotros. ¿Podría resistirme a tu ruego y no anticipar la hora que me había fijado? Y la Madre de Jesús, interpretando su pensamiento, segura de su Corazón de Hijo, se dirige a los sirvientes: “Haced lo que Él os diga”<sup>181</sup>. Y cuando las tinajas están llenas de agua hasta el borde, Jesús realiza su primer prodigio.

Sabemos que estas palabras de nuestro Salvador han sido interpretadas de diversos modos. Pero para quien conoce un poco el Corazón de Jesús, ¿no pueden encerrar una delicada y afectuosa alusión a esta unión tan estrecha que forma la naturaleza entre una madre y su hijo? Jesús quiso que entre Él y su Madre purísima todo fuera común; la asoció a sus grandezas, la unió a sus alegrías, la hizo partícipe de sus dolores, la hizo víctima con él, sacerdote con Él, y en cierto modo, redentora con Él, Redentor divino. El amor quiere esta unión, esta unión íntegra de sentimientos y estado.

Las primeras miradas de Jesús, que llora en el pesebre, fueron para María; el primer milagro de su vida pública se obró gracias a sus ruegos; los últimos pensamientos de Jesús crucificado y sus últimas miradas, serán también para Ella. Viendo a la Virgen María de pie junto al patíbulo, agonizando en medio de un dolor indecible, se inclina hacia Ella y, a punto de morir, arroja en sus brazos lo que le es más querido después de Ella: ¡las almas! Es su legado supremo, su último don de amor. Le confía a todos sus hijos en la persona de Juan, su predilecto. La hace la Madre fecunda entre todas las madres, la reina del universo, la dispensadora de gracias.

Entre los sentimientos del corazón del hombre probablemente no hay ninguno más delicado y más profundo que el amor de un hijo por su madre. Mezcla exquisita de fuerza y ternura, de sumisión respetuosa e infantil familiaridad. Cuando el hijo descansa la cabeza contra el seno materno que lo ha nutrido, se cree niño todavía, débil pero muy amado; cuando estrecha a la madre junto a su corazón, se siente fuerte y ardiente para defenderla, poderoso para protegerla. Es para con ella dócil como un niño, sencillo y lleno de confianza. Le habla de sus deseos, le confiesa las propias debilidades, le hace saber sus proyectos, recibe con gusto sus consejos, querría obedecerle siempre.

El amor a la madre es el primero que se despierta en el corazón del hombre, y el último en abandonarlo. Es un amor que conserva, que protege, que purifica, que consuela y que sostiene. Es un amor, tal vez el único, al que podemos abandonarnos de todo corazón, sin peligro de marchitarlo y sin temor de amarguras.

Para el hombre, para el sacerdote, la madre es el don de Dios. Encuentra en ella, en su amor tan discreto, tan lleno de abnegación, todo lo que su corazón, sobre todo si es tierno y ardiente, puede desear: apoyo, dulzura, salvación.

Si el sacerdote debe amar a su madre, si la ama siempre, ¡cuánto más deberá amar a la Madre incomparable, a la Madre del Amor Hermoso, a su divina Madre María! Muy a menudo hemos repetido que el sacerdote es otro Cristo. Lo que María era para su Jesús lo es también para el sacerdote. Es Madre: Madre amorosa, caritativa, dedicada a él por entero. Lo rodea de cuidados, lo mira con amor, le inspira cuanto conviene, lo instruye, lo defiende, lo bendice.

También el sacerdote deberá ser para María lo que Jesús era para la Virgen, su Madre: hijo obediente, respetuoso, lleno de amor. Que sea siempre con María, como con su madre: un hijo Que se refugie en sus brazos cuando sufra, vaya hacia Ella cuando se sienta alegre, la interroge cuando quiera saber, recurra a

---

<sup>179</sup> Jn 2,3

<sup>180</sup> Jn 2,4

<sup>181</sup> Jn 2,5

Ella en sus necesidades más insignificantes, le confíe todos sus deseos, le descubra sus debilidades. Que nunca hable, actúe y ni siquiera se detenga a pensar, sin que la imagen idealmente pura de la Virgen proyecte sobre él su sombra protectora.

Para el corazón del sacerdote, el amor a María es un elemento necesario. Es el bendito rayo de sol y el rocío benéfico que hacen brotar en su alma la flor de la castidad. Es un principio de vida, un germen de virtudes. El sacerdote que ama a María como Madre, que confía y depende de Ella, no se alejará del recto camino, se mantendrá humilde, puro, fervoroso, ¡hará que Jesús viva en él!

## AMOR DEL CORAZÓN DE JESÚS POR LA SANTA IGLESIA

El amor de Jesús por la Santa Iglesia es un amor de Esposo. Para unirse a ella abandonó las delicias del Cielo, se entregó por entero a ella. Le ha dado su alma, aplicándole sin medida ni restricciones su divina inteligencia, su memoria y todas las operaciones de su espíritu. Le ha dado su Corazón, consagrándole un amor fiel, ardiente, único, eterno. Le ha dado su cuerpo y ¡de qué modo tan inefable! La ha adornado con las joyas más valiosas. La ha rodeado de los cuidados más tiernos y vigilantes. La ha hecho grande, noble, digna de honor. La ha hecho fecunda. Le ha conservado una fidelidad inviolable.

¿Hubo alguna vez unión más estrecha, más indisoluble que la de Jesucristo con su Iglesia? Entre esposos ¿reinó alguna vez amor más ardiente y fuerte, donación más completa y eficaz? La unión mística se consumó en la Cruz como en un lecho nupcial. Desde entonces, desde aquellas divinas nupcias, siempre se han sido el uno para el otro. En la prosperidad y en la desgracia, en la persecución y en el honor, en la alegría y en la angustia, nunca se han separado. Cuando se despreció a Jesús, la Iglesia participó en el oprobio; cuando se abandonó a Jesús, la Iglesia, su esposa, conoció el abandono; cuando se alabó y amó a Jesús, la Iglesia participó en el gozo. Del mismo modo, todos los ultrajes hechos a la Iglesia hirieron a su divino Esposo; todas las pruebas que debió sufrir, las compartió con Él. ¡Se encuentran tan estrechamente unidos y ligados que los golpes dirigidos contra Cristo por la impiedad de todos los tiempos, siempre han herido a la Iglesia; y el fango arrojado al manto de la Iglesia ha recaído siempre sobre las vestiduras de Cristo!

La primera lágrima de Jesús en la cuna bastaba para rescatar al mundo; más aún, el primer suspiro de su Corazón al entrar en la vida hubiera sido rescate abundante. Entonces, ¿por qué tantos trabajos, tantos sufrimientos, tantas lágrimas y tanta sangre derramada? ¡Es el amor de Jesús por su Iglesia! Quería enriquecerla con tesoros divinos. Quería revestirla de púrpura y dio la propia sangre para teñir su manto; quería rodear su cuello de perlas preciosas y derramó lágrimas; quería coronarla de honores e inmortalidad y dio su propia vida y su propio honor para formar su corona.

¿Puede el amor llegar más lejos? ¿Puede prolongarse más allá de la tumba? ¿Puede sobrevivir a la muerte? Cuando el esposo ha dado la vida por la esposa, ¿qué más puede darle? Jesús dio más todavía. Volvió a tomar la vida que había sacrificado, la transformó y, encerrándose con esta nueva vida en un estrecho sagrario, permanece, por amor a la Iglesia, en estado de perpetuo sacrificio hasta el fin de los tiempos.

Y mientras todos los días se inmola así por ella, continúa colmándola de sus dones: la ilumina con luces celestiales, la inflama con el fuego de su Corazón, la nutre con un delicioso alimento, alimento que es su mismo cuerpo, ¡su carne divina!

La fortalece y la provee de armas en medio de los combates que ella debe sostener, ya que milita sobre la tierra. La consuela en sus angustias y le prepara un triunfo definitivo para la eternidad, una glorificación completa.

Si la santa Iglesia es la esposa de Cristo, lo es también del sacerdote: es su compañera elegida. En el momento en que debía entregar su corazón y tomar una decisión sobre su vida, el elegido de Cristo consideró en su alma el lugar hacia el cual dirigiría su destino y movido por el impulso suave de la gracia divina, iluminado por los dulcísimos rayos que el Amor Infinito esparcía en su corazón, eligió. Desdeñando la hermosura que pasa, la gloria que perece y esa felicidad incierta que se va con el tiempo y que la muerte siempre destroza, elevándose por encima de los placeres pasajeros y falaces de los sentidos y la imaginación, mediante un acto libre, eligió a la Iglesia como única esposa. La tomó como su herencia y se entregó a ella por entero. El subdiaconado fue el día de la pedida de mano, el Sacerdocio el de la unión total. Desde entonces caminan juntos por la vida. Participarán de la misma fortuna, sufrirán y gozarán juntos; el honor de uno será el honor de la otra; ya no pueden separarse.

¡Es tan bella la santa Iglesia que, con su juventud siempre renovada, desafía la sucesión de los siglos! ¡Es tan rica en tesoros celestiales! Hija de Dios, nacida de sangre divina, ¡es tan noble y tan grande! ¡Con cuánto amor debe amarla el sacerdote! ¡Con qué celo debe conservarla en su integridad! ¡Con qué santo ardor debe defenderla contra los enemigos perpetuamente aliados contra ella! ¡La Iglesia! ¡Debe ser la gran pasión del sacerdote! Para hacerla libre y feliz, para verla irradiar desde el centro de su espléndida unidad hacia la universalidad de las almas, debe estar dispuesto a afrontar todas las fatigas y abrazar todos los sacrificios.

Con sus dogmas tan ciertos, con sus enseñanzas tan luminosas, con su admirable jerarquía y con las maravillas de virtud, de pureza, de abnegación y de genio que produce desde hace veinte siglos, la Iglesia bien merece que el hombre se entregue a ella con la plenitud de su alma, con todo el impulso de su corazón. ¡Ella sabe restituir tan bien y mejorar lo que se le da! Sabe dilatar tan bien las inteligencias, elevar los espíritus, inflamar los corazones. Cuando toma a una criatura humana, sabe muy bien transformarla, perfeccionar sus cualidades, ampliar sus horizontes y desarrollar su poder de ser y de conocer. ¡Ella es, con Dios, la gran reformadora de la humanidad, la maravillosa transformadora de las almas, de las sociedades, de las naciones!

El sacerdote debe amar a esta esposa incomparable como la amó Jesús: en las fatigas, en las persecuciones, ¡hasta la santa locura del sacrificio y de la Cruz!

## AMOR DEL CORAZÓN DE JESÚS POR LAS ALMAS

¿Qué diremos del amor de Jesús por las almas? Este amor fue su vida, su razón de ser. Junto con el deseo apasionado por la gloria del Padre, fue la continua aspiración de su alma, el latido de su Corazón, el principio y fin de sus actos, de sus palabras, de todos sus pensamientos. Nació para las almas, murió por ellas y en los treinta y tres años transcurridos sobre la tierra, entre el pesebre y el sepulcro, ese amor, como un fuego devorador, no cesó un instante de consumir su alma.

¿Citaremos algún rasgo de la vida de Jesús, alguna palabra salida de su boca que pueda hacer comprender la ternura de su Corazón por las almas? ¡Habría que transcribir todo el Evangelio! ¿No es, acaso, este sagrado libro el poema del amor? ¿En esas sublimes páginas no vemos al Verbo divino voluntariamente descender de su trono de gloria, exiliado del cielo, humillado, envilecido, oculto bajo la miserable vestidura humana, pasar por la tierra como un mendigo? ¿No lo vemos entregado a los más penosos trabajos, soportar los mayores padecimientos y ofrecerse, por fin, a la muerte? ¡Y todo esto para conquistar el alma humana, para unirse a ella en un abrazo de amor!

Si nos acercamos a la Cruz, si desprendemos de sus ramas el fruto empurpurado que pende de ellas, si exprimimos este fruto divino, madurado con el sol del dolor, el amor sale a borbotones; ¡es todo amor! Es imposible contemplar a Jesucristo en la Cruz sin persuadirnos de su infinito amor por las almas.

¿No dijo que “nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos”<sup>182</sup>? Él tuvo este gran amor por las almas. Desde el principio dio su vida gota a gota, con plegarias continuas y trabajos prolongados; con los tres años de correrías apostólicas, predicaciones, privaciones y pruebas; con el continuo dolor que la multitud de los pecados del hombre imprimía en su alma.

Dio, en fin, esta vida toda pura, toda santa, con la total efusión de su sangre, comenzada en el Huerto de los Olivos en medio de las angustias de la agonía, continuada en el Pretorio con los golpes de la flagelación y las espinas de la corona, completada en el Calvario por los clavos de la crucifixión y culminada sobre la Cruz por la lanzada que nos abrió su Corazón.

Si no podemos mirar la Cruz sin creer en el amor, tampoco podemos acercarnos al Sagrario sin sentirnos sumergidos en sus olas vivificantes. El amor tiende invenciblemente a la unión. En el Corazón de Jesús, el deseo de unirse a las almas fue continuo, apremiante. Este deseo de unión parece haber sido el gran tormento del Maestro y para satisfacerlo, inventó medios siempre nuevos, sobrepasó todos los obstáculos, desplegó todo su poder divino.

Después de unirse al hombre con la conformidad de naturaleza, estrechó esta unión mediante una semejanza perfecta de vida, de ejercicios, de sentimientos y de estado. Quiso vivir en el alma humana con su gracia, pero esta unión no le bastó. Encontró en su sabiduría y obró con su potencia una unión íntima, real y hasta entonces inaudita; una unión por medio de la cual viene a vivir en nosotros espiritualmente, mediante la cual vivifica con su divina influencia todas las partes de nuestro ser: ¡la unión eucarística!

¡He aquí la obra maestra del amor! Más amante y sacrificado que un padre que alimenta a los hijos con el fruto de su trabajo; más tierno que una madre que les da su propia leche, Jesús se hace pan para nutrir de Sí mismo a su amada criatura. Penetra en nosotros y nos compenetra de Él. Con su divina sustancia vivifica la nuestra. Se incorpora a nosotros, se transforma en nosotros y nosotros nos transformamos en Él. ¡Oh, el inefable amor de Jesús por nuestras almas! ¡Por ellas, por cada una de ellas se sacrifica y se da, se agota y se anonada!

El amor a las almas reina en el corazón del sacerdote como en el Corazón de Jesús, porque estos dos corazones, unidos en el mismo amor, no forman más que un solo corazón. Ante todo, el sacerdote ama a las almas porque su Maestro las ha amado; quiere sacrificarse por ellas porque Jesús se ofreció en sacrificio por su salvación. La necesidad de imitar en todo a su adorable Modelo lo lleva con irresistible atracción hacia esas almas tan ardientemente amadas por Jesús.

Otros motivos lo mueven, además, para amarlas tiernamente: el sacerdote fue creado por amor, fue creado para las almas. Dios es amor; todo lo que sale de Él es amor; todos los seres que crea, son criaturas del amor. Mas el sacerdote es una creación de amor en forma completamente especial. Dios ha amado tanto a las almas

---

<sup>182</sup> Jn 15,13

que les dio su único Hijo, ¡el Verbo las ha amado tanto que se encarnó y sacrificó por ellas! Y cuando Jesús tuvo que volver a la gloria, Dios, en su amor, creó al sacerdote para las almas, para que hubiese siempre otros Jesús con ellas, para instruir las, consolar las, absolver las y amar las.

Por eso el sacerdote debe amar las tanto: él es lo que es, el privilegiado de Dios, otro Jesús, sólo para ellas, por causa de ellas. El sacerdote ha sido dado a las almas, y las almas se le entregan a él. De esta doble donación debe resultar en el corazón del sacerdote una abnegación, un celo, una ternura sin límites. Ama en las almas a la criatura de Dios, al objeto del amor apasionado de su Maestro, al don especial de la divina caridad. ¡Las almas son la razón de ser de las gracias, favores, privilegios que se le han concedido! ¡son la causa de su grandeza!

Las almas son de Dios, el sacerdote es de las almas. Para ellas, pues, sus fatigas, sudores, lágrimas y sangre; para ellas los esfuerzos de su inteligencia, los ardores de su voluntad; para ellas sus palabras, su pensamiento, la actividad de su vida; para ellas los primeros ardores de su juventud, las obras fuertes de su virilidad, los últimos trabajos y esfuerzos de su vejez.

Jesús amó a las almas y dio prueba de su amor sufriendo por ellas y uniéndose a ellas hasta el extremo de convertirse en su alimento. El sacerdote de Jesús sigue el ejemplo de su divino Maestro, entra en sus amorosas disposiciones, participa de sus sentimientos. Sufre por las almas, y en ocasiones muy dolorosamente, pero en las angustias de la procreación espiritual se alegra, ya que de esa forma da nuevos hijos a Dios. Se une a ellas dándose por completo, no viviendo sino para ellas, de modo que todo cuanto hay en él les sirva para su bien y su salvación.

Esta salvación eterna de las almas es el grande, el único pensamiento del sacerdote. Todo su gozo consiste en conquistar una más, para que ame a Jesús. Va siempre adelante en sus conquistas sublimes, con la mirada puesta en Dios. La santa pasión de las almas lo domina a tal punto que se olvida por completo de sí. Su felicidad, su mayor consuelo, consiste en deponer a los pies de su adorable Maestro el fruto de sus fatigas, los trofeos de amor sus victorias pacíficas. Abrir para el pecador el seno de la Misericordia, limpiar las imágenes de Dios del barro que las cubre y, con un trabajo incesante y retoques sucesivos, volver a darles la semejanza divina, ver formarse bajo su mano obras maestras de santidad; estas son las alegrías sagradas y la embriaguez divina que el amor de las almas reserva al sacerdote de Jesús.

\*.\*.\*.\*

Dice Bossuet hablando de la Santísima Virgen: “María es un Cristo comenzado”. El sacerdote es un Cristo continuado. Su vida es como una prolongación de la vida terrena de Jesús a través de los siglos; su palabra no es un eco más o menos sonoro de la palabra del Maestro: es la misma palabra de Jesús que pasa a través de su voz, ya que nuestro divino Salvador dijo a sus sacerdotes: “Quien a vosotros escucha, a Mí me escucha”<sup>183</sup>.

Si esto es así, si el sacerdote es otro Cristo, ¡de qué respeto debería estar rodeado! Encuentra aún este respeto y este honor debidos a su carácter sagrado en quienes han conservado una conciencia recta y la idea de las cosas elevadas. Pero con demasiada frecuencia se le insulta, y es para él un honor y una alegría esta semejanza con su divino Maestro.

No obstante, el sacerdote ¿se respeta a sí mismo siempre como debe? ¿Tiene idea cabal de su dignidad, de su grandeza? ¿Tiene conciencia de la adoración y el reconocimiento que debe a Dios, el amor e imitación que debe a Jesucristo, la edificación y la entrega que debe a sus hermanos? Jesucristo desea ardientemente ver a sus sacerdotes, -penetrados de la sublimidad de su carácter y al mismo tiempo, del sentimiento de la propia debilidad-, ir a su Corazón y reciban en esa divina hoguera la luz que ilumina y el calor que vivifica.

¡Sacerdotes de Jesús, acudid, pues, a las fuentes del Salvador! ¡Id a pegar vuestros labios a esa llaga de amor de donde mana la sangre de vuestros cálices! ¡Acercaos a esa hoguera de Amor Infinito, llenada de fuego vuestro pecho, colmada de amor y derramadlo en el mundo! Jesús trajo el fuego a la tierra, su deseo es en que se encienda y arda<sup>184</sup>; os corresponde a vosotros, sacerdotes de Jesucristo, atizar esas llamas divinas y abrasar el mundo de amor.

---

<sup>183</sup> Lc 10,16

<sup>184</sup> Lc 12,49

TERCERA PARTE

**El amor del Verbo encarnado por sus sacerdotes**

## CAPÍTULO I

### AMOR DE JESÚS POR LOS SACERDOTES ANTES DE SU NACIMIENTO

El Verbo divino –Dios de Dios, luz de luz, engendrado y no creado, engendrado por el Amor Infinito, Él también Amor, tan realmente Amor como verdaderamente Dios– en su Encarnación sigue siendo eso mismo que es. Y porque Jesucristo, Verbo encarnado, es Dios, también es el Amor.

La Humanidad santísima de Jesús, unida a este Amor, penetrada de Él y por Él animada, debe amar y ama: ama apasionadamente, ardientemente. Ama en el transcurso de su vida terrestre con plenitud y ardor tales que nada la puede igualar. Su Corazón tiene palpitaciones de amor que nuestros corazones nunca han experimentado.

Ahora que el Salvador está en la gloria, continúa amando. Amará en el inmenso espacio de los tiempos y como Jesús resucitado ya no muere, tampoco su Corazón puede cesar de amar. ¡Amará por toda la eternidad con amor indefectible, sin fin!

Este amor del Sagrado Corazón de Jesús que no tendrá fin, tuvo, sin embargo, un principio. El Verbo amó siempre, pero el Corazón humano de Jesús, formado en el tiempo, comenzó a latir cierto día; un día comenzó a amar.

Cuando vemos un gran río que se desliza majestuosamente con sus hermosas aguas, pensamos, como es natural, que esas ondas que se empujan y suceden irán por fin a perderse en el vasto mar, en ese océano inmenso con el cual se confundirán. Pero también, en ocasiones, nuestra mente se dirige hacia la fuente de donde ha salido el río de aguas caudalosas y con gusto remontamos su curso, en busca del lugar, de ordinario solitario y oculto, donde brotaron las primeras gotas de sus aguas. Asimismo, al meditar en el Amor Infinito del Corazón de Jesús, no nos conformamos con considerarlo tan solo en su eterna duración, sino que encontramos también un gozo dulcísimo en investigar el principio de ese Amor y en elevarnos hasta los primeros latidos de este Corazón Sagrado.

En la Encarnación, el Verbo descendió para reparar la gloria del Padre celestial y para rescatar a la humanidad del pecado y de la muerte. Los primeros latidos del Corazón humano de Jesús fueron, sin duda alguna, por su divino Padre, por la Virgen Inmaculada que le daba lo mejor de su sangre y su propia carne, y por el hombre culpable a quien venía a salvar. Mas, junto a estos tres grandes amores, vemos nacer en este adorable Corazón otra inclinación, una tierna predilección, un poderoso afecto que dominará por completo su vida y del que no cesará nunca de dar pruebas.

Recién concebido en el seno virginal de María, inspira a su Madre que vaya aprisa a las montañas de Judea y entre en casa del sacerdote Zacarías. Siente premura en comunicar a Juan, oculto aún en el seno materno, una pureza sin mancha y la santidad más sublime. ¿Quién es, pues, este niño que lo atrae con tanta intensidad y a quien previene con favores tan llenos de ternura? ¿Qué clase de amor es éste, tan ardiente, que el Corazón de Jesús no puede contener y que quiere derramar con liberalidad del todo divina?

Es el amor de Jesús a sus sacerdotes, a ese Sacerdocios cuya cabeza es Él mismo, Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, Sacerdote único en el cual y sólo por el cual todos los demás sacerdotes tienen poder y dignidad. Jesús ama con amor de predilección a quienes hace partícipes de su Sacerdocios... Los ama, y su Corazón, palpitante de amor, reconoce en el hijo de Isabel el eslabón misterioso que debe unir el Sacerdocios antiguo, a punto de desaparecer, con el nuevo Sacerdocios que Él va a fundar. Gracias a Juan, la cadena sacerdotal no se interrumpirá. Por su intermedio, el retoño vigoroso que pronto brotará en el viejo tronco abatido de Aarón, podrá absorber la savia de un glorioso pasado, en tanto que los ardores del Espíritu de Amor y el divino torrente de la sangre de Jesús le harán producir flores admirables y exquisitos frutos. He aquí la atracción de amor que conduce al Verbo encarnado hacia el hijo de Zacarías e Isabel.

Pero se dirá, tal vez, que Juan no fue sacerdote. No sucedió a su padre en las santas ceremonias del culto. No se le vio en el Templo para ofrecer incienso en la hora de los perfumes, ni sacrificar carneros sobre el ara. Nunca gustó la carne de las víctimas figurativas inmoladas a Jehová. No ejerció tampoco los ministerios del Sacerdocios cristiano: no tomó parte en la Cena del Señor, no consagró el cáliz de la sangre de Jesús, no administró los sacramentos vivificantes de la Nueva Alianza. Todo eso es cierto, y sin embargo, Juan fue

sacerdote; pero como debía servir de eslabón entre dos Sacerdocios, convenía que no perteneciera completamente ni al uno ni al otro, y que en cambio, participara de ambos.

El Evangelista parece complacerse en hacer resaltar el carácter sacerdotal de Juan cuando hace notar, en la primera página de su libro que no sólo Zacarías, sino también Isabel, pertenecían a la estirpe de Aarón. El anuncio de la próxima concepción de Juan se le comunica a su padre en el Templo, en el lugar reservado a los sacerdotes, mientras Zacarías se encuentra en el ejercicio exclusivo de su Sacerdocio, ofreciendo al Señor el sacrificio de los perfumes. Juan viene al mundo. Muy pronto se retira al desierto y allí crece separado del resto de los hombres, instruido por el mismo Dios.

Juan es sacerdote. El desierto es el templo en donde cumple las funciones de su ministerio. Allí, bajo la espléndida bóveda del cielo oriental, hace subir hacia Dios el incienso de su adoración y los armoniosos cantos de su amor; allí ofrece una víctima, sin duda más perfecta que las de la Antigua Ley, y con todo, no tan excelente como la divina Víctima de la Nueva, porque esta víctima es él mismo; él mismo que se inmolaba, víctima cruenta e incruenta a la vez, mediante el cuchillo de una austeridad aterradora.

Juan es sacerdote. Anuncia la buena nueva, predica la penitencia, muestra el Salvador a las almas, instruye, ilumina, corrige, igual que los sacerdotes del Sacerdocio cristiano. ¡Juan, qué hermosa figura de sacerdote! Tan libre de las ligaduras de la tierra, tan puro de costumbres, tan ardiente por la verdad, tan celoso por las almas y tan fuerte para detener del mal. En su enseñanza se sentía aún el rigor de la ley del temor, no penetrado todavía de la benignidad de Jesús. Pero ¡qué humilde y olvidado de sí mismo, qué respetuoso y tierno con Jesús!

Juan era el precursor de Cristo. ¿Los sacerdotes no están todos llamados a ser como él, precursores de Jesús? ¿Y el “*Ecce Agnus Dei*” que repiten desde hace más de diecinueve siglos, al presentar la Hostia divina no es un eco fiel de las palabras del Bautista?<sup>185</sup>

Por tanto, fue el profundo y ardiente amor de Jesús por sus sacerdotes el que lo condujo a Juan y lo llevó a derramar el torrente de sus gracias en el alma del precursor. Al purificarlo, santificarlo y llenarlo de alegría desde el seno materno, purificaba de antemano, separaba y elevaba a su Sacerdocio por encima del resto de la humanidad. Y más adelante, cuando pedía a Juan el bautismo en las riberas del Jordán y se inclinaba bajo su mano, lo hacía, es cierto, para asumir la forma del pecador y hacerse semejante a nosotros, pero también para rendir homenaje a su Sacerdocio. Preludiaba así esa dependencia adorable que debía tener de sus sacerdotes y esa obediencia de amor para con ellos, poniéndose entre sus manos y entregándose a su voluntad.

Jesús da a sus sacerdotes las primicias de su amor en la persona de Juan. ¡Oh, sacerdotes de Jesús, qué consuelo os debe dar el pensamiento de que los primeros latidos de su Sagrado Corazón fueron para vosotros! ¡Sois los que Él amaba ya en su precursor, los que prevenía con sus gracias, los que dotaba de sus dones más preciosos! Pero también, ¡qué agujijón para animaros a amar e induciros a dar a este adorable Maestro los primeros ardores de vuestra juventud, los primeros latidos de amor de vuestros corazones!

---

<sup>185</sup> Cf. Jn 1,29

## CAPÍTULO II

### AMOR DE JESÚS POR LOS SACERDOTES EN SU VIDA OCULTA Y EN SU VIDA PÚBLICA

Jesús amó a sus sacerdotes desde los albores de su existencia, desde ese instante en el cual se formaron en María los primeros rasgos de su humanidad. Y así como el vaso se impregna más y más y conserva durante más tiempo el perfume del primer licor que el de todos los que lo llenan después, el Corazón de Jesús, al estar lleno desde un primer momento del amor por sus sacerdotes, por su Sacerdocio, se impregnó casi más íntima y profundamente de él que de todos los demás amores. Durante toda su vida dejó entrever esta tierna inclinación, dejó escapar de sus labios amorosas palabras y no cesó de mostrar el respeto y amor que tenía por su Sacerdocio.

Un solo rasgo nos ha llegado de los largos años de su vida oculta en Nazaret. A los doce años de edad, habiendo ido a Jerusalén para las fiestas, permaneció en la ciudad santa sin que lo supieran María y de José, que lo encuentran sólo después de tres angustiosos días de búsqueda. Jesús se quedó en el Templo y allí lo encontraron, no en adoración ante el Arca santa, no postrado ante el altar, en donde el fuego consume las víctimas, sino con los doctores y sacerdotes, escuchándoles y haciéndoles preguntas<sup>186</sup>.

Más tarde, en los días de su vida pública, ¡que respeto demuestra por el Sacerdocio! Cierta día cura a un leproso: “Ve –le dice–, preséntate a los sacerdotes”<sup>187</sup>. Como si añadiera: ríndeles homenaje, reconóceles autoridad y cumple su voluntad. Obligado, para iluminar al pueblo, a repudiar los vicios y la degradación personal del Sacerdocio judaico, tan grande en un tiempo y entonces tan decaído, el divino Maestro no deja de poner de manifiesto la dignidad sacerdotal y de proclamar a sacerdotes y doctores como dispensadores de la verdad y maestros de las almas. Ellos “están sentados en la cátedra de Moisés. Haced y cumplid todo lo que os digan, pero no hagáis lo que ellos hacen”<sup>188</sup>.

El Evangelista, inspirado por el espíritu de Jesús, al hacer referencia a las palabras de Caifás, “conviene que muera un solo hombre por el pueblo”<sup>189</sup>, nos hace ver la grandeza del carácter sacerdotal y de los privilegios que confiere: “Por ser sumo sacerdote aquel año, habló proféticamente”<sup>190</sup>, dice el Evangelio. A pesar de su indignidad, a pesar de los sentimientos de odio y de vil envidia de que estaba animado, por el solo hecho de ser sumo sacerdote recibió de Dios el don de profecía. Con esas pocas palabras, acaso sin saberlo, reveló la maravillosa economía del misterio de la Redención. Sí, aun cuando el sacerdote haya caído, aun cuando el pecado lo envilezca y contamine, es necesario, no obstante, respetar su dignidad. Dios la respeta, también cuando la ve rebajada y envilecida en un Caifás.

En las últimas horas de su vida, Jesús también respeta a ese Sacerdocio antiguo cuyas bases se tambalean. Se muestra deferente y respetuoso hacia quienes se han transformado en sus jueces. De pie, ante el sumo sacerdote, lo escucha y le responde. Sus palabras graves y medidas y su porte humilde y modesto son suficiente testimonio de que ve en quienes le condenan una autoridad superior. De sus divinos labios no sale ni una palabra de reconvencción. Se deja golpear, se inclina, perdona.

¡Qué bien sabe instruir a los fieles este Maestro adorable! ¡Qué bien sabe demostrarles hasta dónde deben llevar su respeto por el carácter sacerdotal! El sacerdote tiene debilidades, es hombre. Arrojemos un velo sobre las humanas miserias, elevémonos más. Veamos las grandezas divinas ocultas en la bajeza y la nada, veamos la acción de Jesús oculta entre las sombras humanas. Y aunque la decadencia sea total, respetemos todavía al sacerdote. ¿Es una ruina? Lloremos sobre esos restos dispersos, lloremos sobre ese templo que Dios se había reservado para morada, sobre ese templo consagrado por una unción sagrada y que ahora, profanado y abatido, sirve de refugio a las fieras. Lloremos y recemos.

---

<sup>186</sup> Cf. Lc 2,46

<sup>187</sup> Mt 8,4; Lc 5,14; Mc 1,44

<sup>188</sup> Mt 23,2-3

<sup>189</sup> Jn 18,14; Jn 11,50

<sup>190</sup> Jn 11,51

Si Jesús respetó al Sacerdoció hebraico, ¡cuánto más amó al Sacerdoció cristiano! Él mismo lo eligió y le enseñó. Lo formó con sus propias manos. Es su obra preferida, la obra de su Corazón.

Sigámoslo paso a paso durante los tres años de su vida pública: lo veremos incesantemente ocupado en la formación, instrucción y perfeccionamiento de sus sacerdotes. Es Él quien los elige y los llama en su seguimiento. Su mirada dulce y profunda, esa mirada que penetra hasta la intimidad de las almas, se fija en ellos. Con su divina presciencia ve de qué serán capaces, y, a pesar de sus debilidades y de su miseria actual, los eleva hasta Sí. Algunos llamados por Él se retirarán después de haberle seguido; otros sentirán desde un principio que su valor se debilitará frente a los sacrificios que impone esta vocación divina. El Corazón de Jesús sufrirá por esas deserciones y por esas cobardías y dirigiéndose a los que han permanecido fieles, les dirá: “¿También vosotros queréis marcharos?”<sup>191</sup>

Después de haber hecho príncipes de su Iglesia a los Doce, separa todavía setenta y dos de entre los más fieles y fervorosos de la multitud de sus discípulos, a los que destina al Sacerdoció. Les da directivas, abre los tesoros celestiales para adornar a esos nuevos apóstoles con admirables dones y privilegios divinos<sup>192</sup>. Más tarde los envía de dos en dos para anunciar la salvación a toda criatura<sup>193</sup>.

Cuando regresan de sus correrías apostólicas, con qué ternura los recibe, con qué maternal solicitud los invita al descanso: “Venid y descansad un poco”<sup>194</sup>.

Habla a la multitud en parábolas, velando el esplendor de las verdades divinas con la sombra de las imágenes, para no deslumbrar sus débiles miradas. Pero cuando sus discípulos le piden, en particular, cualquier explicación, con qué afectuosa dulzura responde a sus interrogantes: “A vosotros se os han dado a conocer los secretos del reino de los cielos”<sup>195</sup>. Si los ve atemorizados ante la grandeza de alguno de sus prodigios, les dice: “¡Ánimo, soy Yo, no tengáis miedo!”<sup>196</sup>

El divino Maestro siempre les dirige palabras suaves y con adorable bondad les aclara las dudas y les resuelve las dificultades. Atento a sus más ínfimas necesidades, busca las ocasiones de instruirlos, formándolos con dulzura en aquellas virtudes sacerdotales de las que Él mismo es modelo perfecto.

---

<sup>191</sup> Jn 6,68

<sup>192</sup> Cf. Lc 9,1; Mt 10,1

<sup>193</sup> Cf. Lc 10,1

<sup>194</sup> Mc 6,31

<sup>195</sup> Mt 13,11

<sup>196</sup> Mt 14,27

### CAPÍTULO III

#### AMOR DE JESÚS POR LOS SACERDOTES EN LAS ÚLTIMAS HORAS DE SU VIDA

En las últimas horas de su vida mortal, Jesús hace aún más visible su amor por sus sacerdotes. En el discurso de la Cena que nos ha conservado Juan, el confidente del divino Corazón, la ternura del Maestro desborda en cada palabra; son las expansiones íntimas de su Corazón, las adorables efusiones de su amor.

“Ardientemente he deseado –dice– comer esta Pascua con vosotros antes de padecer”<sup>197</sup>. Ardía en deseos de hacerlos partícipes de su Sacerdocio sagrado y marcarlos con ese carácter divino que los eleva sobre las jerarquías angélicas. Tenía prisa por ponerse en sus manos bajo la forma eucarística, por abandonarse enteramente a ellos y depender de ellos. Como un artista impaciente por ver surgir de sus manos la obra maestra que ideara, Jesús apresuraba con el deseo el momento de ver formada la obra ideada por su Corazón: el Sacerdocio católico.

“He deseado ardientemente...” ¡Ardiente aspiración del Corazón de Jesús hacia sus sacerdotes! Ha deseado ardientemente celebrar *esa Pascua*... Ya varias veces la había celebrado con sus discípulos, pero no era *esa Pascua* durante la cual debía instituir su Sacerdocio. Preside la cena como un padre en medio de sus hijos, luego se levanta y con humildad que asombra, se arrodilla ante sus discípulos, les presta el servicio de los esclavos lavándoles los pies y secándoselos dulcemente. Para disminuir en cierto modo la distancia que los separa de Él, para animarlos y hacerlos –aun ante ellos mismos– menos indignos de su divina bondad, les dice: “Vosotros estáis limpios”<sup>198</sup>. Más aún, los eleva hasta Sí, los iguala a Sí y hasta les asegura que “quien reciba a aquel que Él ha enviado, le recibe a Él mismo”<sup>199</sup>.

La bondad de Jesús no llega tan solo a los discípulos limpios, sino que se extiende hasta el discípulo infiel. Trata de conmover el corazón del traidor con advertencias llenas de dulzura y con palabras afectuosas. Se esfuerza, por lo menos, por derramar en su corazón la fe y la confianza que aun después de su delito podrían hacerle volver al buen camino.

Ha llegado el momento solemne. El Amor Infinito está a punto de producir una obra maestra; la Sabiduría Infinita y el Supremo Poder cooperan en ella. ¡Será el don por excelencia de la Caridad divina, será la Eucaristía! Dios con nosotros, Dios en nosotros; Jesucristo, Dios y Hombre, unido espíritu con espíritu, corazón con corazón, cuerpo con cuerpo al hombre rescatado y purificado: “Tomad y comed –dice el Salvador– tomad y bebed todos de él”<sup>200</sup>.

Pero el esfuerzo del Amor no ha terminado aún. Jesús no estará allí siempre en forma humana y palpable para obrar el prodigio. Es preciso que otros hombres, revestidos de su poder, le sucedan y renueven en el transcurso de los siglos la misteriosa transubstanciación que Él acaba de realizar. Entonces hace brotar de su Corazón el Sacerdocio. Los privilegiados que rodean a Jesús en ese momento, reciben ese carácter sagrado e indeleble que los hace eternamente sacerdotes y que los elegidos del Amor llevarán de generación en generación para gloria de Dios y salvación del mundo.

En cuanto los Apóstoles son revestidos del carácter sacerdotal, Jesús siente aumentar su amor por ellos. Ya no puede contenerlo dentro de Sí. Necesita testimoniarlo: “Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas –les dice–, y Yo preparo para vosotros el reino como me lo preparó mi Padre a Mí”<sup>201</sup>. Tierno y cariñoso como una madre, los llama sus “hijitos”. No quiere que se abandonen a la tristeza: “No se turbe vuestro corazón. Me voy a prepararos un lugar... Volveré y os llevaré conmigo”<sup>202</sup>. “Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador... No os dejaré huérfanos. Volveré a vosotros”<sup>203</sup>. “Y el que me ama, será

---

<sup>197</sup> Lc 22,15

<sup>198</sup> Jn 13,10

<sup>199</sup> Cf. Mt 10,40

<sup>200</sup> Mt 26,26-27

<sup>201</sup> Lc 22,28-29

<sup>202</sup> Jn 14,1.3

<sup>203</sup> Jn 14,16.18

amado por mi Padre<sup>204</sup>. Luego, mediante el símil de la vid y los sarmientos<sup>205</sup>, los instruye acerca de esa misteriosa unión que la comunidad de un mismo Sacerdocio establece entre ellos y Él. Los estimula a estrechar cada vez más esa unión, unión indispensable, sin la cual no podrían dar fruto: “Mi Padre queda glorificado en que vosotros llevéis mucho fruto; con esto seréis mis discípulos. Como mi Padre me ha amado, así os he amado Yo. Perseverad en mi amor<sup>206</sup>”.

Juan el Bautista se había dado el dulce título de amigo del esposo<sup>207</sup>. Jesús lo había aprobado y cierto día, al responder a los discípulos del Precursor, Él mismo lo empleó con infinita gracia para calificar a sus apóstoles: “¿Acaso pueden los amigos de esposo ayunar y hacer duelo mientras el esposo está con ellos?”<sup>208</sup>

Pero en esta última noche, el divino Maestro, tomando otra vez ese nombre, se lo da solemnemente a sus sacerdotes, como nombre que les corresponde: “Vosotros sois mis amigos, ya no os llamo siervos, sino amigos<sup>209</sup>”. ¿Puede haber algo más tierno y más dulce que este título de amigo? Es el nombre particular del objeto amado, del objeto preferido del amor. Un padre, un hermano y aun un esposo pueden no ser amados; pero un amigo, no. Es amigo precisamente porque es amado y si dejara de serlo, dejaría también de llamarse amigo.

El sacerdote es, por lo tanto, el amigo particular de Jesús. El Maestro lo ha distinguido y llamado a su divina amistad de entre la multitud predilecta de los cristianos. Por eso Él mismo dice a sus Apóstoles: “Soy Yo quien os he elegido y os he destinado...”<sup>210</sup> Y agrega: “Yo os he escogido sacándoos del mundo<sup>211</sup>”. Sí, Jesús separa al sacerdote de la multitud, pero para elevarlo más, para gratificarlo con mayor largueza y para unirlo más íntimamente a Él.

En fin, para completar los testimonios de su divina ternura hacia los Apóstoles y levantar su ánimo, les da la seguridad del amor de su Padre celestial: “El Padre mismo os ama, porque vosotros me queréis<sup>212</sup>”. “Os he hablado de esto, para que encontréis la paz en Mí. En el mundo tendréis luchas, pero tened valor: Yo he vencido al mundo<sup>213</sup>”.

Y brota de su Corazón una ardiente plegaria. Con la mirada dirigida hacia el cielo y las manos alzadas, Jesús recomienda a su Padre el Sacerdocio que acaba de instituir. Sabe que pronto saldrá de este mundo y ya no estará visiblemente en medio de sus Apóstoles para sostenerlos y consolarlos. Sabe además que son débiles y que en medio del mundo, al que los manda como ovejas entre lobos, estarán expuestos a innumerables dolores y peligros<sup>214</sup>. Por eso, en esa hora suprema en que Él, divino Redentor, está en cierto modo a punto de renunciar a su divinidad y a su infinito poder, para no ser más que la víctima expiatoria, siente la necesidad de confiar a su divino Padre los intereses tan queridos a su Corazón: “Por ellos ruego...”<sup>215</sup>

Más adelante rogará por los fieles, por los que creerán en Él por su palabra<sup>216</sup>. Pero ahora sólo piensa en sus sacerdotes: “No ruego por el mundo, sino por estos que me diste<sup>217</sup>”. Pide para ellos la perfecta unión de corazones y voluntades, tan necesaria para conseguir hacer el bien; esa unidad de miras y de acción que es de por sí una fuerza y que debe permitir a la Iglesia atravesar sin contaminarse, el oleaje del mal y la tempestad de las persecuciones: “Que sean uno como nosotros somos uno<sup>218</sup>”.

Y finalmente, después de haber repetido varias veces que sus sacerdotes no son del mundo –demostrando a las claras con esta insistencia que si deben vivir en medio del mundo no deben contagiarse de su espíritu ni conformarse a sus costumbres–, Jesús, el Maestro divino, termina con palabras de exquisita humildad y vigilante ternura: “Y por ellos Yo me santifico a Mí mismo, para que también ellos también sean santificados en la verdad<sup>219</sup>”.

---

<sup>204</sup> Jn 14,21

<sup>205</sup> Jn 15,5

<sup>206</sup> Jn 14,8-9

<sup>207</sup> Jn 3,29

<sup>208</sup> Lc 5,34

<sup>209</sup> Jn 15,14-15

<sup>210</sup> Jn 15,16

<sup>211</sup> Jn 15,19

<sup>212</sup> Jn 16,27

<sup>213</sup> Jn 16,33

<sup>214</sup> Cf. Lc 10,3

<sup>215</sup> Jn 17,9

<sup>216</sup> Jn 17,20

<sup>217</sup> Jn 17,9

<sup>218</sup> Jn 17,22

<sup>219</sup> Jn 17,19

Cuando una madre quiere enseñar a su hijo a caminar, da ella misma pequeños pasos ante él para indicarle cómo debe hacer, y cuando más tarde le enseña a leer, deletrea ella también, en forma infantil, las primeras palabras del libro. Jesús, que quiere que sus sacerdotes sean santos, se santifica en las debilidades y necesidades humanas. Los quiere completamente semejantes a Él y comienza por hacerse en todo semejante a ellos. Practica por ellos todas las virtudes. Y así, Él, el infinitamente puro, se sujeta a las prudentes reservas que pide la custodia de la castidad; o se deja invadir en alguna ocasión por la tristeza a fin de enseñarles a vencer las tentaciones similares. Se santifica a Sí mismo para servirles de modelo y para ser el ejemplar eterno del sacerdote católico, el modelo acabado de la perfección sacerdotal.

Las horas han pasado rápidamente en estas expansiones íntimas, en las que el Corazón de Jesús se muestra tan tierno para con sus discípulos, las horas transcurren con rapidez. La dolorosa agonía viene a destrozarse ese Corazón sagrado... Sin embargo, Jesús se levanta y se dirige valerosamente hacia la cohorte que se acerca para capturarlo... Judas le da el beso de la traición. Jesús podría fulminar con la mirada al discípulo infiel, llenarlo de justos reproches o despreciarlo con un frío silencio; no hace nada de eso. Ve en la frente del traidor el sagrado carácter sacerdotal. Aún lo respeta, aún ama a esa alma que tanto había elevado y que ve ahora precipitada tan abajo, y le dice: “Amigo, ¿a qué vienes?”<sup>220</sup>

Pocos instantes después, en el momento en que está a punto de abandonarse a sus enemigos, el divino Maestro dirige nuevamente su Corazón a los queridos discípulos. Acepta, quiere para Sí la prisión y las cadenas, pero desea para ellos la paz y la libertad: “Si me buscáis a Mí –dice al jefe de la cohorte-, dejad marchar a éstos”<sup>221</sup>.

Jesús agonizante en la Cruz entre horribles padecimientos, al pensar en sus Apóstoles, en sus sacerdotes, a quienes había colmado de tantos beneficios, debió tener el Corazón lleno de inmensa amargura. Pedro, constituido cabeza y pontífice del Sacerdocio, lo había negado tres veces diciendo con desprecio: “No conozco a ese hombre”<sup>222</sup>. Judas, a quien demostrara particular confianza, lo había traicionado y vendido, y ahora, rechazando la misericordia, se abandonaba a la desesperación y a la muerte. Con excepción de Juan, a quien veía fielmente al pie del patíbulo, todos lo habían abandonado vilmente, lo habían dejado sin defensa ni socorro, en manos de los verdugos... Y Él permanecía solo en su dolor inenarrable... completamente solo... ¡pero con su invencible amor y su Corazón lleno de perdón!

---

<sup>220</sup> Mt 26,50

<sup>221</sup> Jn 18,8

<sup>222</sup> Mt 26,70.72.74

## CAPÍTULO IV

### AMOR DE JESÚS POR SUS SACERDOTES DESPUÉS DE LA RESURRECCIÓN

Durante algunas horas, la muerte podía enfriar el Corazón amantísimo de Jesús e impedir sus palpitations. Mas no bien haya surgido la radiante aurora de la resurrección, no bien la vida haya entrado triunfante en la santa Humanidad del Salvador, el Amor hará palpar nuevamente ese Sagrado Corazón, y el primer amor que surgirá será el amor por el Sacerdocio.

Las primeras palabras de Jesús a Magdalena, después de darse a conocer, son para sus sacerdotes: “Ve a mis hermanos y diles: Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”<sup>223</sup>. *¡Mis hermanos!* No le dice: ve a decir a mis discípulos, a mis apóstoles. Estas palabras son demasiado frías para satisfacer a su Corazón. “Id a comunicar a mis hermanos...”<sup>224</sup>, repite a las santa mujeres. La traición, las ingraticudes, las vilezas de los días anteriores, todo está olvidado... ¡Oh! ¿quién podrá comprender ese amor de Jesús por el Sacerdocio?

Los cuarenta días que el Salvador pasará en la tierra después de la resurrección, los empleará por entero en la formación definitiva de la Iglesia y en la instrucción de sus sacerdotes. Primero se daba al pueblo, lo instruía, lo consolaba, sanaba a sus enfermos y acariciaba a los niños. Se daba todo a todos. Ahora parece haber recobrado la vida sólo para consagrarla a sus apóstoles. Sus palabras, milagros, bendiciones, serán únicamente para ellos. Los investirá de su poder y les otorgará tan grandes privilegios que ninguna criatura jamás podrá compararse con ellos. Los elevará tan alto que los reyes de la tierra se postrarán ante ellos, y los principados del cielo podrán tenerles envidia. Los revestirá a la tal punto de Sí mismo y vivirá en ellos de tal manera que realizarán las obras realizadas por Él y aún mayores<sup>225</sup>. ¿Se puede acaso concebir un amor más grande del que imagina y realiza una unión tan completa?

Después de haberse manifestado a las mujeres, cuyo humilde coraje y fiel devoción merecen esa amorosa preferencia, Jesús se aparece a Pedro<sup>226</sup>. Este discípulo, a pesar de su caída tan dolorosa para el Corazón del Maestro, es sin embargo el primero en recibir sus divinas bendiciones, porque él es la cabeza del nuevo Sacerdocio, el Pastor supremo del rebaño de Jesucristo.

En la tarde de ese mismo día, después de haber instruido y consolado a los dos discípulos camino de Emaús, y habérseles revelado por medio del misterio eucarístico, el divino Salvador se presenta en el Cenáculo y se aparece en medio de los Apóstoles reunidos. Su rostro está radiante y dulce, sus palabras llenas de alegría y de ternura: “¡Paz a vosotros! ¿Por qué os alarmáis?”<sup>227</sup> Les muestra las manos y los pies horadados y con divina sencillez les pide algo de comer, para convencerles completamente de la realidad de su resurrección<sup>228</sup>. Y cuando la fe ha penetrado en sus almas, Jesús se inclina hacia ellos y con su divino aliento les comunica el Espíritu vivificador<sup>229</sup>.

En los días de la Creación, habiendo Dios formado al hombre con el barro de la tierra, lo había vivificado con su soplo<sup>230</sup> y había dado la inmortalidad a su alma. En los días de la Redención, ese mismo soplo omnipotente, al salir de los labios de Jesús, da a los sacerdotes el maravilloso poder de vivificar las almas y resucitarlas de la muerte del pecado: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados, a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”<sup>231</sup>. Divino privilegio que da a los sacerdotes una especie de participación en el poder creador de Dios.

---

<sup>223</sup> Jn 20,17

<sup>224</sup> Mt 28,10

<sup>225</sup> Cf. Jn 14,12

<sup>226</sup> Cf. Lc 24,34

<sup>227</sup> Lc 24,36-38

<sup>228</sup> Cf. Lc 24,39-41

<sup>229</sup> Cf. Jn 20,22-23

<sup>230</sup> Cf. Gen 2,7

<sup>231</sup> Jn 20,22-23

Ocho días después, Jesús vuelve a aparecerse en el Cenáculo. Por una condescendencia de amor, viene a satisfacer el deseo del discípulo obstinado e incrédulo: “Tomás –le dice dulcemente-, ven, mete tu dedo en la llaga de mi costado y no seas incrédulo sino creyente”<sup>232</sup>. “Mete tu mano en mi Corazón, parece querer decirle el Maestro, y escucha sus latidos de amor”. En este rasgo de infinita bondad, ¿podía Tomás dejar de reconocer el Corazón de su Señor y de su Dios?

Cierto día, los Apóstoles, urgidos por la necesidad, habían vuelto a tomar la barca y las redes y habían salido de pesca en el hermoso lago de Tiberíades, tan a menudo testigo de los milagros de Jesús. Después de una larga noche de infructuosa labor, llegó la mañana. Y con los primeros fulgores de la aurora, alguien apareció en la orilla: ¡es el Maestro, el Cristo tan amado! Su voz dulce y grave resuena sobre las olas, en el silencio de la naturaleza aún adormecida: “Hijos míos –dice- ¿no tenéis nada que comer?”<sup>233</sup> ¡Qué bueno es también en esta ocasión el adorable Maestro, qué paternal! “¡Hijos míos!” Y cuando los Apóstoles llegan a la orilla con las redes milagrosamente repletas, encuentran el fuego encendido, la comida preparada y a Jesús que, como si fuera el más pequeño de ellos, lo dispone todo y se rebaja hasta servirlos Él mismo.

Al terminar de comer, Jesús se acerca a Pedro. ¿Será tal vez para reprocharle sus caídas reiteradas? ¿Será para retirarle el primado y dárselo a uno más digno y más fiel? ¿Será, al menos, para probarlo una vez más y hacerle ver su debilidad? No, sin duda. Su Corazón es demasiado delicado para hacer aunque no sea más que una alusión al pasado. Con incomparable ternura le dice: “Simón, ¿me amas más que estos?” “¡Sí, Señor, Tú sabes que te quiero!” “¡Apacienta mis corderos!”<sup>234</sup>, es decir, gobierna a mis fieles, sé su cabeza y su padre, aliméntalos con tu solicitud y tus fatigas. Y Jesús vuelve a decir: “Simón, ¿me amas?” “Sí, Señor”. “¡Apacienta mis corderos!” Sé como una madre para con mis fieles, llévalos en tu corazón, nútrelos con tu propia sustancia, da tu vida por ellos. Y de nuevo pregunta Jesús: “Simón, ¿me quieres?” ¿Dos protestas no le han parecido suficientes al Maestro para convencerse del amor de su discípulo? Sin duda, lo han sido y por eso ha confiado a Pedro el cuidado de regir a los fieles. Pero Jesús quiere dar más a su apóstol. Quiere confiarle la porción de su grey más querida para su Corazón y por ello exige un amor más grande y más fuerte.

Pedro, entristecido por esta insistencia inexplicable, responde: “Señor, Tú conoces todo, Tú sabes que te quiero”. Esta respuesta no es tan solo un acto de amor como las dos primeras, sino que además es un firme acto de fe en la divinidad de Jesús: “Tú conoces todo”, y de absoluta confianza en su Corazón: “¡Tú sabes que te amo!” Era lo que Jesús esperaba. Dice a Pedro: “¡Apacienta mis ovejas!”. Sé la cabeza, el pastor, el padre de mi Sacerdocio, conduce a mis sacerdotes a los campos de la verdad. Presta tus cuidados más vigilantes a estas ovejas tan tiernamente amadas, haz que sean fuertes y fecundas, para que por medio de ellas se acreciente mi grey.

Jesús había dicho a sus Apóstoles que se reunieran en una montaña de Galilea y que congregaran en torno de ellos a muchos discípulos. Cuando están todos reunidos, se les aparece. Esta vez el Maestro no se contenta con la dulce intimidad de los Once. Se va a realizar un gran acto, y quiere que una multitud de fieles sea testigo de lo que va a hacer y pueda contar a las futuras generaciones la inmensa liberalidad y los inauditos dones de gracia y amor que está a punto de derramar sobre sus sacerdotes. Todos, postrados ante Él, lo han adorado. Pero Él no se dirige a la multitud respetuosa y recogida que lo contempla. Llama junto a Sí a sus Apóstoles, sus sacerdotes, y en presencia de aquellos quinientos testigos, los reviste de su propio poder y les confiere los más insignes privilegios.

Con esa soberana autoridad que le es propia, con esa majestad dulce y grave que lo circunda siempre, el Maestro pronuncia estas divinas palabras: “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado”<sup>235</sup>.

Se me ha dado todo poder y Yo os asocio a este poder. Todo lo que Yo he hecho, lo haréis también vosotros; os entrego mis poderes. ¡Id, pues!, no ya como hombres débiles e impotentes, sino como otros Cristos, como enviados de Dios. Id por toda la tierra y enseñad a todas las naciones. Disipad las tinieblas de la ignorancia; derramad la verdad en las inteligencias; sed los maestros del mundo y los instructores de las almas. Sed sacerdotes, ministros del Dios vivo. Actuando en nombre de la Trinidad, purificad las almas, transformadlas, elevadlas hasta el cielo por el poder del Padre, por la sabiduría del Hijo, por la caridad ardiente del Espíritu Santo. Todos aquellos que crean en vuestra palabra, todos los que se sometan a vuestra autoridad, serán salvos; los que rechacen vuestras enseñanzas, se condenarán.

---

<sup>232</sup> Cf. Jn 20,27

<sup>233</sup> Cf. Jn 21,5

<sup>234</sup> Jn 21,15-17

<sup>235</sup> Mt 28,18-20

Y Jesús termina con estas sublimes palabras: “¡Y sabed que Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos!”<sup>236</sup>. En ese momento no se dirige a la multitud; no quiere referirse, pues, a esa unión que debe existir entre Él y todos los cristianos por medio de la gracia. Tampoco se trata de esa unión general que produce su presencia eucarística, puesto que todos se pueden acercar al Sagrario y todos los fieles en gracia pueden alimentarse con la Hostia divina. En ese momento, Jesús se refiere a una gracia de unión particular con los sacerdotes. Gracia muy especial, que une tan íntimamente al sacerdote con Jesús que no forman sino un solo sacerdote; unión tan estrecha que la palabra del sacerdote es la palabra de Cristo: “Quien a vosotros escucha, a Mí me escucha”<sup>237</sup>, y que deshonrar a Cristo es deshonrar al sacerdote: “Quien a vosotros rechaza, a Mí me rechaza”<sup>238</sup>. Unión de amor por la cual Jesús no sólo atrae hacia Sí al sacerdote, sino que penetra en él y vive en él hasta hacer de él otro Sí mismo; otro Jesús por el poder sobre las almas, por la luz en las almas, por la ternura por las almas.

Los cuarenta días establecidos por el Maestro tocan a su fin. Antes de ir a tomar posesión de su reino quiere manifestarse una vez más a sus Apóstoles. Se aparece en medio de ellos, en Jerusalén y esta vez, abandonando su habitual dulzura e indulgencia, les reconviene por la dureza de su corazón, la lentitud en creer en su resurrección, su orgullo y cobardía.

Es asimismo el amor por sus apóstoles el que le sugiere esta forma de hablar. Acaba de elevarlos a las grandezas más sublimes, acaba de hacerles dueños del mundo, dentro de poco les abrirá el entendimiento, dándoles la inteligencia de las Escrituras; muy pronto les serán comunicados otros dones admirables por virtud del Espíritu Santo. Se necesita un contrapeso para tantas gracias: es preciso que se convenzan de su debilidad y humana miseria, para no enorgullecerse ni exaltarse como dioses por los favores del Maestro.

Después de haberles descubierto el sentido oculto de los Libros santos, de haberles recordado lo que se había escrito de Él y que se había cumplido en Él, les dice: “Vosotros sois testigos de esto”<sup>239</sup>. “Permaneced en Jerusalén hasta que seáis revestidos de fuerza desde lo alto... Recibiréis la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén y en toda Judea y en Samaria, hasta los confines del mundo”<sup>240</sup>. Jesús da como confines del apostolado de sus sacerdotes, como límites de su benéfica y divinizadora acción tan solo los confines de la tierra.

Pronunciadas estas palabras, el divino Maestro sale con sus Apóstoles y los conduce al monte de los Olivos. Recorre con ellos una vez más el camino hecho cuarenta días antes, la noche de la Cena, donde les había hecho escuchar esas palabras desbordantes de ternura mencionadas más arriba. Atraviesa ese jardín de Getsemaní, testigo de su dolorosa agonía, y sube, sube más.

Llegado a la cima, Jesús se vuelve hacia sus discípulos. Los mira con esa mirada profunda, luminosa, que penetra las almas hasta lo más íntimo. Todo su Corazón tan ardiente, fiel, tiernamente bueno, pasa por esa mirada que dirige a sus apóstoles, postrados a sus pies. Eleva las manos para bendecir y, lentamente, como con pena de dejar a sus queridos discípulos, se eleva hacia el cielo puro, iluminado por un sol de primavera; sube poco a poco, alejándose gradualmente de la tierra. Muy pronto una nube luminosa comienza a envolverlo; los apóstoles ya no distinguen más que sus manos extendidas que continúan bendiciendo; luego, todo se pierde en la luz... ¡Cristo ha entrado en su gloria!

---

<sup>236</sup> Mt 28,20

<sup>237</sup> Lc 10,16

<sup>238</sup> *Ibid.*

<sup>239</sup> Lc 24,48

<sup>240</sup> Cf. Hch 1,8

## CAPÍTULO V

### AMOR DE JESÚS POR SUS SACERDOTES DESPUÉS DE LA ASCENSIÓN

Apenas formado en el seno de María, el Corazón de Jesús palpitaba de amor por el Sacerdocio. El hijo de Zacarías fue el primero en experimentar sus divinas influencias y, como hemos visto, toda la vida del Salvador no fue sino una larga serie de pruebas de ese amor incomparable. En las últimas horas de su vida y hasta en la muerte, amó al Sacerdocio. Después de la resurrección, se consagró a él por entero, lo colmó de sus más insignes favores y lo igualó, por así decir, con Él mismo.

Pero ahora que ha subido a los cielos, ¿qué hará? En la beatitud en que reina, en la gloria eterna que le pertenecía por derecho y que no obstante quiso conquistar, su Corazón no ha cambiado. Ama siempre lo que amó durante su vida terrena. ¡Lo ama con amor eterno, sin vicisitudes y sin fin!

Por eso vemos al adorable Maestro dejar a sus sacerdotes una nueva prenda de su ternura en el momento en que abandona la tierra. Mientras sube al cielo, de sus manos que bendicen desciende sobre los discípulos amados un don insigne de gracia, precursor de los dones, aún más estupendos, que bien pronto les comunicará el Espíritu Santo.

El autor inspirado hace notar expresamente que después de la Ascensión del buen Maestro, los apóstoles dejaron el monte de los Olivos y entraron en Jerusalén llenos de alegría<sup>241</sup>. Habían perdido la presencia visible, consoladora y fortificante del Maestro; se encontraban ahora solos frente a un porvenir lleno de persecuciones y sufrimientos, sin fuerza, sin luz, en una espera llena de incertidumbre, encargados de una misión abrumadora. La tristeza, la inquietud, el descorazonamiento, el dolor, deberían mezclarse en sus corazones, y sin embargo ¡regresaron con el alma inundada de gozo!

¡Este gozo era el don del Corazón de Jesús a su Sacerdocio! No era, no, un consuelo vano, ni una satisfacción vulgar, sino una unción santa, surgida de la Caridad divina y destilada de las manos de Jesús hasta lo más íntimo del alma de sus apóstoles. Era, por decirlo así, la alegría sacerdotal.

El sacerdote sufre, acaso más que otros, porque debe vivir siempre superándose, perpetuamente separado de todo lo que es sólo humano. Pero si es fiel, experimenta en el fondo del alma un sentimiento de alegría sobrenatural, una serenidad tranquila y una unción particularmente dulce que se expande desde sus fibras más íntimas hacia el exterior. De ordinario, el sacerdote fiel es fervoroso y alegre. Al subir cada mañana al altar del sacrificio repite con el salmista: “Me acercaré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud”<sup>242</sup>. La pureza de vida y la unción de la alegría sacerdotal le conservan, de hecho, su juventud, por lo que, aun en edad avanzada, posee una frescura de ánimo, una vivacidad de sentimientos y una delicadeza de impresiones que los demás no pueden poseer.

Un solo amor llena el corazón del sacerdote: ¡el amor de Dios! Este amor único y vivificante no engaña. Una sola ambición lo exalta y conduce: ¡la gloria de Dios! Esta noble ambición nunca sufre desengaños. Por eso, su alma se inunda de alegría y esta alegría es para él una primera y magnífica recompensa de los sacrificios que se ha impuesto. Es un anticipo de la bienaventuranza prometida a los valientes soldados de Cristo, asegurada a los amigos particulares del Salvador.

El Consolador prometido, el Espíritu de amor que procede del Padre y del Hijo, era enviado por Jesús a sus queridos discípulos diez días después de la Ascensión para completar en ellos su obra, para terminar de instruirlos, para iluminarlos, fortalecerlos y enriquecerlos con los dones más excelentes. En aquel día, el Amor Infinito no tuvo medida ni reserva alguna y descendió con abundancia tal sobre el Sacerdocio que Pedro y sus hermanos no fueron tan solo alimentados y saciados de gracia, sino verdaderamente embriagados de ella y transportados de Amor en tal manera que un solo instante bastó para transformarlos.

Después de este don inefable del Espíritu Santo hecho por Jesús al Sacerdocio, no hay ya ni un día, quizá ni siquiera una hora, que no esté señalada por nuevos testimonios de la ternura del Corazón de Jesús a sus

---

<sup>241</sup> Lc 24,52

<sup>242</sup> Sal 42,4

sacerdotes. En el largo correr de los tiempos, vemos a ese Amor Infinito que envuelve al Sacerdocio, y al divino Maestro que trabaja con él, lucha por él, vive en él.

Durante los largos siglos durante los que la sangre cristiana inundaba la tierra, el Sacerdocio se encontraba allí, en la avanzada de los mártires, animando a los débiles y sosteniendo a los que vacilaban. ¡Cuántos pontífices y sacerdotes recibieron entonces la palma de los vencedores!

Cuando aparecen las herejías, el Sacerdocio está allí para defender la verdad en peligro. Son Gregorio, Basilio y Agustín, a quienes Jesús ilumina y levanta como barrera invencible ante el error y la mentira.

¡El Sacerdocio! ¡Qué grande lo hace Jesús en un Ambrosio que reprende al amo del mundo a la puerta de su catedral y lo fuerza a doblar la rodilla en actitud de penitencia! ¡Qué poderoso en un León que detiene con un gesto el desbandado torrente de los bárbaros!

Y durante ese período de transformación en el que se elabora una nueva civilización, es también el Sacerdocio el que ilumina con su luz las nacientes naciones y pueblos nuevos. ¡Cuántos grandes pontífices en la cátedra de Pedro! ¡Cuántos obispos santos que con la fe cristiana llevan los esplendores de la moral evangélica a todos los reinos! Más tarde, es la voz de un pontífice, la voz de un sacerdote, la que conmueve a toda Europa y la lleva a la conquista entusiasta y enardecida del sepulcro de Jesús.

La divina teología, la filosofía, las ciencias y las mismas artes, reciben del Sacerdocio nuevo impulso. A su vivificante influjo se ven florecer a un tiempo los inmortales escritos de un Tomás de Aquino, de un Buenaventura y la maravillosa arquitectura de nuestras catedrales góticas.

A la vera de las ciencias y las artes brillan las virtudes más sublimes, y si seguimos el curso de los siglos, veremos siempre a Jesús colmar de los favores más divinos a sus pontífices y sacerdotes. Corona al Sacerdocio de todas las glorias; le da el imperio de las almas; lo hace grande, poderoso, abnegado, caritativo y misericordioso como Él mismo. Lo hace humilde en las persecuciones, valiente en los sufrimientos, fuerte contra los enemigos de la fe y ardiente en la conquista de las almas.

Ahí están uno tras otro, Domingo y sus Predicadores; los pobres y humildes hijos de San Francisco; Ignacio, el sacerdote caballero y su hueste selecta; Felipe Neri y los santos sacerdotes que lo siguen. Aquí el gran Obispo de Milán<sup>243</sup> que une la pobreza de Cristo y la austeridad de los anacoretas a la púrpura cardenalicia. Allí el Obispo de Ginebra<sup>244</sup>, dulce y fuerte, el maestro de la piedad y el doctor del amor.

Y para circunscribirnos a Francia, en el correr de estos siglos tan fecundos en grandes obras, encontramos a un Vicente de Paúl, colmado de la caridad del Salvador y a esa falange de sacerdotes santos, Bérulle, Condren, Ollier y sus fervorosos discípulos. Allí están los grandes oradores que desde el sagrado púlpito hacen resplandecer la verdad y esa multitud de valientes misioneros de todas las naciones que hacen germinar nuevas cristiandades con su sudor, con la sangre de sus heridas.

Durante los tenebrosos días de la Revolución francesa, ¿a cuántos sacerdotes fieles concede Jesús el honor y la gracia de derramar su sangre en su nombre? Otros toman el camino del exilio y otros también, con admirable abnegación, exponen la propia vida por la salvación de las almas.

Y en el gran siglo pasado<sup>245</sup>, ¿acaso Jesús cerró las manos y detuvo el río de sus dones? Vemos admirables pontífices coronados por la tiara: Pío IX, lleno de la bondad del Salvador, tan grande en el infortunio, tan fuerte y paciente en las desgracias, el proclamador de la infalibilidad y de la Inmaculada Concepción; León XIII, que ilumina al mundo con la luz de sus encíclicas inmortales, rey sin territorio, sin tesoro y sin ejército, que domina a todos los reyes del mundo y se transforma en su árbitro.

En Alemania, Italia, Francia, por doquier, obispos sucesores dignos de los Apóstoles, resisten con la fuerza de Cristo a las invasiones de la revolución, exponiéndose ellos mismos a los embates de la impiedad por defender las ovejas de su redil. ¡Los vemos morir en las barricadas o bajo las balas de los enemigos de Dios, víctimas santas inmoladas por el pueblo!

¡Y cuántos sacerdotes, creadores de obras de celo, cuántos luchadores de la palabra, cuántos piadosos y fervorosos! Y los pequeños y los humildes: Vianney, Eymard, Chevrier, Cottolengo, Bosco y tantos otros favorecidos por Jesús, el amigo de los humildes, con los dones más maravillosos y elevados por Él tan alto en la santidad.

¡Oh, cuánto ha amado Jesús a su Sacerdocio! ¡Cuántas pruebas de su amor imperecedero le ha dado durante los diecinueve siglos transcurridos desde su ingreso en la gloria! El divino Maestro no ha dejado un solo instante de vivir en sus sacerdotes y una y otra vez hemos visto resplandecer en ellos sus virtudes divinas, su luminosísima inteligencia, los esplendores de su alma y la bondad de su Sagrado Corazón. Jesús

---

<sup>243</sup> San Carlos Borromeo

<sup>244</sup> San Francisco de Sales

<sup>245</sup> El siglo XIX.

ha derramado su alma, ha comunicado su Corazón a su Sacerdocio: ¡esto es lo que ha hecho que durante tantos siglos los sacerdotes sean tan grandes! ¡Esto los ha hecho tan puros, tan buenos, tan caritativos y tan iluminados...!

## CAPÍTULO VI

### AMOR DE JESÚS POR SUS SACERDOTES EN NUESTROS DÍAS

Tantos inefables dones de amor no han agotado el Corazón infinitamente amante de Jesús. En los albores del siglo XX es tan ardiente, tan tierno para con su Sacerdocio como en los días durante los cuales lo formaba con sus manos y, tras instruirlo con su palabra y con sus ejemplos luminosos, lo enviaba a la conquista de las almas.

De las alturas del trono de su gloria, del fondo de sus sagrarios solitarios y muchas veces abandonados, el adorable Salvador ha visto a la humanidad desviada por aires de independencia, sacudir el yugo saludable de su ley y alejarse del recto camino. Ha visto el influjo del mal llegar hasta las almas. Ha visto a la idolatría de la materia, al culto de la razón humana suplantar en el espíritu del hombre la fe en el Ser creador, el conocimiento de la propia nada y la esperanza en su destino inmortal. Ha visto el frío egoísmo y a sus indignos cálculos devorar como un cáncer maligno el corazón del hombre, creado para un Amor Infinito y para las expansiones del don de sí.

Ha visto al escepticismo, a la negación de todo acto sobrenatural, a la sed de oro y al envilecimiento de la impureza actuar como disolventes poderosos en toda la sociedad humana y, rompiendo todos los lazos, disgregar y destruir la familia, la fraternidad social y la homogeneidad de las naciones.

Ha visto que el mundo se tambalea en sus cimientos y, movido de piedad inmensa por esta humanidad rescatada con su sangre, por esta humanidad ingrata que se aleja de Él, se ha inclinado hacia sus sacerdotes y les ha dicho: ¡Venid a Mí, mis fieles, mis predilectos; venid a Mí para ayudarme a reconquistar las almas! De nuevo os mando a instruir a las naciones, dadles la salvación con la verdad de vuestras palabras y con la luz de vuestros ejemplos.

Y como deberéis combatir y tendréis que sufrir, como trabajaréis por mi gloria y me daréis almas, quiero haceros un don, el más precioso de todos: ¡os doy mi Corazón! Os lo doy como espada y escudo en vuestras batallas, como guía y luz en vuestros caminos, como consolador en vuestras penas. Enriqueceos sin temor en los tesoros de amor que contiene. Enriqueceos primero vosotros mismos, favoreceos con su plenitud, llenad vuestros corazones hasta hacerlos desbordar. Enriqueceos también para los demás; sembrad mi amor en las almas; ¡llevad a todas partes este fuego divino que debe purificar y renovar la tierra!

Y Jesús, atrayendo al Sacerdocio a su pecho divino, le ha dado su adorable Corazón, prenda de su amor incomparable.

Pero el divino Maestro pensó que tal vez no sería comprendido por todos y que se dudaría de su palabra. Entonces extrajo de su Corazón un don de amor, visible a todas las miradas. Hizo al Sacerdocio aún una nueva gracia, esta vez visible y tangible.

En el horizonte de la Iglesia había desaparecido una gran lumbrera: un gran Papa había descendido a la tumba y todo el mundo se hallaba a la expectativa. Los hijos del siglo, en su presunción absurda, designaban por anticipado al sucesor de Pedro, según las propias tendencias. Los fieles rogaban; los cardenales buscaban dudosos al elegido del Señor. Pero el Espíritu Santo, el Espíritu de Amor se cernía sobre el cónclave y su divina influencia hizo surgir del sagrado cáliz el nombre de José Sarto. El mundo permaneció presa de estupor y la Iglesia se arrodilló para recibir de manos de Jesucristo al Vicario que se había elegido.

El Sacerdocio comprendió muy pronto el don inefable que le hacía el Corazón de Jesús al darle por padre y guía al Patriarca de Venecia. ¿Quién mejor que él estaría en condiciones de gobernar la grey de Jesús, los corderitos y sus madres? ¿Quién mejor que él podría comprender la grandeza del sacerdote, las dificultades que encuentra, la acción que puede realizar, las necesidades de su alma y su corazón?

De familia humilde, como la mayoría de los sacerdotes, el nuevo Papa había vivido en su juventud la vida austera y estudiosa de los escolares pobres. Con solo las fuerzas de su inteligencia, se había elevado sobre su condición. Más tarde, como otros tantos, había debido la entrada al Seminario a protecciones caritativas. Luego había ejercido todos los grados del Sacerdocio. Había conocido la humilde dependencia y las fatigas del vicario, la soledad de la pequeña parroquia de campo, la vida frugal y sacrificada del pobre cura de

pueblo. Durante largo tiempo, y tan solo por la gloria de Dios, había consagrado la mejor parte de sí mismo a las almas confiadas a su cuidado.

Después, su luz apareció ante las miradas. Distinguido entre otros por sus virtudes dulces y fuertes, poco a poco había subido los grados superiores de la jerarquía y, siempre igual, tan modesto bajo la mitra de Obispo y la púrpura de Cardenal como cuando era un humilde cura de pueblo, se había mostrado por doquier como modelo de sacerdote, del sacerdote según el Corazón de Dios: fervoroso en la oración, dado por entero a los intereses de Jesús, celoso por la verdad, revestido de la bondad y de la humildad del Salvador, casto y austero en su vida, misericordioso para con los pecadores y lleno de amor por Jesús, su adorable Maestro, por María, su Madre Inmaculada, por la Iglesia y por las almas.

Apenas sentado en la Cátedra de Pedro, impulsado por divina inspiración, se dirige al Sacerdocio. Pío X, ¿no deja ver acaso en su primera encíclica, en sus primeras palabras dirigidas al mundo, el ardiente amor de su corazón por los sacerdotes? Como Jesús, su divino Maestro, los quiere santos, llenos de celo, de fervor y de abnegación por las almas. Los quiere superiores a todos por la ciencia, sin duda, pero sobre todo, por la virtud. Los quiere encendidos de la llama apostólica de los primeros sacerdotes formados por Jesús. En las palabras de Pío X se adivina un corazón enamorado de la grandeza y de la hermosura del Sacerdocio, un corazón decidido a rodear de solicitud la más noble y la más querida porción de su grey. Este padre, este pastor del rebaño de Cristo, ¿no es un don de amor del Corazón de Jesús a sus sacerdotes?

El divino Maestro les ha dado este testimonio visible de su amor. Al presentarles su Corazón, les ha dado la copa inefable, el cáliz divino, desde donde se difunde el Amor Infinito. ¿Qué más podría darles? Nada, sin duda. ¡Pero Él puede volver a darse siempre, puede estrechar cada vez más ardentemente junto a su pecho sagrado a su Sacerdocio, tan apasionadamente amado desde hace veinte siglos, y puede hacer a sus sacerdotes cada vez más semejantes a Él y cada vez más dignos de su inmortal amor!

\*.\*.\*.\*.\*

Al principio habíamos comparado el amor del Corazón de Jesús con un río de aguas profundas y límpidas. Nos habíamos complacido en subir hacia su fuente y ver que el amor por el Sacerdocio brotaba de ese divino Corazón desde el primer instante de su concepción. Desde entonces, no ha cesado de expandirse. La ternura apasionada de Jesús por el Sacerdocio ha salido siempre de su Sagrado Corazón con real abundancia. Hemos tratado de seguir el curso de ese río de amor a través de los siglos. ¡Qué dulce nos habría resultado sentarnos a su vera, detenernos largo tiempo, contemplar por horas el claro reflejo de sus aguas! Pero había que continuar...

Ese río divino se deslizará aún por largo tiempo, fecundando sus riberas. La fidelidad de los sacerdotes santos en corresponder a amor de Jesús, sus admirables virtudes, su abnegación y pureza serán los afluentes con los que aumentará su caudal, hasta que vaya a precipitar su deslumbrante masa en el inmenso océano del Amor eterno.

¡El amor de Jesús por sus sacerdotes nunca tendrá fin! Después de haberles otorgado en el tiempo la jurisdicción de las almas, los tomará como sus asesores en el juicio final y por toda la eternidad permanecerán con Jesús Sacerdote eterno, eterna Víctima, siempre sacerdotes y siempre víctimas de su Dios. Estarán ante la Majestad suprema para siempre, con el Cordero siempre inmolado, como perpetuo sacrificio de alabanza y adoración.

El Amor Infinito, al que rendirán honor y gloria, los colmará también perpetuamente de sus dones, y como habrán trabajado en la tierra para propagar sus ardientes llamas, ¡los embriagará eternamente con sus castas y divinas delicias!

¡Oh, Jesús, nuestra dulce Misericordia, de qué amor por tus sacerdotes no arderá tu Corazón! Son el objeto de tu inefable ternura y de tu divina solicitud. ¡Los atraes a Ti con palabras tan suaves y con lamentos tan conmovedores! Como un tierno cordero herido por la malicia de los hombres, gimes dulcemente para llamar a quienes pueden aliviarte y curarte. Tienes sed de amor, sed de almas y presentas tus labios resecaos a aquellos que pueden calmar tu sed.

¡Tus sacerdotes! Junto a ellos, oh, divino Jesús, vienes a buscar el consuelo para tu Sagrado Corazón. En ellos quieres encontrar todo lo que el mundo te niega: fidelidad, don de sí, confianza y amor. Por medio de ellos quieres obrar todo lo que la Caridad divina ha resuelto llevar a cabo para la salvación de la humanidad. Mediante sus voces quieres llamar el mundo hacia Ti, con sus brazos quieres unir a los hombres y estrecharlos junto a tu pecho, con sus fatigas y sus sudores quieres fecundar la tierra y con el ardor de su caridad quieres incendiar el mundo. Cuentas con ellos para vencer el mal; de ellos quieres recibir la gloria del triunfo.

¡Oh, Jesús, misericordiosa bondad, cuánto amas a tus sacerdotes!

CUARTA PARTE

**Consideraciones acerca del Amor Infinito y el sacerdote**

# I

## LOS ABISMOS DEL AMOR INFINITO<sup>246</sup>

¡Oh, alma sacerdotal, privilegiada del Amor Infinito, ven a contemplar los abismos de la caridad divina y penetra, si puedes, en sus profundidades!

Observa ante todo un abismo inmenso, tan extenso que ningún ojo humano puede sondearlo: es el *Amor Creador*.

El Amor Infinito había tenido necesidad de difundirse fuera de Sí mismo y había resuelto la creación del hombre a fin de poder derramarse en él, y como una joven madre prepara con amor con sus propias manos, la cuna del hijo que va a dar a luz, como se esfuerza por hacerla no sólo suave y cómoda sino también graciosa y risueña, así Dios –que debía ser a la vez padre y madre- preparó con amor la cuna del hombre, el universo, lo que podía servir para utilidad, servicio y gozo de su amada criatura.

A veces, Dios se detenía en su obra y consideraba lo que ya estaba hecho; veía si algo faltaba, y hallaba que todo era bueno<sup>247</sup>.

Por fin, cuando el gran palacio del universo estuvo dispuesto para recibir al huésped real para quien había sido preparado, Dios creó al hombre, y el Amor Infinito se complació en él.

Por acuerdo de la Santísima Trinidad se formó el hombre, y el soplo divino, el Espíritu de Dios, el Amor, le dio la vida, la vida del alma y la del cuerpo, una vida perfecta, pura, la vida tal cual Dios la hacía para el hombre.

Contempla a continuación el segundo abismo. El hombre había pecado, había transgredido la orden de Dios, y esta criatura rebelde debía ser castigada. La Santidad Infinita reclamaba sus derechos y la Justicia iba a aniquilar a este ser que no había respondido a las liberalidades del Amor Creador sino con la desobediencia y el orgullo.

Pero el Amor, el *Amor Mediador*, colocándose entre el hombre pecador y Dios ultrajado, abrió un profundo abismo, y la Justicia no podía alcanzar al hombre para castigarlo. Durante siglos, este Amor Mediador preservó a la criatura pecadora de los golpes de la divina Justicia; conducía a los patriarcas y se revelaba a ellos, hablaba por los profetas, conservaba la verdadera noción de Dios en el pueblo elegido, trabajaba preparando a toda la humanidad para la obra de la Redención...

Se presenta ahora ante ti un tercer abismo de Amor, tan extenso, tan profundo, tan incomprensible, que sólo un Amor incomprensible puede explicarlo: ¡es el *Amor Redentor*!

El Verbo se había encarnado, había visitado la tierra, había descubierto al hombre los misterios escondidos de la salvación, había dado toda su sangre y en ese baño generoso, la humanidad culpable había sido lavada. Toda la vida de Jesús, todas sus adorables inmolaciones estaban allí.

El Amor-Sacerdote había ofrecido al Amor-Víctima; el mundo estaba rescatado, la Justicia divina desarmada; había tenido lugar la reconciliación definitiva entre el Creador y la criatura. Jesús había muerto para darnos la vida; resucitado, había concluido de formar la Iglesia; ahora volvía hacia su Padre.

Ante tu mirada se abre un nuevo abismo de Amor; el *Amor Iluminador*.

El Espíritu Santo, el Espíritu de Dios, el Amor sustancial del Padre y del Hijo había descendido a la Iglesia para fecundarla, como antaño había fecundado el seno virginal de María. La Iglesia había dado a luz numerosos hijos y el Espíritu Santo continuaba iluminándola; los misterios eran revelados más claramente; las almas, inflamadas por el amor, servían a Dios como El quería ser servido, en espíritu y en verdad<sup>248</sup>; la palabra de los apóstoles, la sangre de los mártires, las enseñanzas de los doctores, los decretos de los concilios, esas luces vivas que son los santos, venían en el momento preciso, suscitados por el Amor Iluminador, para completar el maravilloso atavío de la divina Esposa de Cristo...

Mira ahora un quinto abismo de Amor: se habían cumplido los tiempos, nuevos cielos y nueva tierra aparecieron<sup>249</sup> y el *Amor Glorificador* iba a coronar a los elegidos; nada faltaba a la plenitud divina; todas las criaturas habían vuelto a entrar en el seno del Padre, y el Amor, glorificándolas, se glorificaba a Sí mismo.

Este inmenso abismo contenía a todos los seres; como un torrente de divinas delicias inundaba a todos los

---

<sup>246</sup> *Al servicio de Dios Amor*. Primera parte, cap. I, 3

<sup>247</sup> Cf. Gen 1,10.10.18.21.25.31

<sup>248</sup> Cf. Jn 4,23

<sup>249</sup> Cf. Is 55,17. 2Pent 3. Ap 21,1

benditos, y como un fuego consumidor y vengador devoraba a los malditos. El Amor reinaba como soberano e innegable Señor; había consumado su obra, había obtenido la victoria; se le rendía toda gloria.

Alma sacerdotal, ¿no vislumbras todavía otro abismo, abismo cuyas dimensiones ninguna palabra humana podría expresar, ni ninguna inteligencia creada medir jamás? Es el *Amor sin forma*, el Amor sin manifestaciones exteriores, *¡el mismo Dios!*

Prosternado al borde de este abismo insondable, adora en silencio y escucha una voz que te dice: “El Amor Infinito envuelve, penetra y llena todas las cosas; es la fuente única de la vida y de toda fecundidad; es el principio eterno de los seres y su fin eterno. Si quieres poseer la vida y no ser estéril, rompe los lazos que todavía te atan a ti mismo y a la criatura, y arrójate en este abismo”.

## II AMOR DE DIOS POR EL HOMBRE Y DEL HOMBRE POR DIOS <sup>250</sup>

¡Dios es Amor! Su gran ocupación es amar. ¡Ama desde toda la eternidad y por toda la eternidad!

Mientras el Amor Infinito, ejercitándose en Sí mismo, se complace en el maravilloso comercio que va del Padre al Hijo, y del Hijo y el Padre al Espíritu Santo en la inefable comunicación que las tres divinas Personas se hacen del mismo Amor, que es su Esencia y su Ser, este Amor Infinito obra también fuera de Sí mismo, y como la acción propia del Amor es amar, Él ama a toda criatura, a toda obra salida de su palabra omnipotente: todo lo que fue, todo lo que es y todo lo que será.

¡Dios ama! Esta es su ocupación en la soberana posesión de su Ser y en la serena paz de su gloria inmortal.

¡Ama! Ésta es su vida, su acción, su gozo, su divino alimento y su reposo inefablemente dulce.

¡Ama!, quiere amar, es necesario que continúe amando. Él mismo es el Amor; si dejase de amar, instantáneamente dejaría de ser Dios.

¡Dios es Amor! Da su amor sin medida; lo derrama con inagotable abundancia sobre toda la creación. Nada escapa a este diluvio divino que todo lo quiere anegar.

¡Dios ama! Pero quiere ser amado: el Amor tiene necesidad de correspondencia. Si en el mismo seno de la Divinidad, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo tienen un intercambio de amor tan perfecto que se aman con un mismo amor, que es su ser y su esencia, así, el Amor quiere hallar fuera de Sí una reciprocidad, relativa, sin duda, y proporcionada a la flaqueza del ser creado, pero, con todo, real.

Dios derrama torrentes de amor en la criatura; a su vez, la criatura debe amar. Dios ha depositado en cada una, por el simple hecho de la creación, un principio de amor, aunque no en el mismo grado y en la misma forma. De ahí que sea justo y absolutamente necesario, que la criatura ame según su naturaleza y la voluntad de su Creador. Ha recibido todo de Dios y debe devolverle todo. Es lo que es, sólo por Dios; por eso, debe emplear todo su ser para Dios.

Este amor elemental, necesario, de la criatura, tiene como dos movimientos: el primero de restitución: la criatura da algo a Dios, se lo restituye. El segundo, de sumisión: cumple la voluntad de su Creador.

Esta manera de amar la vemos admirablemente realizada por las criaturas inferiores: la tierra ha recibido de Dios la fecundidad y siempre produce frutos para su Creador. La flor ha recibido el brillo de su cáliz y la dulzura de su perfume, y ella florece cada primavera para su Dios y le ofrece su hermosura y su perfume.

El pájaro ha recibido la ligereza de sus alas y la dulzura de su gorjeo, y vuela y canta en la presencia de su Dios.

Los animales salvajes que pueblan los desiertos han recibido de su Creador la agilidad de su carrera, la fuerza de sus defensas, la belleza de su pelaje, y crecen ante Dios según las leyes de su naturaleza, cumpliendo la voluntad divina y multiplicándose según el beneplácito de su Señor. Este cumplimiento de la voluntad divina y este don renovado de lo que poseen, es la forma de amar de las criaturas inferiores.

Pero Dios ha formado criaturas superiores; en ellas también ha depositado principios de amor, y como han recibido más de la munificencia divina, deben devolverle más. Dios no espera de ellas sólo el amor natural e instintivo propio de los seres inferiores. Como las ha hecho racionales, espera de ellas un amor guiado por la razón; como les ha dado una voluntad libre, espera de ellas un amor voluntario; puesto que las ha creado a su imagen, espera de ellas un amor semejante al suyo.

Dios depositó en el hombre no solamente ese primer principio de amor que dio a las criaturas inferiores y por el cual debería ya, y como por instinto, tender hacia Dios y someterse a Él, sino que le concedió mucho más: le dio un alma dotada de entendimiento, de memoria y de voluntad, y mediante estas tres facultades, el hombre puede entrar en el conocimiento de su Creador y desarrollar en su corazón un amor superior, racional y verdaderamente digno de Dios.

Este amor iluminado, este amor libre, es el que el hombre debe a Dios; ¿por qué no se lo da? ¿Por qué es tan poco comprendido el amor por el corazón humano? Hablo del amor verdadero, del amor puro, del amor sobrenatural, querido por Dios, que procede de Él y que debe volver a Él. El amor, no como lo concibe el sentido pervertido de la criatura caída, sino tal como lo espera el Amor Infinito del ser racional; un amor limitado y creado, sin duda, como la misma criatura, pero radiante, libre y fuerte.

---

<sup>250</sup> *Notas íntimas* 20.12.1905. *Al servicio de Dios Amor*. Primera parte, cap. I, 1; Segunda Parte. Cap. III, 2.

Y sin embargo, ¿son pocos los hombres que aman a Dios como Él quiere ser amado...! El sentido del hombre, profundamente alterado por el pecado, ha perdido la noción de lo verdadero. Camina a tientas, se equivoca, se desvía. De la bella y luminosa inteligencia, de la voluntad firme y recta que tenía en los primeros días de su creación, sólo quedan ruinas. Así se le ve alejarse continuamente de la verdad, cambiar el orden de las cosas, transformar el bien en mal y preferir a menudo el mal al bien. El juicio del hombre ya no tiene la rectitud original, se tuerce y muy frecuentemente se extravía.

La humanidad, después de su primera culpa, ha caído en muchos errores, pero tal vez en nada se ha engañado tanto como acerca del amor. A medida que el hombre se alejaba de Dios, se adhería más a las criaturas, y para saciar su corazón, que reclamaba el Amor Infinito, le nutría con apegos funestos y los llamaba amor. El hombre, olvidado de Dios, no uniéndose ya a Él por el Amor, no sabiendo ya qué creer, no atreviéndose a esperar nada, se halló en medio del mundo como un pobre náufrago perdido en el océano.

Trató de asirse a todo lo que se le presentaba; se aferró hasta al menor resto del naufragio, y asido de él como un desesperado lo estrechó contra su corazón y creyó que lo amaba.

Pero eso no era el amor... El amor verdadero, el único que merece este nombre divino, es el que se remonta a Dios, único principio de amor. Las concupiscencias terrenas, las voluptuosidades carnales son pasiones desencadenadas por la culpa original: son producto del pecado. Jamás podrán saciar la inteligencia y el corazón del hombre, ¡nunca serán el amor!

La inteligencia y el corazón del hombre, dos maravillosos instrumentos creados por Dios, pulsados por el soplo divino del Amor Infinito, debían, en un acorde perfecto, exhalar la más suave armonía, y reuniendo en cierto modo las notas lanzadas al cielo por las criaturas inferiores, formar con ellas un himno melodioso de alabanza, agradecimiento y adoración.

Toda la belleza moral del hombre, esa armonía humana que debe elevar al Cielo consiste en esta armonía, en este equilibrio perfecto que mantiene entre su inteligencia y su corazón. Una sola mano, un solo soplo, deben hacerlos vibrar al unísono, y únicamente el Amor Infinito es el artista divino capaz de tocar estos instrumentos armoniosos que Él mismo ha creado.

### III DOBLE MOVIMIENTO DEL AMOR INFINITO<sup>251</sup>

Dios es Amor y este Amor, que es su esencia, constituye al mismo tiempo tanto la Unidad de su naturaleza como la Trinidad de sus Personas. Este Amor Infinito viviente y vivificante —viviente en sí y por sí, y vivificante hacia afuera—, no sólo tiende por su naturaleza propia a comunicarse, sino que, por la intensidad de su vida y su inmortal fecundidad, es la comunicación misma.

El Amor Infinito, porque vive y es fecundo, es un movimiento<sup>252</sup>. Este movimiento se realiza en Dios por la comunicación de las tres Divinas Personas.

Es como una circulación ininterrumpida que va del Padre al Hijo y al Espíritu Santo; es un movimiento vital, único, tan veloz e intenso, que a primera vista parecería una inmovilidad.

Este movimiento de amor se produce también hacia afuera. La producción más maravillosa de este movimiento exterior del Amor es la humanidad de Jesús.

El movimiento interior no tiende a ninguna creación o producción nueva, es un movimiento de reposo y de complacencia; es un movimiento absoluto, total, que no puede ni aumentar, ni disminuir, ni cambiar. Es la plenitud del Amor que se goza en un movimiento perpetuo y siempre igual entre las tres Divinas Personas.

El movimiento exterior tiende a la creación, a una producción incesante. Es un movimiento operativo que se sacia con una perpetua producción de gracias, de dones, de vida espiritual, de creación y de vidas materiales.

Estos dos movimientos, o más bien este movimiento único, no es menos fecundo en una de sus formas que en la otra. Es fecundo en Dios por la eterna generación y la eterna procesión; es fecundo al exterior por la gracia y la creación.

---

<sup>251</sup> *Notas íntimas*. Junio-julio 1903. *Al servicio de Dios Amor*. Primera parte, cap. I, 5.

<sup>252</sup> La Madre toma aquí, evidentemente, la palabra movimiento en el sentido de actividad y no de cambio. Por otra parte, un poco más adelante precisará admirablemente su pensamiento, al decir que en Dios ese movimiento es “un movimiento de reposo y gozo”. Es interesante ver cómo Santo Tomás, en su comentario sobre el *De Trinitate* de Boecio (quaest. 5, art. 4. ad 2um), y en su *Suma Teológica* (pars. I, quest. IX. Art. 1, ad 1um), explica que por metáfora se puede hablar de movimiento en Dios, como lo hacen Platón, San Agustín, Dionisio y la misma Sagrada Escritura. El Santo Doctor hace notar que esta metáfora del movimiento se aplica sea a las operaciones inmanentes de la inteligencia y de la voluntad divinas, sea a la acción productora de las cosas.

#### IV LA CARIDAD DIVINA<sup>253</sup>

*“In charitate radicati et fundati, ut possitis comprehendere cum omnibus sanctis, quae sit latitudo et longitudo et sublimitas et profundum...”*<sup>254</sup>

La caridad de Dios, inmensa, infinita, no podía ser medida por el ojo humano, por la mirada del alma. Entonces el Ser-Amor condensó en cierto modo esta divina Caridad, y la hizo visible en el Corazón del Verbo Encarnado. Los seres creados han podido ver en este Corazón creado pero adorable y divino, la anchura y longitud y altura y profundidad del Amor Infinito.

*Latitudo:* el Amor Infinito abraza la multitud de los seres; ni a una sola criatura deja de acunar en sus brazos; no hay una sola a la que no haya querido, mirado, amado, ni una sola a la que no haya dotado y provisto de todo lo que constituye su forma y su existencia.

En primer lugar, el ángel, criatura pura, espíritu inmaterial, llama de fuego vivo.

El hombre que une en sí el alma inmortal, las luces de la inteligencia y de la razón y la forma material de un cuerpo de carne; criatura admirable que oculta bajo un velo pasible y mortal un alma, espiritual, luz creada, vivificada por la vida divina.

Después, el animal, que crece y se multiplica bajo la bendición de Dios, guiado certeramente a su fin por el instinto. El árbol de los bosques, que cada primavera siente cómo la savia de la vida sube por su tronco secular y emana en verdes yemas; la hierba de los campos, que se pliega bajo el viento que la inclina, y que florece para la gloria de su Creador. En grado inferior los cuerpos inertes, que también reciben del principio divino su forma y esplendor.

*Longitudo:* la duración sin límites de este Amor. Un día las criaturas comenzaron a recibir el amor de Dios; fue el día de su creación; pero en Dios, el amor por la criatura no tuvo principio. Desde toda la eternidad llevaba en Sí la idea de ellas; las amaba, pues, mucho antes de haberlas creado. Las amó desde que las concibió en su pensamiento. Pero ¿las concibió en el tiempo? ¿Por ventura no tuvo su idea en Sí mismo desde que fue Dios? Y ¿cuándo comenzó a ser Dios?

Desde toda la eternidad, sin comienzo, el Amor Infinito abrazó a todas las criaturas. ¿Y dejará de amarlas algún día? ¡Jamás! El amor en Dios es inmutable y sin vicisitudes. Lo que amó una vez, lo ama siempre, y si a veces castiga o destruye, es siempre el amor quien le guía. Ha amado desde la eternidad. Amará por toda la eternidad.

*Longitudo!*... ¿quién medirá la longitud de este Amor Infinito? ¿Quién le pondrá un comienzo y le asignará un término? *Longitudo...* Siempre ha amado, amaré siempre, eternamente...

*Sublimitas:* el Amor Infinito se elevó a alturas incomprensibles. Se elevó en el Padre hasta la generación del Verbo Divino, Palabra todopoderosa, Sabiduría eterna, Hijo igual en todo al Padre. Se elevó en el Padre y en el Hijo, hasta la procesión del Espíritu Santo, principio de todo amor, de toda santidad, Dios como el Padre y el Hijo. Se elevó en la Trinidad divina hasta formar la Unidad más perfecta, de suerte que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son sino un solo Amor, un único Dios en tres Personas distintas.

Se elevó en este Dios único hasta la idea de la creación, hasta el cumplimiento de esta gran obra, hasta las liberalidades divinas con que las criaturas fueron favorecidas.

Este Amor divino se manifestó en su sublimidad cuando imaginó la Encarnación; cuando después de la caída del hombre desarmó a la Justicia; cuando a pesar de los incesantes pecados conservó su misericordiosa paciencia.

Sublime fue este Amor cuando el Verbo se encarnó, cuando se hizo niño, pobre, humillado, paciente; cuando vivió entre nosotros en la sencillez, la bondad, el don completo de Sí mismo. Sublime cuando agonizó en el huerto de los Olivos a la vista de nuestras iniquidades; cuando apareció encadenado, flagelado, objeto de burlas, crucificado.

Sublime, después, en el transcurso de los siglos, en el sagrario donde se hace prisionero; en el Santo Sacrificio donde se inmola, en la Eucaristía donde se hace nuestro alimento.

¡Oh *sublimidad* del Amor Infinito de Dios! ¿quién será capaz de elevarse hasta Ti para comprenderte?

*Profundum.* Y, ¿quién podrá descender hasta tus insondables profundidades? El Amor Infinito, ese

<sup>253</sup> *Notas íntimas.* Año 1901. *Al servicio de Dios Amor.* Primera parte, cap. I, 4.

<sup>254</sup> Ef 3 17-18

maravilloso edificio compuesto por la Omnipotencia, la Sabiduría infinita, la soberana Bondad, la invariable Justicia, la divina Misericordia, el Bien absoluto y la Belleza perfecta, tiene cimientos tan profundos que nada jamás ha podido hacer que se tambalee. El tiempo, que todo lo destruye, nada ha podido contra él. La marea de las iniquidades humanas ha venido a estrellarse contra él como las olas furiosas se quiebran contra el acantilado de granito.

¡No le bastará al alma elegida toda la eternidad para poder penetrar hasta las íntimas profundidades de este abismo de amor!

*Profundum!* Vayamos al Corazón de Jesús. Por la ancha abertura que la lanza le ha hecho, miremos en este abismo de la Caridad divina; tratemos de sondear su profundidad. Mas, no; el vértigo se apodera del alma ante este abismo de amor; hay que cerrar los ojos, abandonar todo apoyo y dejarse caer, caer..., caer sin fin en esas divinas profundidades, sin tratar de comprender, sin querer explicar. ¡El Amor no se explica! Se desea, se quiere, se siente, se gusta, embriaga. De él se vive, por él se muere. ¡No se comprende el Amor! ¡Oh, *Profundum!*

V  
EL AMOR INFINITO HUMANADO <sup>255</sup>

San Juan, queriendo hacernos conocer el Ser divino, queriendo resumir en un solo término todas las grandezas, todas las bellezas, todos los atributos de Dios, dice: ¡Dios es Caridad!, ¡Dios es Amor! Y si queremos describir a Jesucristo, Dios y Hombre, con una sola palabra, si queremos expresar todo lo que es en un solo vocablo, todo lo que hace y hasta su razón de ser, podemos decir: ¡Jesucristo es *su Corazón*, es el Sagrado Corazón!

La Caridad divina, el Amor Infinito, es Dios todo entero; Dios, lo que es en Sí mismo y lo que hace hacia el exterior; Dios con su poder, su bondad, su justicia, su sabiduría; Dios que es, Dios que crea, Dios que redime, Dios que ilumina y recompensa; Dios sin división, sin exclusión, sin reserva, espléndidamente resumido en una magnífica expresión: Deus Caritas est! ¡Dios es Amor!

El Sagrado Corazón es Jesucristo en su integridad, Dios y Hombre, Verbo Encarnado. No es sólo su Corazón de carne que late en su pecho, ese Corazón humilde y manso que adoramos como el símbolo y órgano de su incomparable Amor; es todo su ser divino y humano; su divinidad, su alma, su cuerpo, cada uno de sus sagrados miembros, todos sus pensamientos, sus actos, sus divinas palabras. El Sagrado Corazón, es Dios hecho hombre, es Jesucristo humillado, vendido, crucificado, agonizante; es Jesús Eucaristía, inefable hostia de amor, Jesús inmolido en el altar, Jesús prisionero en el Sagrario.

Para designar a Dios, uno en tres Personas, basta una sola palabra de tres sílabas : ¡Caritas! Para designar a Jesucristo con sus dos naturalezas unidas en una sola persona, es necesario un término compuesto de dos palabras unidas entre sí: ¡Sagrado Corazón! La primera es la divinidad, la segunda es la humanidad, y tienen que estar unidas para designar a Jesucristo.

Se explica a Dios por entero mediante esta palabra, *Caritas*, porque el Amor explica todo, aunque en Sí mismo sea inexplicable. Se explica a Jesús todo entero con este nombre: ¡*Sagrado Corazón!*. Su entrega sublime, su bondad, su misericordia, todas sus divinas virtudes, su sacrificio, su muerte; todo lo explica su amor.

El Sagrado Corazón es la Caridad divina encarnada, el Amor Infinito humanado; es la Caritas de que habla San Juan que ha pasado a un Corazón de carne.

---

<sup>255</sup> *Notas íntimas*. Año 2005. *Al servicio de Dios Amor*. Primera parte, cap. III, 6.

## VI LA EUCARISTÍA Y EL SAGRADO CORAZÓN <sup>256</sup>

La devoción a la Eucaristía y la devoción al Sagrado Corazón no son solamente devociones gemelas, en realidad son una sola y misma devoción. Se completan y desarrollan una a otra; tan perfectamente se funden que una no puede estar sin la otra, y que su unión es absoluta. No solo no puede una de estas devociones perjudicar a la otra, sino que se aumentan recíprocamente pues se complementan y perfeccionan.

Si tenemos devoción al Sagrado Corazón, querremos hallarlo para adorarlo, amarlo, ofrecerle nuestras reparaciones y alabanzas, y ¿dónde iremos a buscarlo si no es en la Eucaristía donde está eternamente vivo? Si amamos a este Corazón adorable, querremos unirnos a Él, pues el amor busca la unión; querremos inflamar nuestro corazón con los ardores de este divino foco.

Pero para alcanzar este Corazón Sagrado, para asirle, para ponerle en contacto con el nuestro, ¿qué habremos de hacer?

¿Escalaremos el cielo para arrebatarse el Corazón de Jesús triunfante en la gloria? Sin duda que no.

Iremos a la Eucaristía, iremos al sagrario, tomaremos la blanca Hostia, y, cuando la hayamos encerrado en nuestro pecho, sentiremos al Corazón divino latir verdaderamente al lado de nuestro corazón.

La devoción al divino Corazón infaliblemente conduce a las almas a la Eucaristía, y la fe, la devoción a la Eucaristía necesariamente descubre a las almas los misterios del Amor Infinito, cuyo órgano y símbolo es el divino Corazón.

Si creemos en la Eucaristía, creemos en el Amor. La Eucaristía es el misterio del Amor. Pero el Amor en Sí mismo es inmaterial e imperceptible; para saciar nuestro espíritu y nuestros sentidos, buscamos una forma en el Amor. Esta forma, esta manifestación sensible, es el divino Corazón.

El Sagrado Corazón, la Eucaristía, el Amor, ¡son una misma cosa! En el tabernáculo, hallamos la Hostia, en la Hostia, a Jesús; en Jesús, su Corazón; en su Corazón, el Amor, el Amor Infinito, la Caridad divina, Dios, principio de vida, vivo y vivificante.

Y más aún. El milagro inefable de la Eucaristía no puede explicarse sino por el Amor. Por el amor de Dios, sí, pero por el amor de Jesús, Dios y hombre. Ahora bien, el amor de Jesús, es el amor de su propio Corazón; para resumirlo todo en una palabra, la Eucaristía no se explica sino por el Sagrado Corazón. La Eucaristía es el culmen sublime del amor de Jesús hacia el hombre; es la expresión última, el paroxismo, si así se puede decir, de este incomprensible amor.

Con todo, sin la Eucaristía hubiéramos podido creer en el Amor; la Encarnación nos hubiera bastado para ello; una sola gota de las amarguras de su Pasión hubiera sido más que sobreabundante para probarnos este Amor. Hubiéramos podido amar al Corazón de Jesús, hubiéramos debido amarlo, creerlo soberanamente bueno, aunque no hubiese llegado al divino exceso de la Eucaristía. Pero, puesto que ha inventado esta maravilla, ¿cómo no amar a este Corazón tan divinamente tierno, tan inexpresablemente delicado y generoso y, me atrevería a decirlo, tan locamente apasionado por su criatura?

Sí, la Eucaristía aumenta, inflama nuestro amor por el divino Corazón. Pero porque sabemos que hallaremos a este Corazón Sagrado sólo en la Eucaristía; porque tenemos sed de unión con este Corazón tan tierno y tan ardiente, vamos a la Eucaristía, nos postramos ante el Santísimo Sacramento, adoramos la Hostia radiante en la custodia, vamos a la Sagrada Mesa con ardiente avidez, besamos con amor la patena consagrada donde la Hostia divina descansa cada día. Rodeamos de honor, respeto y magnificencia el sagrario donde Jesús, vivo y amante, tiene su morada.

Es una impiedad decir que el culto al Sagrado Corazón puede perjudicar al culto Eucarístico. ¿Acaso el conocimiento del amor de Aquel que da, hará despremiar el don? No, cuanto más amemos al Divino Corazón y más sincero, amplio y esclarecido sea nuestro culto hacia Él, tanto más se desarrollará y fortalecerá nuestro amor hacia la Eucaristía.

---

<sup>256</sup> *Notas íntimas*. 16.10.1902. *Al servicio de Dios Amor*. Primera parte, cap. III, 7.

## VII SACERDOS ALTER CHRISTUS <sup>257</sup>

En el seno de Dios hay una desbordante plenitud de Amor, que es su esencia, su vida, su movimiento, su fecundidad. Esta plenitud tiene una continua necesidad de extenderse, de difundirse; va hacia la criatura, hasta el hombre en particular, por una inclinación natural. El Amor necesita llenar el vacío de la criatura y vivificarlo todo.

A veces, el corazón del hombre siente el Amor Infinito, pero su inteligencia humana lo conoce menos. Por eso hay tantas sombras en la inteligencia humana, sobre todo en lo que respecta al conocimiento de Dios, de sus misterios y de las verdades sobrenaturales.

El Amor no debe ser para el hombre sólo un sentimiento que experimenta sensiblemente, sino un conocimiento recibido por sus facultades intelectuales. En la misma medida en que una persona conciba el Amor Infinito en su mente y su corazón, también concebirá el conocimiento de las verdades eternas y de todos los misterios de Dios.

El Amor Infinito, como fuego divino, es calor para el corazón del hombre y luz para su inteligencia. Si el hombre se aleja del foco del Amor, su corazón se enfría y su espíritu se oscurece.

Miremos el movimiento sublime que se realiza en Dios para atraer hacia Sí a su amada criatura: es movimiento de amor y de misericordia. En primer término abraza al Sacerdocio para estrecharlo junto a su Corazón y empapararlo de su amor; luego, por medio de sus sacerdotes, abraza a todas las almas.

Los sacerdotes deben, pues, entrar en un conocimiento profundo y enteramente renovado del Amor Infinito. El mundo no puede recibir directamente esta revelación de amor ni recoger sus frutos de gracia y salvación. El sacerdote, más cercano a Dios y ya consagrado, es quien recibe esta manifestación del Amor y la comunica al mundo. Por el Corazón de Jesús, estudiado en el misterio de sus divinas virtudes, e imitado, entrará en la plena posesión del misterio del Amor Infinito. El sacerdote no debe contentarse con recibir la devoción al Corazón de Jesús, con profesarla él mismo y comunicarla a las almas. Esto es necesario, no hay duda, pero Jesús pide más. Por este Corazón Sagrado, el sacerdote debe entrar en el conocimiento íntimo de Jesucristo: es como una puerta por la que debe pasar para penetrar en el interior de Cristo, y, después de bañarse e impregnarse de Él, debe convertirse como en un brillante espejo en el cual el Amor Infinito pueda reflejarse.

El Amor Infinito es un sol; si directamente proyectase sus rayos sobre el mundo, las almas se deslumbrarían y serían consumidas por ellos, porque no están suficientemente elevadas y no son bastante puras. Es necesario que este divino sol se refleje en un espejo y la reflexión de sus rayos en este espejo iluminará al mundo y lo calentará.

Este espejo, es el alma del Sacerdocio; pero es preciso que sea puro, que sea transparente. El alma del sacerdote debe hacerse conforme al alma de Cristo. Cuando el sacerdote es verdaderamente otro Jesucristo, se convierte en este espejo tersísimo que refleja los divinos rayos del Amor Infinito.

---

<sup>257</sup> *Notas íntimas. 27.08.1905. Al servicio de Dios Amor. Primera parte, cap. I, 4 y Tercera parte, cap. 2, 19 y 6*

## VIII EL CORAZÓN MÍSTICO DE JESÚS <sup>258</sup>

Hoy el Corazón de Jesús se nos presenta no como Corazón de carne, humilde, manso, palpitante en su pecho humano; ni siquiera como el símbolo sensible de su ardiente amor, ese sagrado vaso donde se elaboró la sangre redentora y que el hierro de la lanza abrió en el Calvario, sino como Corazón místico.

¿Acaso no tiene Cristo —Verbo eterno del Padre— además del cuerpo de carne, del que se revistió para unirse mejor a nuestra naturaleza, un cuerpo místico que formó con amor y del cual es cabeza? Y este cuerpo, como todo cuerpo vivo, ¿no tiene miembros y corazón? La Iglesia es el cuerpo místico de Cristo, los fieles son sus miembros y el Sacerdocio es su corazón. Sí, ¡el Sacerdocio es el corazón de este cuerpo vivo del que Cristo es Cabeza!

Un cuerpo muere si su cabeza o su corazón son heridos mortalmente, pues de la cabeza y del corazón es de donde se difunde la vida a todo el cuerpo; pero puede perder varios miembros sin que se seque en él la fuente de la vida. Así, la Iglesia puede ver a veces, no sin dolor, que perecen algunos de sus miembros sin que su propia vida desfallezca, porque su cabeza, Cristo-Amor, es inmortal, y su corazón, su santo Sacerdocio, injertado en Jesús, Sacerdote eterno, no puede perecer.

Según el plan divino, el Sacerdocio, corazón místico de Cristo y verdadero corazón de la Iglesia es, pues, un órgano vital tan necesario, tan indispensable como lo es el corazón para el cuerpo humano. Sin su cabeza, Cristo, sin su alma, el Espíritu Santo, la Iglesia no existiría; y sin su corazón, sin Sacerdocio que le da calor y la vivifica, estaría muerta. Por medio suyo, el movimiento divino que le viene de su Cabeza se comunica a todos sus miembros, la sangre vivificante de la gracia circula hasta sus extremidades y el calor vital del Amor reanima sus miembros.

Pero, ¿qué es en sí este Sacerdocio santo? Un órgano único, sin duda, pero compuesto de una multitud de partes. Los obispos con el Papa, los sacerdotes, todos los órdenes de la sagrada Jerarquía, son las partes, las células —por así decir—, que, reunidas, forman el cuerpo del Sacerdocio. El Sacerdocio es, pues, lo que son las partes que lo componen. Ahora bien; es el corazón de la Iglesia, y para que realice en ella sus operaciones vitales, es preciso que sea robusto y sano, libre y ardiente, y que su movimiento sea pleno, siempre igual y siempre continuo.

1. *Es preciso que sea robusto y sano.* La pureza es la que lo hace fuerte. El sacerdote casto es fuerte contra sí mismo, fuerte contra los enemigos que lo solicitan en su interior y contra los que lo atacan desde fuera. Por su pureza se eleva sobre los otros hombres; los domina con la dignidad y el poder que le confiere esa energía sobrehumana mediante la cual se vence a sí mismo. Con su pureza sofoca los gérmenes que todo hombre recibe de su linaje humano, y si no puede destruirlos del todo, al menos los deja inactivos.

2. *Debe ser libre y ardiente.* Sí, libre de las trabas que la hostilidad de los impíos suscita contra el sacerdote; libre de miras humanas o ambiciosas; libre de las solicitudes de la sensualidad y del bienestar. Libre dentro y libre fuera, con esa verdadera libertad que le permite realizar la obra de Cristo, y no con esa otra falsa libertad que reclaman algunos espíritus independientes y desorientados que sólo confían en sí mismos y rechazan toda legítima autoridad.

3. *Es necesario que su movimiento sea pleno, siempre igual y siempre continuo.* El sacerdote, si se apoya en Dios, no puede ser abatido. A pesar de las vicisitudes de la vida terrenal y a pesar de su natural inconstancia, el ministro fiel cumple la obra del Amor sin debilidades ni descorazonamientos. Con su pequeño aporte contribuye a vivificar a la Santa Iglesia con el calor de su celo, con la activa entrega de sí mismo, con la caridad ardiente, y sobre todo, dando a Jesús a las almas.

---

<sup>258</sup> *Notas íntimas.* Mayo 1906. *Al servicio de Dios Amor.* Cuarta parte, cap. I, 5

IX  
DIOS A CRISTO, CRISTO AL SACERDOTE, EL SACERDOTE A LAS ALMAS <sup>259</sup>

Me había venido a la mente esta frase de San Pablo: “*Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios*”<sup>260</sup>. Enseguida me fueron dadas estas otras palabras: “*Dios es de Cristo, Cristo es del sacerdote y el sacerdote es de los hombres*”. Al mismo tiempo me encontré sumergida en esta consideración y, como fuera de mí, entré en una suavísima contemplación de los misterios de amor contenidos en esas palabras. Intentaré explicarme un poco.

*Dios es de Cristo.* Cristo es Dios mismo. Veía la íntima posesión que la humanidad de Jesús tiene de la Divinidad y viceversa; de la sagrada unión, del inefable abrazo de las dos naturalezas, divina y humana, que se realiza en Jesús, nacen los maravillosos atractivos de Cristo: la grandeza unida a una profunda humildad, la justicia unida a la bondad más tierna, la fortaleza unida a una incansable paciencia, la suprema santidad junto con la misericordia más compasiva.

La luminosa Divinidad de Cristo tamizada por el velo transparente de su humanidad, se nos muestra con un esplendor tan suave, y su humanidad, transfigurada por la luz divina, parece tan bella que todos deberíamos tender hacia Él para unimos a esa adorable maravilla.

*¡Cristo es del sacerdote!*, Voluntariamente se ha dado a él. Mediante la Eucaristía, en el Santo Sacrificio de la Misa, se convierte en divina posesión del sacerdote. Todo Jesús: su espíritu, su doctrina, sus palabras, su alma santísima, su Corazón amantísimo, su cuerpo purísimo, su divinidad, pertenecen al sacerdote, que puede disponer de ellos como de un bien propio, como de su propiedad particular. Lo toma en sus manos, apaga su sed con su sangre, se alimenta con su carne, y no sólo vive él de Jesús, sino que hace vivir de Él a los demás. No sólo goza él de la posesión de Jesús, sino que puede darlo y hacer que otros gocen de Él.

*¡Cristo es del sacerdote! El sacerdote también es de Cristo;* es preciso que haya reciprocidad. Y pues Cristo entero se ha dado al sacerdote, así también el sacerdote debe ser enteramente de Jesús. Por completo: su espíritu, su corazón, su cuerpo, su inteligencia y todos sus pensamientos, todos sus afectos y su voluntad, todas sus obras, todos los instantes de su vida.

*¡El sacerdote es de Cristo!* Cristo puede entonces disponer de él con el mismo poder con que el sacerdote dispone de Jesús. Para que haya igualdad, es necesario que el sacerdote esté en las manos de Jesucristo tal como la blanca Hostia está en manos del sacerdote.

Veía yo cuán profunda y divina es esta unión de Cristo con el sacerdote y del sacerdote con Cristo; no es como la unión del Verbo con la humanidad en Jesús, pero con todo, es una unión muy estrecha y muy íntima.

*¡El sacerdote es de las almas!* Es posesión de ellas como lo es de Cristo. Es de ellas, no se pertenece, pues, a sí mismo; ya no puede vivir para sí; es indispensable que se dé y se consagre enteramente a las almas. ¿No pertenece una madre a su hijo? ¿No debe darse por completo a él? ¿Y no tiene el hijo derecho a toda la ayuda que ella puede proporcionarle en su debilidad? Mas también el hijo pertenece a la madre, es suyo; es un depósito que Dios le ha confiado; ella lo lleva adonde quiere; lo acaricia o lo reprende; dispone de él a su gusto y tiene derecho a su obediencia. Así, las almas son del sacerdote, y de esta doble posesión, que se efectúa en el espíritu y con la gracia de Jesús, debe nacer, de parte del sacerdote una entrega sin límites, y de parte de las almas una confianza sin reservas.

Consideraba yo cuánta delicadeza y exquisitez puede haber en el corazón del sacerdote para con las almas, que son su tesoro, su bien, su espléndida posesión en Cristo; y también cuánto respeto y cuánta confianza debería haber en las almas para con el sacerdote que Dios les ha dado para que las conduzca a Él.

¡Oh, qué grandes cosas ha hecho Dios! ¡Qué maravillas ha realizado su Amor Infinito! Pero qué débil y poco clara es la mirada del hombre; cuán pobre su inteligencia. Habría que extasiarse por amor, ¡pero el peso de nuestra miseria es demasiado grande...!

---

<sup>259</sup> *Notas íntimas.* 17.04.1904. *Al servicio de Dios Amor.* Cuarta parte, cap. III, 6

<sup>260</sup> 1 Cor 3,22-23

X  
DISPENSADOR DEL AMOR INFINITO <sup>261</sup>

El sacerdote ha sido hecho dispensador de los misterios de Dios<sup>262</sup> y de los tesoros de su Amor. Se le ha puesto todo en sus manos para que lo distribuya a las almas. Tiene, por así decir, en sí mismo el depósito de los misterios de la Verdad increada y de los tesoros del Amor Infinito. ¡Cuán grande es el sacerdote! ¡Cuán digno es de respeto y de honor!

Pero si es dispensador, es preciso que dispense, que dé. Es preciso que cada alma reciba de él todo lo que su inteligencia y su corazón necesitan. Dios da directamente a las almas algunas gracias, como el rico da por sí mismo algunas limosnas a los pobres que encuentra; pero quiere que la mayor parte de sus gracias lleguen a las almas por manos del sacerdote, así como el rico hace distribuir sus grandes dádivas por medio del administrador que ha elegido.

El sacerdote posee, pues, todos los tesoros de la Verdad y del Amor, no para sí mismo, sino para distribuirlos. Si no da estos bienes vivos y divinos, si los retiene, si los esconde, priva de ellos a las almas y se hace culpable. En cambio, si los distribuye, es un dispensador fiel y bendecido. Más aún, se convierte en un canal vivo y vivificante por el cual el Amor Infinito hace pasar su sagrada corriente.

---

<sup>261</sup> *Notas íntimas*. Año 1909. *Al servicio de Dios Amor*. Cuarta parte, cap. I, 2

<sup>262</sup> Cf. 1Cor 4,1

XI  
INTERMEDIARIO ENTRE DIOS Y EL HOMBRE <sup>263</sup>

Todas las criaturas humanas pueden acercarse personalmente a Dios con confianza, porque Dios es el Creador de todas, el Padre de todas. A todas las ama. El Verbo Encarnado, Cristo-Amor, es el divino *introductor* de las almas ante el Padre, y por su medio están seguras de ser acogidas con bondad. Sin embargo este gran Dios, este adorable Jesús, quiere que para acercarse a Él, su humilde criatura se sirva, en un gran número de circunstancias, del intermediario que Él mismo ha designado para que le presente las almas, y los sacrificios y dones que deseen ofrecerle. Este intermediario elegido por Dios es el sacerdote.

Dios, en su sabiduría y amor, ha establecido una especie de escala misteriosa, o si se prefiere, de una cadena que va de la criatura a la divinidad: la criatura material va al hombre, el hombre al sacerdote, el sacerdote a Jesucristo y Jesucristo a Dios.

Y del Amor Infinito, de Dios mismo, descienden todos los bienes y todas las gracias por esta misma cadena de amor hasta las más humildes e ínfimas criaturas: de Dios, Amor Infinito, a Cristo, de Cristo al sacerdote, del sacerdote a la multitud de los hombres, de los hombres a la criatura material.

El Amor Infinito pasa y repasa así en un flujo y reflujo perpetuo: de Dios a la creación y de la creación a Dios.

---

<sup>263</sup> *Notas íntimas*. Año 1904. *Al servicio de Dios Amor*. Cuarta parte, cap. I, 3

## XII LA VIRGEN Y EL SACERDOTE <sup>264</sup>

El amor del sacerdote por Jesús debe ser diferente y muchísimo más ardiente que el amor de los otros hombres; puesto que “quien ha recibido más, ama más”<sup>265</sup>. Ahora bien, las gracias y los dones particulares que enriquecen el alma y el corazón del sacerdote son tales, que ni siquiera quien los ha recibido y los posee, lo sospecha, y aunque crea que ha recibido mucho, no puede conocer toda la profusión de gracias que el Amor Infinito ha derramado en él. Una de las bienaventuranzas del sacerdote en el Cielo será ver y conocer todo lo que el Amor ha hecho por él y cuán privilegiado ha sido con relación a los otros hombres.

El sacerdote pasa, en cierto modo, al estado de ser divinizado por la unión que tiene con Cristo y por el poder que, a través de Cristo, tiene sobre las almas para su bien y salvación. Por eso el sacerdote está obligado a tener para con Dios, Nuestro Señor, un amor muy especialmente fuerte, tierno y ardiente.

Sólo hay una criatura que ha amado y ama a Jesús como debe amarlo el sacerdote. No hay más que un corazón capaz de servirle de modelo para este amor: el Corazón de la santísima Virgen. Sí, el amor del sacerdote a Jesús debe ser en todo semejante al amor de María a su divino Hijo.

Como María, el sacerdote, elevado a gran altura por una gracia de elección, sin embargo, sigue siendo una criatura inferior y sometida al divino Maestro. Como Ella, el sacerdote toca la nada por su naturaleza y lo íntimo de la Divinidad por un privilegio de amor. Como Ella, debe ver mejor que los demás, la verdad de su propia miseria y pequeñez, y ser más consciente de las divinas irradiaciones del Amor Infinito. Como Ella, recibe por la virtud del Espíritu Santo el poder de dar al mundo al Verbo Encarnado; la Madre lo da en la realidad de su carne visible; el sacerdote, en la realidad de su carne eucarística.

El amor de María por Jesús es un amor de criatura privilegiada, es un amor de ardiente agradecimiento y de profunda humildad, un amor que se abaja y se sacrifica, que se da enteramente por la necesidad que experimenta de devolver todo lo que puede a Aquel de quien todo lo ha recibido. El amor de María, es también un amor de Madre, tierno, delicado, diligente, un amor que defiende y protege, que se sacrifica también, pero de otro modo, que se da, no para devolver, sino para dar más aún a quien ya se ha dado.

El amor del sacerdote para con Jesús, su adorable Maestro, debe ser enteramente semejante. Debe ser un amor de criatura amada que adora, que agradece, que se da sin calcular; un amor lleno de exquisitas delicadezas, un amor celoso que custodia con vigilancia, que protege, que rodea de cuidados, que se sacrifica hasta el olvido de sí mismo.

María tuvo por Jesús no sólo un amor de criatura privilegiada y de madre cariñosa, sino que también tuvo, tiene siempre, por su adorable Hijo, un amor de virgen. Es un amor humilde –el amor siempre debe ser humilde–, pero es un amor confiado, fiel, único, lleno de castas familiaridades, de exquisitas atenciones y de respetuosos ardores.

Así debe ser también el amor del sacerdote a Jesús: un amor puro, dilatado, fiel y confiado. Es verdad que el sacerdote no posee el candor ideal de la Inmaculada; su corazón no tiene la sublime pureza del Corazón de la Virgen Madre; pero le basta recurrir a las gracias de su Sacerdocio; allí encontrará las fuentes de virginales ternuras y heroicos sacrificios.

Jesús quiere ser amado por su sacerdote como por la Virgen María, y por eso ha incluido en el privilegio del Sacerdocio gracias semejantes a las que contiene el privilegio de la maternidad divina. Gracias de íntima y particularísima unión con su adorable Persona, divina y humana; gracias de inefable pureza; gracias de entrega sin reservas.

---

<sup>264</sup> *Notas íntimas*. 25.06.1905. *Al servicio de Dios Amor*. Cuarta parte, cap. IV, 2

<sup>265</sup> Lc 7,42-43.47

### XIII APACIENTA MIS CORDEROS<sup>266</sup>

Me vinieron al pensamiento aquellas palabras de Jesús a San Pedro: “Apacienta mis corderos... apacienta mis ovejas”<sup>267</sup>. Según la interpretación común, los corderos son los fieles, y las ovejas, los pastores; y, ¿no es el sacerdote pastor del rebaño que se le ha confiado? Y pensaba que en esta única palabra, “oveja”, Jesús ha compendiado todos los deberes del sacerdote: sus deberes para con Dios, sus deberes para con el Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo, para con sus hermanos en el Sacerdocio y para con las almas.

La oveja pertenece totalmente a su dueño; le debe su vida, su fecundidad. Él tiene derecho a disponer de ella como mejor le parezca. El sacerdote se debe todo a Dios, su soberano dueño; pertenece por entero a Jesucristo; le debe la fecundidad de sus obras y, si llegara el caso, el sacrificio de su misma vida.

La oveja debe ser dócil al pastor que la dirige en nombre de su dueño; debe responder a su voz; seguirle por los pastos adonde la conduce; debe ser obediente y fiel. Así, el sacerdote tiene que ser dócil a la voz del Sumo Pontífice, debe entrar en sus intenciones, alimentar su alma sólo con las doctrinas que él aprueba, permanecer fiel e inquebrantablemente unido al cayado de Pedro.

Cada oveja del rebaño tiene respecto de las otras que la rodean, el deber de la dulzura y de la unión. No debe apartarse del rebaño, no debe permanecer sola, porque se expondría a perecer. Jesús quiere que sus sacerdotes mantengan entre sí una estrecha unión, que conserven la unidad de la fe con los vínculos de la caridad fraterna, y que, trabajando con un mismo espíritu, den la paz al mundo y la gloria a Dios.

Por último, la oveja es madre, madre de los corderos; los lleva a su lado, los alimenta con su leche, los abriga y los protege. El sacerdote no es solamente padre de las almas; es también su madre. Debe tener por ellas el amor tierno y delicado de las madres; debe gastarse por ellas hasta el sacrificio. Debe dar a las almas lo mejor de su propia substancia, substancia del alma, espiritual y purísima; calentarlas con las llamas del Amor Infinito; guardarlas del mal.

Después de estos pensamientos, que he resumido brevemente, tuve para con Jesús un sentimiento profundo de adoración: encontraba en ellos una señal adorable de la divinidad del Salvador. A nosotros nos hacen falta muchas palabras para expresar una idea; Jesús, con una sola palabra, nos transmite un conjunto de pensamientos. Lo constatamos a cada paso en el Evangelio.

Con esta sola palabra “oveja”, lanzada como al azar en la conversación, Jesús ha dicho todo acerca del sacerdote, todo lo que debe ser y todo lo que debe hacer; todo lo que debe dar de sí mismo a Dios, a la Iglesia y a las almas. ¡Es que Jesús es el Verbo! Es el Pensamiento divino y la Palabra increada; ¡una sola palabra salida de su boca contiene un pensamiento de Dios!

¡Qué hermoso es conocer a Jesús, tan grande en su divinidad, tan dulce en su humanidad! Yo no hago más que entreverlo, y con todo ¡cómo quisiera poder expresar lo poco que sé de Él, cómo quisiera darlo a conocer, hacer que le amen, que le adoren; cómo quisiera rodearlo de alabanzas, de amor, de gloria, ensalzarlo hasta el infinito!

---

<sup>266</sup> *Notas íntimas*. Julio 1903. *Al servicio de Dios Amor*. Cuarta parte, cap. III, 7

<sup>267</sup> Jn 21,15 ss.

XIV  
AMOR Y JUSTICIA<sup>268</sup>

“Dios es demasiado bueno, no puede castigar eternamente”. ¡No pocos te juzgan así, Señor! Y con este pretexto, prefieren servir a sus pasiones e malas inclinaciones antes que renunciar a sí mismos y seguirte, ¡oh Jesús!

Y sin embargo, nada es más opuesto a la doctrina de tu Iglesia; el infierno no es contrario a tu bondad, antes bien, precisamente porque creo en tu Amor, Dios mío, poderoso y bueno, creo en el infierno.

Si Tú no fueses el Amor, si egoístamente encerrado en tu bienaventuranza, sólo tuvieras para los seres inferiores a Ti miradas indiferentes, quizá entonces el infierno podría no existir.

¡Pero Tú!... Tú has creado todo por amor, has formado al hombre a tu divina semejanza, lo has vivificado con tu propio aliento, lo has colmado de tus dones, y sólo has pedido a esta criatura tan ricamente dotada un poco de confianza, de fidelidad y de amor. Y cuando ella te desprecia y se rebela contra Ti, ¿permanecerás impasible, como un ser incompleto, privado de amor y de sentimientos? ¡Dios mío, creo en los rigores de tu Justicia porque creo en la excesiva ternura de tu Corazón!

Te amo, Dios mío, Amor Infinito, que te inclinas hacia la criatura, que la sostienes y la levantas; pero también te amo, Amor desconocido y ultrajado que te alzas y que castigas. Si no existiera el infierno no te amaría tanto.

Cuando veo que un príncipe deja impunes en su reino todos los crímenes; cuando le veo distribuir sus favores con tanta profusión a los rebeldes y traidores como a los súbditos fieles, y cuando le veo arrastrar por el fango su grandeza y majestad reales, no puedo menos que despreciarle y llamarle injusto y cobarde. No, si no existiera el infierno faltarían tres espléndidas perlas a la corona de tus sublimes perfecciones: ¡faltarían la justicia, el poder y la dignidad!

Te amo, te adoro, Dios mío, en tu misericordia para con los débiles, en tu bondad para con los pequeños, en tu liberalidad para con los pobres. Te adoro en tu perdón sin reservas, en ese inefable amor que desciende de tu seno hacia tus criaturas; en tus esperas sin cansancio, en fin, en esas gracias que derramas con abundancia sobre las almas para conmoverlas, para hacer que vuelvan al buen camino, para iluminarlas, para vencerlas...

Pero también te adoro, te amo apasionadamente, grande, majestuoso, terrible, cuando consumes en una llama eterna a los que resistieron a la fuerza de tu Amor.

Y, por lo demás, no eres Tú, Dios mío, soberanamente bueno, el que condenas; son los mismos hombres malvados los que rechazan arrojarse en las llamas de tu Amor eterno, y se precipitan en las de la eterna Justicia.

Sí, te amo tal como eres. Te adoro coronado del conjunto infinito de todas las perfecciones: tan bueno como justo, tan grande por tu poder y santidad como por tu misericordia, y siempre Amor, ¡Amor Infinito, Amor que crea, que da, que perdona, que vivifica; Amor que ordena, que reprende, que castiga!

---

<sup>268</sup> *Notas íntimas*. Diciembre 1903. *Al servicio de Dios Amor*. Primera parte, cap. I, 8

XV  
EXAMEN<sup>269</sup>

El Corazón de Jesús, divino Sacerdote, estuvo todos los días de su vida dominado por tres sentimientos: una sed ardiente de la gloria de su Padre; un deseo apasionado por la salvación de las almas de sus hermanos; una necesidad irresistible y constante de sacrificio e inmolación.

¿Estos tres sentimientos han dominado hoy en mi corazón?

¿Qué he hecho hoy para glorificar al Padre celestial?

¿Qué he emprendido por el bien de mis hermanos?

¿Qué sacrificios he hecho en unión con Jesús inmolado?

I.- Jesús, el divino Sacerdote, abrazó los oprobios y las humillaciones para reparar la gloria de su Padre.

¿Me he humillado hoy ante Dios, reconociendo mi nada y mis miserias, y refiriendo a Él la gloria del bien que he hecho mediante su gracia?

¿He recibido con alegría los menosprecios y los ultrajes de los hombres?

II.- Jesús, el divino Sacerdote, se olvidó de Sí mismo, dejando todo y empobreciéndose de todo para entregarse enteramente a la salvación de los hombres.

¿Qué he dado hoy a mis hermanos de mi tiempo, de mi corazón, de mis bienes, si no materiales, por lo menos intelectuales y espirituales?

III.- Jesús, el divino Sacerdote, después de haber vivido en espíritu continuo de sacrificio, se ofreció finalmente en la Cruz, inmolando su propia vida por amor.

¿He tenido hoy en mis actos espíritu de sacrificio?

¿Qué he sacrificado de mi corazón, de lo que le gusta a mi espíritu, de mis fuerzas, de mi descanso, de mi vida, por amor a Jesús y a las almas?

Arrepentimiento profundo, sentido, por las faltas de este día.

Ofrecimiento al Corazón de Jesús del bien cumplido.

---

<sup>269</sup> *Notas íntimas*. Año 1902. *Al servicio de Dios Amor*. Cuarta parte, cap. III, 13

## ACTO DE ADORACIÓN Y ENTREGA AL AMOR INFINITO<sup>270</sup>

Oh Amor Infinito, Dios Eterno, principio de vida, fuente del ser, yo Te adoro en tu soberana Unidad y en la Trinidad de tus Personas.

Te adoro en el Padre, Creador omnipotente de todas las cosas.

Te adoro en el Hijo, Sabiduría eterna por quien todo ha sido hecho, Verbo del Padre, encarnado en el tiempo en el seno de la Virgen Madre, Jesucristo, Redentor y Rey.

Te adoro en el Espíritu Santo, Amor Substancial del Padre y del Hijo, en quien residen la luz, la fuerza y la fecundidad.

Te adoro, Amor Infinito, oculto en todos los misterios de nuestra fe, resplandeciente en la Eucaristía, rebosante en el Calvario y vivificante a la Santa Iglesia por medio de los Sacramentos, canales de la gracia.

Te adoro palpitante en el Corazón de Cristo, tu inefable Sagrario y me consagro a Ti. Me entrego a Ti sin temor, con todo mi corazón; toma posesión de mi ser, péntralo totalmente. Soy una nada incapaz de servirte, es cierto, pero Tú, Amor Infinito, has dado vida a esta nada y la has atraído hacia Ti.

Heme aquí, oh Jesús, dispuesto a cumplir tu Obra de Amor; para difundir todo lo que me sea posible, en tus sacerdotes y por ellos en el mundo entero, el conocimiento de tus misericordias infinitas y de las sublimes ternuras de tu Corazón.

Quiero hacer tu voluntad, cueste lo que costare, hasta la efusión de mi sangre, si no fuera indigna de correr por tu gloria.

Oh María, Virgen Inmaculada, que el Amor Infinito hizo fecunda, por tus manos virginales yo me entrego y me consagro al Amor Infinito. Obténme la gracia de ser humilde y fiel, y de entregarme sin reserva a los intereses de Jesucristo, tu adorable Hijo y trabajar para que su Sagrado Corazón sea amado y glorificado.

Así sea.

---

<sup>270</sup> *Notas íntimas*. Año 1902. *Al servicio de Dios Amor*. Cuarta parte, cap. III, 13

## ÍNDICE

### PRIMERA PARTE

#### **El sacerdote, creación del Amor Infinito**

A GUIA DE PRESENTACIÓN...	3
INTRODUCCIÓN .....	6
CAPÍTULO I	
EL SACERDOTE, CREACIÓN DEL AMOR INFINITO .....	8
CAPÍTULO II	
JESÚS MAESTRO .....	11
DIFICULTADES DE LA ENSEÑANZA .....	14
ENSEÑANZA CON EL EJEMPLO .....	16
CAPÍTULO III	
JESÚS QUE PERDONA.....	18
LA MAGDALENA Y ZAQUEO .....	20
LA SAMARITANA .....	22
EL LUNÁTICO .....	24
EL SACERDOTE QUE PERDONA CON JESÚS .....	26
CAPÍTULO IV	
JESÚS CONSOLADOR .....	28
JESÚS, CONSOLADOR DEL PUEBLO .....	30
JESÚS, CONSOLADOR DE LOS SUYOS .....	32
CAPÍTULO V	
JESÚS SACRIFICADOR .....	35
EL SACRIFICIO CRUENTO .....	37
EL SACRIFICIO INCRUENTO .....	39

### SEGUNDA PARTE

#### **Virtudes Sacerdotales del Corazón de Jesús**

CAPÍTULO I	
JESUCRISTO, MODELO DIVINO DEL SACERDOTE .....	43
CAPÍTULO II	
EL ESPÍRITU DE ORACIÓN, PRIMERA VIRTUD SACERDOTAL DEL CORAZÓN DE JESÚS .....	45
CAPÍTULO III	
LA DONACIÓN DE SÍ, SEGUNDA VIRTUD SACERDOTAL DEL CORAZÓN DE JESÚS ..	47
CAPÍTULO IV	
EL CELO, TERCERA VIRTUD SACERDOTAL DEL CORAZÓN DE JESÚS .....	49
CAPÍTULO V	
LA DULZURA, CUARTA VIRTUD SACERDOTAL DEL CORAZÓN DE JESÚS .....	51
CAPÍTULO VI	
LA HUMILDAD, QUINTA VIRTUD SACERDOTAL DEL CORAZÓN DE JESÚS .....	53
CAPÍTULO VII	
LA PUREZA, SEXTA VIRTUD SACERDOTAL DEL CORAZÓN DE JESÚS .....	56
CAPÍTULO VIII	

LA MISERICORDIA, SÉPTIMA VIRTUD SACERDOTAL DEL CORAZÓN DE JESÚS .....	59
CAPÍTULO IX	
EL AMOR, OCTAVA VIRTUD SACERDOTAL DEL CORAZÓN DE JESÚS .....	61
AMOR DEL CORAZÓN DE JESÚS POR LA VIRGEN, SU MADRE .....	63
AMOR DEL CORAZÓN DE JESÚS POR LA SANTA IGLESIA .....	65
AMOR DEL CORAZÓN DE JESÚS POR LAS ALMAS .....	67

### TERCERA PARTE

#### El amor del Verbo encarnado por sus sacerdotes

CAPÍTULO I	
AMOR DE JESÚS POR LOS SACERDOTES ANTES DE SU NACIMIENTO .....	70
CAPÍTULO II	
AMOR DE JESÚS POR LOS SACERDOTES EN SU VIDA OCULTA Y EN SU VIDA PÚBLICA .....	72
CAPÍTULO III	
AMOR DE JESÚS POR LOS SACERDOTES EN LAS ÚLTIMAS HORAS DE SU VIDA .....	74
CAPÍTULO IV	
AMOR DE JESÚS POR SUS SACERDOTES DESPUÉS DE LA RESURRECCIÓN .....	77
CAPÍTULO V	
AMOR DE JESÚS POR SUS SACERDOTES DESPUÉS DE LA ASCENSIÓN .....	80
CAPÍTULO VI	
AMOR DE JESÚS POR SUS SACERDOTES EN NUESTROS DÍAS .....	83

### CUARTA PARTE

#### Consideraciones acerca del Amor Infinito y el sacerdote

I LOS ABISMOS DEL AMOR INFINITO .....	86
II AMOR DE DIOS POR EL HOMBRE Y DEL HOMBRE POR DIOS .....	88
III DOBLE MOVIMIENTO DEL AMOR INFINITO .....	90
IV LA CARIDAD DIVINA .....	91
V EL AMOR INFINITO HUMANADO .....	93
VI LA EUCARISTÍA Y EL SAGRADO CORAZÓN .....	94
VII SACERDOS ALTER CHRISTUS .....	95
VIII EL CORAZÓN MÍSTICO DE JESÚS .....	96
IX DIOS A CRISTO, CRISTO AL SACERDOTE, EL SACERDOTE A LAS ALMAS .....	97
X DISPENSADOR DEL AMOR INFINITO .....	98
XI INTERMEDIARIO ENTRE DIOS Y EL HOMBRE .....	99
XII LA VIRGEN Y EL SACERDOTE .....	100
XIII APACIENTA MIS CORDEROS .....	101
XIV AMOR Y JUSTICIA .....	102
XV EXAMEN .....	103
ACTO DE ADORACIÓN Y ENTREGA AL AMOR INFINITO .....	104
ÍNDICE .....	105